

---

# VERBUM

REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIANTES  
DE FILOSOFIA Y LETRAS

DIRECTOR  
ENRIQUE FRANÇOIS

ADMINISTRADOR  
ORESTES CONFALONIERI

REDACTORES

Ida S. Courtade.—María Teresa Dedomo.—Gregorio Halperin—Osmán Moyano

---

## La cuestión del conocimiento de lo bello en la filosofía de Kant <sup>(1)</sup>

### La Critica de la facultad de juzgar

---

En la primera mitad del siglo XVIII, Leibnitz había proclamado el papel preponderante del conocimiento claro-confuso e indistinto en la concepción y en la admiración de las obras de arte, así como en la apreciación de la belleza en general. Sus discípulos, Baumgarten y Wolf, buscaban, como él mismo, el origen de este conocimiento en la imaginación, pero acentuaron más que él la distinción entre la inteligencia, facultad concedora superior, y esta otra inferior, la imaginación o el sentimiento. Mientras estas tendencias se manifestaban en Alemania, Locke, en Inglaterra, profesaba una filosofía sensualista y, en Francia, el abate Condillac, en su *Traité des sensations*, se ensañaba contra el intelectualismo cartesiano.

Se llegó hasta oponer la inteligencia a la sensación, así como, en el estudio de sus objetos, se pretendía oponer la metafísica, ciencia de los principios supremos, a las otras ciencias. Se consideraba aquella como puramente especulativa, y feudo propio de la inteligencia, y las segundas, al contrario, como tributarias de la experiencia y establecidas, por con-

---

(1) Apuntes del curso de estética (1918).

siguiente, en la dependencia de las solas facultades conocedoras por medio de las cuales entramos en contacto con la realidad.

Leibnitz nunca hubiera consentido en este divorcio entre la metafísica y la experiencia; Kant, encontrándolo casi realizado, no por eso lo quiso admitir sin rever la causa. El problema del conocimiento humano se presentó pués a él en toda su amplitud y, así como debía suceder, en su exámen crítico nuestra facultad de conocer, tuvo que tomar en consideración nuestra facultad de conocer lo bello. Más de la mitad de la obra titulada «*Crítica de la facultad de juzgar*» no tiene otro objeto, subdividiéndose en dos secciones, cuya primera contiene la analítica de lo bello y de lo sublime, y la segunda versa sobre la dialéctica del juicio estético.

La *Crítica de la facultad de juzgar* ocupa el tercer puesto en la cronología de las tres *Críticas*; es generalmente menos conocida que las otras dos y, sin embargo, tiene una importancia capital, no solamente para la estética, sino en todo el sistema kantiano.

En la misma introducción del libro (III), Kant declara que en la *Crítica de la facultad de juzgar* se encuentra «el lazo de las dos partes de la filosofía»; si no es la piedra angular, es la llave que une los dos lados de la bóveda del edificio levantado por el genial pensador y que les da firmeza e impide su derrumbamiento.

Para entender bien este tratado, es pues, indispensable entenderse, en cierta medida, de todo el sistema a que pertenece y, por eso, empezaremos este estudio por una breve síntesis de la *Crítica de la razón pura* y de la *Crítica de la razón práctica*. (1)

---

(1) Para esta parte se puede consultar los trabajos de «Kuno Fischer»; los artículos que componen el núm. especial de la «Revue de métaphysique et de morale» publicado en mayo 1905. en ocasión del centenario de la muerte del hombre que M. Bourdeau calificaba «la cabeza quizás la más original que el mundo haya conocido jamás».—ver también: Th. Ruysen: «Kant, 1900» el artículo de Boutroux en la «Grande Encyclopédie», y la gran obra de V. Delbos: «La philosophie pratique de Kant» 1905.

## I

El punto de partida de Kant tiene analogía con el de Descartes. En presencia del descrédito de los antiguos métodos de la filosofía, se trataba, para uno como para otro, de encontrar un principio firme que pudiese servir de base para una filosofía nueva. Los filósofos idealistas por un lado, los sensualistas por el otro, habían acentuado, en el tiempo de Kant, el dualismo no sólo en el hombre, sino también entre la metafísica y la experiencia, entre la filosofía del espíritu y la filosofía de la naturaleza. La metafísica era considerada por los últimos con indiferencia, cuando no con desdén, mientras las matemáticas y las ciencias naturales apasionaban a los sabios.

Para justificar esta preferencia se insistía en que las ciencias de la naturaleza tienen principios ciertos y que satisfacen el espíritu por su evidencia y se verifican por los descubrimientos a que conduce su aplicación.

Kant quiso dar a la filosofía un fundamento tan firme como el que se reconocía a las ciencias y, por eso, renunciando a la crítica estéril de los varios sistemas filosóficos, aplicó su crítica al mismo instrumento de todo sistema, a la razón.

¿Qué es pues nuestra facultad conocedora? ¿y qué es lo que ella ve con evidencia entre las nociones tan diversas que llenan nuestro entendimiento y lo pueblan de verdades y, quizá, en igual proporción, de errores?

En cualquier idea adquirida por la experiencia, relativa a un hecho especial, se mezcla un elemento accidental, pasajero y otro invariable; o, según las mismas palabras de Kant: «sobre la materia variable proporcionada por la experiencia se aplican las formas inmutables del pensamiento.» La tarea de quien hace crítica de la razón será, pues, de eliminar todo

lo que en nuestros conocimientos no tiene un carácter invariable para fijarse en las ideas que escapan a la perpetua movilidad de las circunstancias exteriores y que quedan con el carácter de principios necesarios. Es preciso extraer estas ideas del sin número de accidentes de la vida intelectual, así como se despeja de toda mezcla el metal que se quiere recoger en estado puro. La facultad con la cual se relacionan tales principios será la *razón pura*. En presencia del problema planteado en forma análoga, Descartes, en nombre del buen sentido, había sentado la certeza en la noción de nuestro propio pensamiento y de nuestra propia existencia y en la obligación de creer en la existencia del mundo exterior, puesto que no es dable que, frente a la sucesión de los hechos múltiples que se presentan a nuestra observación, seamos víctimas de un juego péfido de la casualidad. Acentuando más todavía esta doctrina, los espiritualistas afirmaban que debajo de las manifestaciones y apariencias se esconden realidades y substancias cuya existencia es legítimo deducir; que, lo mismo como los hombres revelan, por su lenguaje los secretos de sus almas, así también las existencias distintas de la nuestra nos hablan por sus efectos. En otros términos: nos sería lícito inferir de lo que percibimos, o fenómeno, lo que no vemos, la substancia. Por más que a veces numerosas causas de error puedan falsear nuestras conclusiones, dando origen a nociones equivocadas, su legitimidad teórica parece ser un principio del sentido común.

Aquí está precisamente el principio que Kant se negó a admitir. Para él, las cosas existentes y los hechos que las manifiestan, constituyen dos clases: los fenómenos y los númencos. Por fenómeno, Kant entiende lo que percibimos, por númenco, las mismas esencias de las cosas o seres. Designa también por la expresión *lo objetivo* el conjunto de lo que existe fuera de nosotros y por *lo subjetivo* el conjunto de los hechos que pasan en la conciencia y de que tenemos una certeza invencible, una revelación inmediata. Según él, no existe ninguna certeza, ni evidencia, fuera del mundo subjetivo. Podemos afirmar que las cosas nos parecen de tal manera,

pero nada nos permite asegurar que las cosas sean, en sí mismas, conformes con sus apariencias.

Kant evoca sucesivamente nuestros conceptos a priori delante del tribunal de la razón pura, analiza sus diferencias irreductibles, las clasifica en categorías, cuya tabla establece formada por cuatro grupos, dos de los cuales — cantidad y cualidad — se refieren a los objetos de la intuición pura o empírica, y los otros dos—relación y modalidad—a la existencia de esos objetos, sea en su relación entre sí, o con el entendimiento. Después de este trabajo en que Kant da pruebas de una penetración y de una conciencia superior, la única seguridad que queda subsistente es que, en cuanto a la cosa en sí, todas las demostraciones son insuficientes. La filosofía se vuelve pues un álgebra nueva en que se raciocina con extremo rigor sobre cantidades imaginarias. Tras de una metafísica sabia reaparecía en la *Crítica de la razón pura*, un escepticismo quizás más radical que el nacido del materialismo y de la indiferencia filosófica contra los cuales Kant había emprendido la lucha.

El mismo Dios no era más que un nómeno como los otros y cuya existencia era tan problemática, tan imposible de demostrar como la existencia de cualquier otra substancia. Por este motivo, algunos de los discípulos de Hegel no han vacilado en representar a Kant conduciendo los funerales del deísmo y encerrando para siempre en la tumba al Dios viviente y personal. Una página de Heine, en su libro *Alemania*, da un curioso testimonio de esta manera de entender la primera Crítica:

«Dicen que los espíritus de la noche se atemorizan cuando advierten la cuchilla del verdugo, ¿de que temor van a temblar si se les presenta la *Crítica de la razón pura* de Kant? este libro fué la cuchilla que mató al Dios de los deístas en Alemania. A decir verdad, vosotros, los franceses, fuisteis moderados y suaves en comparación con nosotros los alemanes; no alcanzasteis a matar sino a un rey y por eso precisasteis tamborilear, tabalear, patalear, que conmovisteis el mundo. Y sin embargo es hacer demasiado honor a Max. Robespierre compararle con Em. Kant. Robespierre, el gran papamos-

de la calle Saint Honoré, tenía turores destructores cuando se trataba de reinos y se agitaba de un modo espantoso en su epilepsia regicida, pero que se tratara del Ser Supremo, entonces enjugaba el espumarajo de sus labios, lavaba sus manos ensangrentadas, sacaba del ropero su traje azul de los domingos, ese traje con grandes botones parecidos a espejos, adornaba con flores su ancho chaleco bordado.—La historia de la vida de Em Kant es difícil de escribir pues no tuvo ni vida, ni historia que así se pueda llamar; permaneció célibe, pasó una vida mecánicamente arreglada y, casi diría, abstracta en una callejuela de Koenigsberg, antigua ciudad en los confines del nordeste de Alemania. No creo que el gran reloj de la catedral haya cumplido su tarea visible ni con menor pasión, ni con mayor regularidad que el mismo Kant. Levantarse, beber café, escribir, dictar su curso, almorzar, ir al paseo, todo tenía para él su hora fija y los vecinos sabían que las dos y media de la tarde iba a dar cuando Kant salía de su casa y se dirigía hacia la avenida de los tilos, que llaman hoy en honor de él, la avenida del filósofo. Subía y bajaba ocho veces la avenida, en toda estación del año y, si el tiempo estaba variable, su mucamo Lampe, especie de providencia para uso particular de Kant, le seguía atento, llevándole un paraguas.—Qué contraste entre la vida exterior de este hombre y su pensamiento destructor! Si los burgueses de Koenigsberg hubieran comprendido el alcance de este pensamiento, hubieran experimentado mayor estremecimiento y horror en presencia de Kant que en presencia del verdugo que no mata sino a hombres!... pero esta buena gente no vió nunca en él sino al señor profesor de filosofía y cuando pasaba, saludaban y ponían sus relojes en hora.

Si Kant, este gran destructor en los dominios intelectuales, sobrepusó mucho a Robespierre, sin embargo tiene con éste semejanzas que llevan a establecer un paralelo entre ellos. En ambos encontramos la probidad inexorable, incisiva, rígida y sin pasión, el mismo genio de la desconfianza que el uno llama crítica y dirige contra las ideas, mientras el otro lo bautiza virtud republicana y lo dirige contra ciertos hombres. Ambos pertenecen al tipo general del mirón y del mercachifle... la naturaleza les había predestinado para pesar café y azúcar, la fatalidad les puso otra balanza entre las manos y abandonó al uno un rey, al otro un Dios... y pesaron exactamente.»

No podemos admitir al pie de la letra este juicio de Heine, aunque reconociendo que no se afejaría mucho de la verdad si no se buscara la auténtica expresión de la doctrina de Kant, más que en la *primera edición* (1781) de la *Crítica de la razón pura*,

en las páginas dedicadas a los paralogismos (razonamientos deficientes en la forma) de la substancialidad. Pero, y eso muy a pesar de quién fué Schopenhauer, Kant, en la segunda edición (1787), se dió cuenta de la exageración de sus ideas y de su exclusivismo, pues hasta la idea del alma como substancia simple y personal, la había desterrado en los dominios del ensueño; hubiera parecido que no dividía el dominio de nuestro conocimiento entre el fenómeno y el nómeno, o cosa en sí misma, sino para llegar ésta y reducir aquello a no ser más que una ilusión vana.

Heine supone agradablemente que Kant después de haber destruído, en su primera Crítica, las últimas pruebas de la existencia de Dios, miró detrás de sí y que, viendo a su viejo mucamo Lampe, exclamó: «Y sin embargo se precisa un Dios para mi pobre Lampe!» Pero Heine se equivocaba, Kant no fué un espíritu Voltairiano y tenía un alma demasiado noble para no respetar la fe de los humildes, sino a consecuencia de su desprecio; solamente que en presencia de las consecuencias últimas y lógicas de su doctrina experimentó el terror de la nada y buscó una escapatoria.

En nombre de la moral levantó otra vez el edificio del mundo que había derrumbado en nombre de la metafísica. Para Kant, como bien lo dice Benno Erdmann, nunca la duda penetró en su espíritu pietista en cuanto a la existencia de los nómenos, de la cosa en sí. Su propósito fué siempre de encontrar un fundamento firme *a priori* para la ciencia de la naturaleza por un lado y para la moral y la religión por el otro; de establecer la concordia entre la metafísica y las ciencias de la naturaleza, colocando la moral y la religión por encima de las acometidas del escepticismo. Los antiescépticos anteriores a él hacían descansar la legitimidad de nuestros conocimientos en principios analíticos de valor objetivo, Kant elige un punto de partida distinto. El mismo ha comparado la revolución que hizo en la metafísica con la que Copérnico introdujo en el concepto de nuestro mundo solar. Mientras éste desalojó la tierra de la posición central que ocupaba en el sistema de Ptolomeo, él, al contrario, en vez de considerar nuestro pensa-

miento como dependiente de un mundo exterior admitido dogmáticamente y sin examen, pone en el centro de su filosofía el mismo espíritu humano.

Se precisa un fundamento firme para la ciencia y la moral ¿cómo encontrarlo en el fenómeno siempre mudable que está en un perpetuo *devenir*? y ¿cómo saber si está en la cosa en sí o esencia inmutable de las cosas, pues no la podemos alcanzar? No podemos *conocer* sino el fenómeno, el nómeno es puro objeto del *pensamiento*. No podemos formular las leyes de los fenómenos, sino indicando su conexión causal, que envuelve necesidad o determinismo. Pero ¿qué son tales leyes? su expresión requiere siempre las formas del juicio, y el juicio es una mera operación de nuestro entendimiento. Nuestro entendimiento interior interviene, pues, activamente en la construcción de nuestra representación del mundo, disponiendo los fenómenos según *categorías* que le pertenecen, y, puesto que los fenómenos constituyen exclusivamente el universo conocible para nosotros, sigue la consecuencia que el entendimiento humano es el legislador del universo conocible.

Tenemos de esta manera el fundamento *a priori* en que se realizará la unión de la metafísica y de las ciencias de la naturaleza. Esta revolución crítica derrumba el dogmatismo de los sistemas objetivistas y establece la filosofía en la subjetividad lógica del pensamiento humano. El único fundamento de nuestro conocimiento es nuestra lógica y sus leyes. Kant no va más lejos; será la biología contemporánea la que tratará de descubrir si las leyes lógicas del pensamiento humano no se han construido poco a poco, en un modo que, mejor conocido, conducirá quizás a reconocer la realidad de algunas de las objetividades contra las cuales Kant no se sublevó, como lo hicieron algunos de sus discípulos, pero que declaró inexplicables.

## II

«Kant ha demostrado, escribe Rosenkrantz, que la intuición sensible y las leyes del entendimiento que determinan el orden de dicha intuición no conducen sino al conocimiento de lo finito». Pero sobre lo relativo no se puede fundar la moral,



en el sentido riguroso que Kant y otros dan a la palabra. Suprimiento lo absoluto, se suprime toda moral de obligación. Kant no podía aceptar esta consecuencia. Según él, la cosa en sí misma, que no tiene para la razón pura o teórica más que un valor limitador de nuestros conocimientos exactos,—quedando el nómeno afuera de este límite,—adquiere un valor completo para la razón práctica, para las reglas de la acción y la moral.

En 1783, en los *Prolegómenos de toda metafísica futura* Kant había escrito: «Si bien es cierto que no vemos en los objetos de los sentidos más que fenómenos, reconocemos que estos fenómenos tienen un fundamento que es una cosa en sí misma, aunque no podamos alcanzar su naturaleza íntima. Nuestra deducción crítica no excluye los nómenos, al contrario, limitando los dominios de los principios de la analítica (es decir de las facultades que nos permiten de conocer los fenómenos), impide de transformar las cosas en puros fenómenos... Los seres inteligibles son legítimos bajo la condición de esta regla sin excepción, que no sabemos, ni podemos saber nada determinado al respecto de esos seres inteligibles, porque los conceptos del entendimiento puro, así como las mismas intuiciones no pueden relacionarse con otra cosa sino con los objetos de la experiencia posible, es decir con los seres sensibles».

Así queda entendido que la cosa en sí misma no nos es accesible por demostración científica, pues tal demostración supone un encadenamiento causal, es decir el juego de los fenómenos y de las categorías del entendimiento. Será, pues, en la libertad inteligible y directa del yo, en el hecho sin demostración e inmediato, donde Kant encontrará la expresión de una ley absoluta, de un *imperativo categórico*. Esta ley existe en la conciencia de todo hombre, es universal y necesaria, y, por eso debemos obrar de tal manera que la acción individual pueda volverse ley universal que se deba observar formalmente, sin preocupación de las consecuencias, ni de nada, exclusivamente porque es la ley.

Por la razón práctica, así como por la razón pura, Kant siempre llega al subjetivismo. ¿Se objetará que el deber no nos

dice nada de la cosa en sí misma?, sin embargo, si no nos hace penetrar en ella, por lo menos nos hace discernir sus efectos directos, y, de lo incondicional de la moral podremos sacar conclusiones cuyo valor alcanzará lo que escapaba a la razón pura.

Toda ley exige un cumplimiento y una sanción; la ley moral que no es cumplida en esta vida exige, pues, para su realización un progreso indefinido de nuestro espíritu más allá de la vida limitada del presente; de allí este postulado de la razón práctica: la inmortalidad del alma. La ley moral exige además un orden moral en el universo y un ordenador, proporcionando así una prueba eficaz de la existencia de Dios, de tal modo que las otras pruebas de la existencia de Dios, aunque insuficientes para la razón pura, se podrán restablecer en su eficacia a la luz de la razón práctica.

Pero razón práctica y razón teórica pertenecen a una misma unidad y, por eso, la razón podrá aplicar a los nómenos los principios cuyo carácter universal admitió. Esta unidad de la Razón, a pesar de la dualidad de sus usos que dan origen a la metafísica de la naturaleza y a la metafísica de las cosas, no sería establecida firmemente si los principios de esas dos clases de metafísica quedasen irreductibles en su recíproca oposición. Kant para dar mayor certeza a su sistema y completarlo, busca, pues, un acuerdo entre ellos y lo encuentra en la facultad de juzgar «que viene a ser (según él mismo dice, en el prefacio de la tercera *Crítica*) dentro de nuestras facultades de conocer, un término medio entre el entendimiento y la razón». Es cierto que el entendimiento, o razón pura teórica, y la razón práctica parecen fundar dos mundos radicalmente distintos, el de la naturaleza, cuya intuición representa los objetos solamente en cuanto son fenómenos; y el de la libertad, cuyo concepto envuelve un objeto, inalcanzable para la intuición, pero que puede representar una cosa en sí o nómeno. Sin embargo esos dos mundos se refieren ambos a la experiencia y, además, el concepto de la libertad implica la realización posible, *en el mundo sensible*, de fines establecidos por la voluntad moral. Kant se aplica, pues a concebir la libertad, no tanto

en sí misma, en su legislación propia e incondicional, como en la acción eficaz (que debe ejercer sobre el mundo real, en virtud de un acuerdo entre su concepto y el concepto de naturaleza, la facultad de juzgar viene a ser el instrumento de este acuerdo.

### III

En varios escritos de Kant muy anteriores a la tercera y a la misma primera Crítica, se encuentra todo un conjunto de consideraciones en que se ve su inclinación a reconocer en la belleza y en la finalidad los intermediarios entre la naturaleza y la moralidad, (1) de manera que las dos partes de la *Crítica de la facultad de juzgar*, o sea la crítica del juicio estético y la crítica del juicio *teleológico* (*telos fin, logos discurso*), son el resultado de una lenta maduración de sus ideas.

No corresponde al fin del presente escrito entrar en el detalle histórico de tales antecedentes, ni siquiera extenderse sobre la *crítica del juicio teleológico* por más importante e interesante que sea en vista de la inteligencia integral del sistema kantiano. Debo limitarme a lo que atañe a la doctrina estética o sea a la *crítica del juicio estético*, subdividida en analítica de lo bello y de lo sublime, y dialéctica del juicio estético.

En el primer momento causa extrañeza que se necesite una *Crítica* especial para dar cuenta del juicio del gusto, es decir del modo según el cual conocemos lo bello y lo sublime y juzgamos de las cosas del arte. ¿Acaso lo bello y lo sublime no son conceptos que se puedan alcanzar o por la razón pura teórica—es decir por medio de las impresiones de los sentidos combinados con la reacción del sujeto conocedor—o por la razón práctica que admite, en virtud de una intuición indiscutible,—que ni se puede probar, ni necesita pruebas—verdades como la ley moral, o como todas las del sentido común, p. ej. la existencia del mundo exterior, que no se puede demostrar por la razón pura especulativa?

---

(1) Vease; Otto Schlepp, *Kants Lehre vom Genie und die Entstehung der Kritik der Urtheilskraft*, 1901.

La contestación a esta pregunta supone el conocimiento de ciertos antecedentes.

Kant, largos años antes de construir su gran edificio filosófico se había ocupado en determinar el fundamento de la crítica del gusto; sus *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*, llevan la fecha de 1764, y manifiestan su afinidad con la escuela estética de Baumgarten y sobre todo con Shaftesbury y los sensualistas ingleses. En este ensayo Kant separaba el gusto del conocimiento y lo definía como un sentimiento de placer o de pena, vacilando entre el concepto de una belleza subjetiva y el de una belleza objetiva. Afir-maba que el gusto no está en la dependencia de leyes demos-trables *a priori* y que la estética no es ciencia, sino crítica; hasta sostenía que las reglas del gusto son de origen me-ramente empírico, que son variables según las edades, los sexos, las naciones. Sin embargo no podía desconocer que el gusto, cualquiera sea su origen, tiene una cierta fijeza y una cierta generalidad y explicaba tales caracteres por el hecho que el gusto no se puede desarrollar sino en el medio de una sociedad, que es esencialmente comunicable y liga a los hombres por un lazo de simpatía, razones todas que aclaran la universalidad comparativa, pero no estética, del juicio del gusto. No des-cubría todavía en el gusto sino un sentimiento de placer, el cual, por más intelectualizado que sea, no puede estar en otra dependencia que en la de la sensibilidad.

Cuando volvió sobre estas cuestiones, más tarde, cambió de opinión. Ya en 1772, en una carta dirigida a Marcus Herz, reconocía que el gusto no se puede confundir completamente con el sentimiento. Algunos años después, cuando hubo encon-trado, en su estudio sobre la posibilidad del conocimiento, la necesidad de un *a priori* intelectual para explicar la universa-lidad teórico-objetiva del juicio del conocimiento, y luego, en su estudio de la moralidad, la necesidad de otro *a priori* para explicar la universalidad práctico-objetiva del juicio moral, llegó a establecer también, en relación con el juicio del gusto, un *a priori* estético, paralelo con los otros dos, inconfundible

con ellos y que da la razón de lo que pueda contener de universal y de necesario el juicio de lo bello.

La crítica del juicio estético distingue efectivamente entre el sentimiento y la facultad de juzgar de las cosas bellas; el primero consiste en un estado psicológico de placer o de pena en presencia de lo bello, explica los elementos individuales, variables de lo bello: la segunda, provista de un *a priori*, explica el valor universal del juicio estético. A diferencia de los otros dos *a priori*, que consisten en una relación entre nuestras facultades de representación y la existencia de los objetos, este *a priori* consiste en una relación entre los mismos y la actividad del sujeto, de manera que el placer ligado con lo bello descansa sobre la exacta conformidad de los objetos, considerados solamente en su forma, con la actividad de dichas facultades.

La universalidad que resulta para el juicio del gusto de este elemento *a priori* es una *universalidad subjetiva*, que no es ni teórica, ni práctica, sino *ejemplar* y que se traduce por la propiedad que tiene tal juicio de deber comunicarse y de requerir el asentimiento necesario de todos en favor de un juicio considerado como el ejemplo de una regla imposible de dar y de formular. Esta necesidad quedaría hipotética, si no pudiéramos afirmar que existe un principio subjetivo que determina, por el solo sentimiento y sin concepto, lo que gusta y lo que no gusta, y, sin embargo, por medio de un juicio de valor universal. Ya que la universalidad del juicio del gusto no es una ilusión, no se puede dudar de la existencia de tal principio, ni que consista en la facultad de modelarse sobre el juicio del gusto, como si tal juicio tuviese el valor de un principio objetivo, sin que por ello tenga más que un valor ejemplar.

En resumen, para Kant: 1º lo bello pertenece al sentimiento, es decir, a una facultad que tiene por objeto el placer o la pena, pero que no posee conceptos *a priori* o principios en virtud de los cuales pueda tener ni una finalidad, ni un carácter universal; lo bello tendrá, pues, su finalidad en sí mismo, de allí la fórmula de la «finalidad sin fin (sin fin exterior al sujeto)»; 2º lo bello cae bajo una facultad de juzgar especial que tiene principios *a priori*, es decir de valor universal y necesario, aunque no tengan

este valor en la misma forma objetiva que los principios *a priori* de la razón pura o los postulados de la razón práctica, es decir de la ciencia y de la ética.

La aparente contradicción de las dos tesis constituye una antinomia que Kant tratará de resolver más adelante, en la segunda parte de su obra o dialéctica del juicio estético. Mientras tanto, en la primera sección de la primera parte o analítica de lo bello, él considera los diversos momentos del juicio del gusto, en correspondencia con la tabla de las categorías establecida en la *Crítica de la razón pura*, es decir desde el punto de vista de la cualidad, de la cantidad, de la relación y de la modalidad, y llega a las cuatro siguientes definiciones de lo bello que, después de las aclaraciones ya presentadas, bastará con transcribirlas aquí:

a) «Bello es lo que satisface el gusto y éste, a su vez, es la facultad de juzgar un objeto o una representación mediante una satisfacción o un descontento, *sin interés alguno*.»

b) «Bello es lo que, sin concepto, agrada universalmente.»

c) «La Belleza es la forma de la finalidad de un objeto en cuanto es percibida en él sin la representación de un fin.» (1)

d) «Bello es lo que, sin concepto, es conocido como objeto de una necesaria satisfacción.»

(El análisis de lo sublime forma la segunda sección de la analítica del juicio estético. Lo bello y lo sublime tienen este punto común que agradan por sí mismos, que tienen su fuente en un juicio estético reflexivo y no en una mera sensación, ni tampoco en un juicio lógico determinante. Pero lo que caracteriza lo bello es que la forma del objeto bello es limitada, mientras lo sublime obra por la ausencia de forma o de límite. Lo bello nos incita a una contemplación tranquila, en la cual nues-

1) Lo bello no depende ni del conocimiento más o menos confuso de la finalidad externa, que es la utilidad, ni del conocimiento de la finalidad interna, que es la perfección. La satisfacción que nos procura no es ni intelectual, ni empírica. Puede suceder que juzguemos bellos objetos cuyo tipo normal o cuya destinación intervenga necesariamente en nuestros juicios («pulchritudo adhaerens» que Kant distingue de la «pulchritudo vaga») pero no existe por eso una regla objetiva del gusto, ni un fin material a que esté subordinado lo bello.

tras facultades o fuerzas vitales juegan libremente y con placer, mientras lo sublime suspende momentáneamente este juego.

*Lo sublime es lo que es absolutamente grande*, y, según se trate de la magnitud de la extensión o de la magnitud de la fuerza, Kant distingue el sublime matemático y el sublime dinámico. El primero se mide por nuestra capacidad de intuición y se relaciona con nuestra facultad de conocer, el segundo se mide por nuestra capacidad de resistir y se relaciona con nuestra facultad de desear. Pero tales medidas son estéticas y no lógicas.

Cuando pretendemos medir científicamente una magnitud de la naturaleza, la comparamos con otras magnitudes, y nuestra evaluación es siempre relativa. Modificando la unidad elegida, lo pequeño puede volverse grande o recíprocamente. Lo mismo nada puede ser absolutamente grande para nuestro entendimiento. Pero existe otra mensura de las cosas grandes, mensura estética, que reside en nuestra capacidad subjetiva de imaginar, ésta no requiere más que un juicio reflexivo y precede a ojos vistas, sin concepto, mediante una imagen, y estableciendo un máximo que hace del objeto que lo supera algo incomparable. *Lo sublime* es, pues, lo que es y queda superior a la medida subjetivamente proporcionada por nuestra facultad de imaginar, o sea *aquello en comparación de lo cual toda otra cosa es pequeña*.

Lo sublime implica por consiguiente una desproporción entre nuestra facultad de imaginar y el objeto. Pero esta desproporción tiene su principio profundo en nosotros mismos, como claramente se comprende si consideramos que el objeto que nos parece absolutamente grande es el objeto que pretendemos representarnos como un todo que se basta a sí mismo, y tal objeto no puede ser objeto de los sentidos. De manera que el objeto sensible solamente es para nosotros una ocasión de hacernos un objeto conforme con las exigencias de la razón. La desproporción está, pues, realmente, dentro de nosotros, entre la razón que establece la idea de una totalidad absoluta y la imaginación que se esfuerza, sin alcanzarlo jamás, en dar una traducción sensible de tal idea. Si en presencia del objeto su-

blime tenemos el sentimiento de nuestra infinita pequeñez, de lo poco que somos, esta conciencia no se despierta sino por la presencia y la actividad de una facultad suprasensible, la razón.

Eso explica el sentimiento de pena que experimentamos en presencia de lo sublime por la incapacidad de nuestra imaginación para igualar jamás la razón y, al mismo tiempo, la satisfacción que nos procura el poder de la razón que atrae hacia ella la actividad de la imaginación. Ahí está también la prueba de que la verdadera sublimidad se debe buscar en el espíritu de quien juzga la cosa sublime y no en el objeto que ocasiona el juicio; es el mismo sujeto que se descubre sublime por la capacidad que reconoce en sí mismo, como ser razonable o como ser moral, de dominar la inmensidad y la fuerza de las cosas exteriores que escapan a la medida de su sensibilidad y de su imaginación. Todo lo cual revela la íntima relación entre el sentimiento de lo sublime y el sentimiento moral, pues la conciencia de nuestra incapacidad de realizar, como sería de desear, una idea que es una ley para nosotros, es lo que se llama el respeto, y el sentimiento de lo sublime en la naturaleza no es, en el fondo, más que el respeto que tenemos de nuestra propia destinación o sea de la humanidad que existe en nosotros.

El sublime dinámico despierta esta conciencia más directamente que el sublime matemático, pues cuanto más experimentamos la imposibilidad de resistir, como seres de la naturaleza, a la fuerza aplastadora o a la violencia desencadenada de las cosas, tanto más experimentamos también que existe en nuestra persona otra existencia, la de la humanidad, que por el cumplimiento de su ley propia queda inquebrantable frente a las fuerzas naturales y a las amenazas exteriores.

Por eso son sublimes todas las acciones que exigen un desarrollo de nuestras energías, una tensión extrema de las mismas, sublime la guerra con tal que se la lleve en conformidad con el derecho de las gentes.

Por eso también lo sublime desaparece de las manifestaciones humanas que lo podrían alcanzar, cuando están viciadas por un elemento corruptor, así la guerra llevada con violación de



todos los principios de la lealtad, del honor, de la humanidad, así el sentimiento religioso si se vuelve una superstición o una sumisión servil, en vez de consistir en el respeto de la potencia y de la justicia divinas. De un modo general, lo que aparece sublime al hombre instruido, es solamente temible para el hombre grosero e inculto, en que las ideas morales no estén desarrolladas.

El juicio de lo sublime tiene, pues, según Kant, su condición subjetiva en la existencia del sentimiento moral e implica una relación de nuestras facultades conocedoras con una finalidad práctica *a priori*.

Lo sublime, por un lado, y lo que Kant llama belleza libre, por otro, son los dos polos extremos de la representación estética. Lo sublime expresa la destinación moral de la humanidad. La belleza libre se encuentra especialmente en la naturaleza entre las cosas y los seres que no se pueden mensurar por su comparación con un arquetipo; esta belleza vale absolutamente por sí misma, no tiene ni ideal, ni grados.

Por el contrario la belleza adherente permite concebir un ideal, pues está ligada con la representación de una finalidad interna de seres que se definen por su tipo específico; en tal caso, cuanto más se realizará el tipo de la especie en el individuo, tanto más acabada será su belleza. Por este lado un elemento intelectual entra en el juicio del gusto y, si disminuye su valor estético, realza su valor humano. La idea de especie, o tipo, o ideal no es un dato empírico, es un concepto de la razón que llega a ser un ideal cuando está concebido adecuadamente por un individuo; por consiguiente, sólo el hombre en el mundo es capaz de un ideal de belleza, así como la humanidad, en su persona, lo es, por su inteligencia de un ideal de perfección. De manera que si el juicio del gusto no tiene un interés por motivo, eso no impide que un interés moral esté ligado con él *a priori* e indirectamente.

#### IV

Después del análisis de lo bello y de lo sublime Kant trata de la *deducción de los juicios estéticos*, puros con cual marca un paso adelante en la crítica de la facultad de juzgar en el dominio estético.

En la analítica de lo bello, había reconocido que lo bello es el objeto de una *satisfacción desinteresada*, que agrada *universalmente sin concepto*, y que por ende se relaciona con el sentimiento; pero reconocía también que lo bello supone la percepción de una *finalidad sin fin exterior a sí misma*, y que, vacía de concepto, es el objeto de una satisfacción *necesaria*, por lo cual lo bello se relaciona con una facultad de juzgar capaz de proclamar la universalidad y la necesidad del juicio del gusto, valiéndose de sus propios principios *a priori*; pues en las apariencias que alcanza la experiencia no hay nada universal, ni necesario.

En la analítica de lo sublime, Kant había reconocido en lo sublime lo que es absolutamente grande y en presencia de lo cual el sujeto conocedor se descubre capaz de dominar por su razón y como ser moral, inmensidades o fuerzas exteriores, o sea sublimidades que sobrepasan su sensibilidad y su imaginación. Por allí el sentimiento de lo sublime se aproxima al sentimiento del bien o sentimiento moral, que despierta también en el hombre la conciencia de su excelencia y de su finalidad; sin embargo media esta diferencia entre lo sublime y el bien, que aquel, por ser sentimiento estético, está desprovisto de todo interés directo, mientras el bien aparece siempre como ligado con un fin, es decir con un interés.

A continuación de estos dos análisis, Kant no examina inmediatamente si existe o no una antinomia irreductible entre las conclusiones a que ha llegado, si se pueden conciliar los dos elementos del juicio estético; el elemento sentimental o

satisfacción desnuda de interés y sin concepto (lo que es todo el fondo de la crítica de arte impresionista) y este otro elemento que le da su carácter necesario y universal (del cual se prevale la crítica dogmática). El admite los dos conceptos y trata solamente de buscar en virtud de qué el juicio del gusto puede tener un valor universal y necesario.

Los juicios estéticos pretenden obtener el asentimiento universal como si fueran juicios objetivos y, sin embargo, escapan a toda demostración lógica y firme, como si fueran solamente subjetivos. Esta aparente contradicción proviene de que su título y forma de juicios los hace considerar como de valor universal, mientras que son juicios en que el predicado no es un concepto (es decir algo objetivo) sino un sentimiento (algo subjetivo e individual). Se entiende que una representación pueda producir *a priori* un sentimiento cuando descansa, como la ley moral, sobre un principio racional capaz de determinar la razón y la voluntad; pero, en nuestro caso, el sentimiento es independiente de todo concepto definido (lo bello es lo que agrada universalmente *sin concepto*). Luego, ¿cómo es posible un juicio que, sobre la única base de un sentimiento particular de placer experimentado en presencia de un objeto, afirma, sin recurrir al concepto de dicho objeto, que el mismo placer estará ligado universalmente, en todos los hombres, con la misma representación? La única explicación plausible de la posibilidad de un juicio semejante consiste en suponer una finalidad formal del objeto relacionada con la facultad de juzgar tomada en su ejercicio meramente subjetivo, o sea una actividad interna concordante de la potencia pura de imaginar y de la potencia pura de conocer. La unión de estas dos potencias en cualquier sujeto humano, sirve de fundamento a la universalidad del placer causado por una representación, y habilita los juicios del gusto para establecer un lazo necesario entre una representación y un sentimiento, sin esperar el asentimiento ajeno. Los juicios del gusto son pues juicios sintéticos *a priori*; y, al pronunciar que un sentimiento de placer experimentado por el sujeto lo será por todos los otros, implican la existencia de un *sensus communis* por el cual todo

hombre, para comparar su propio juicio con toda la razón, lo compara con los juicios de sus semejantes, es decir, se esfuerza en librarse de los obstáculos que accidentalmente limitan el alcance de su juicio. Por fin, la aptitud para experimentar por comunicación el sentimiento de placer ligado con la representación de un objeto bello, resulta de la facultad de emitir juicios estéticos y, si tal aptitud se asocia indirectamente,—como sucede— con un interés moral, aparece como una suerte de *deber*.

Esta deducción de los juicios estéticos encamina directamente a la solución de la antinomía del gusto, de que trata la segunda sección de la obra de Kant o dialéctica de la facultad de juzgar estética (dialéctica del juicio del gusto).

La antinomía del gusto no consiste, para Kant, en la oposición que pueda existir entre los juicios estéticos de varias personas en cuanto es contraria a la conciencia que todos tenemos de la necesidad y universalidad de nuestros juicios en materia de gusto, sino que reside en la misma contradicción intrínseca que envuelven nuestros conceptos relativos a la posibilidad de los juicios estéticos. Kant ha vuelto varias veces sobre la antinomía sin resolverla jamás de una manera plenamente satisfactoria y siempre concordante.

«No se disputa sobre gusto», dicen, y tal refrán significa que nuestro juicio estético no puede pretender al asentimiento ajeno, que es exclusivamente individual, y, sin embargo, discutimos y defendemos recíprocamente el valor de nuestro gusto, lo que implica una fe en la posibilidad de un acuerdo.

La tesis dice: Nuestro juicio del gusto no se funda sobre conceptos, porque, si así fuera, podríamos discutir sobre él y decidir por medio de pruebas.

A lo cual se opone la antítesis: Nuestro juicio del gusto se funda sobre conceptos, porque, de otro modo, no podríamos contestar nada a quien nos manifestase su disconformidad y no se podría atribuir al juicio del gusto ningún derecho al asentimiento universal.

Kant estima verdaderas la tesis y la antítesis y que no se contradicen sino aparentemente por el doble sentido dado a

la palabra *concepto*. Cierto es que el juicio del gusto no se funda en conceptos *determinados* como lo son los que corresponden a los predicados proporcionados por la intuición sensible, y en eso es exacta la tesis; pero no menos cierto es que, conforme a lo que dice la antítesis, descansa sobre conceptos *indeterminados*, análogos al concepto que la razón nos proporciona de la suprasensible, del nómeno, fundamento del objeto y del sujeto, considerados el uno y el otro como fenómenos.

Por ello estamos autorizados a admitir a la vez la existencia de un orden irreductible a la sensibilidad estética y la *universalidad inteligible* de los juicios del gusto. Solamente colocando el principio del gusto en lo agradable o bien en la perfección resultarían falsas la tesis y la antítesis.

El concepto suprasensible o nómeno interviene aquí (como principio indeterminable, pero positivo, del acuerdo de todas nuestras facultades *a priori*, razón pura teórica, razón pura práctica, facultad de juzgar. Lo suprasensible es, según la misma expresión de Kant «el punto de reunión de todas nuestras facultades *a priori*, pues no queda otro medio para poner la razón de acuerdo con sí misma.»

Por medio del libre ejercicio del juicio del gusto el hombre manifiesta la armonía de sus potencias entre sí y del mundo con él; se refiere a una cosa que a la vez está en él y fuera de él, que no es ni naturaleza, ni libertad, que es lo suprasensible y en que se unen, de una manera incomprendible para nosotros, la facultad teórica y la facultad práctica. La razón de la posibilidad del juicio del gusto está quizás en el concepto de lo que se puede considerar como el *substratum* suprasensible de la humanidad.

Si se trata de despojar esas ideas, por cierto abstractas, de la terminología algo oscura de Kant, parece que no será traicionar su pensamiento decir que, según él, el juicio estético pretende la universalidad, aunque fundado en elementos individuales y de sentimiento, en virtud de una real o supuesta conformidad de naturaleza entre los hombres, por la cual, lo que subjetivamente conviene a la sensibilidad y a imaginación de uno de ellos, más o menos convendrá a los

otros. Y si el hombre no emite juicios estéticos, sino aplicando formas *a priori* sobre los elementos subjetivos proporcionados por el sentimiento de placer o de pena experimentado en presencia de ciertos fenómenos, la explicación de la existencia de estas formas *a priori*—(que no son conceptos determinados como las categorías de la razón pura o como los postulados de la razón práctica)—no se puede dar sino por quien dará la explicación, no solamente del compuesto humano, sino de la posibilidad de tal compuesto y del modo de existencia del lazo entre sus partes.

Debemos notar además el empeño de Kant en relacionar lo bello con la moralidad, llegando hasta ver en lo bello el símbolo de la moralidad y abriendo así el camino a Schiller, el autor de las *Cartas sobre la educación estética del hombre*, y a todos los que creemos en la eficacia del culto a lo bello, moral o material, para educar y ennoblecer al individuo. «Lo bello, escribe él, no se puede confundir con la moralidad sino por un error semejante al que haría de los atributos de Dios un objeto de conocimiento dogmático, pero lo bello expresa la moralidad para nosotros, pues lo que caracteriza la moralidad, es decir, el imperativo categórico o sea el derecho de exigir la adhesión inmediata prescindiendo de todo interés y el acuerdo con leyes universales, se vuelve a encontrar en el juicio de lo bello.»

Y, escribiendo a Reichardt el 15 de Octubre de 1790, poco después de la publicación de la tercera Crítica, le manifestaba no menos claramente que tal era la idea definitiva y dominante de su obra: «Me limité a demostrar que sin sentimiento moral no existiría nada bello, ni sublime para nosotros; que sobre el sentimiento moral se apoya todo lo que merece el nombre de bello y que puede pretender, casi diría, legalmente, nuestro asentimiento; que el elemento subjetivo de la moralidad, llamado sentimiento moral y que queda impenetrable, es precisamente aquello en relación a lo cual se ejerce el juicio cuya facultad es el gusto.»

La consecuencia evidente de estas ideas es que Kant no

quiere (que la representación de la belleza o que la fuerza creadora del genio absorban ni la idea del deber, ni la facultad práctica de realizar el deber. Con lo cual no necesita mayor demostración la contradicción absoluta entre el espíritu de la genuina estética Kantiana y las consecuencias que una filosofía romántica del arte no tardó en sacar de la definición Kantiana de la belleza: «la forma de la finalidad de un objeto, percibida sin representación de fin,» como si eso significara la identidad viviente de la naturaleza y del espíritu, la independencia absoluta del arte, la amoralidad del arte. El error es a penas concebible ateniéndose a la única primera parte de la *Crítica de la facultad de juzgar*, así como el ateísmo y el escepticismo práctico no eran consecuencias de la *Crítica de la razón pura* sino aislándola de su complemento necesario, la *Crítica de la razón práctica*.

En el prefacio de su tercera Crítica, Kant se expresa de la manera siguiente: «Como no me propongo estudiar el gusto, ni el juicio crítico, con el fin de formarlo, ni de cultivarlo, —porque esta cultura bien puede exceder de esta especie de especulaciones— sino que lo hago desde un punto de vista trascendental, espero que haya indulgencia para con los vacíos que se noten en este trabajo.» Y efectivamente Kant se preocupó más de la impresión estética y del juicio reflexivo estético y de su apriorismo que de la misma belleza. Ni siquiera estableció formalmente la distinción entre la belleza natural y la belleza artística, ni concedió al arte en su obra el lugar que le hubiera correspondido. Si busca ejemplos para aclarar sus disquisiciones sobre lo bello o lo sublime, les elige invariablemente entre las bellezas de la naturaleza, y si examina cual es el interés intelectual de lo bello, expresamente subordina lo bello del arte a lo bello de la naturaleza. (42).

Este último, tiene, para él, una marcada superioridad sobre aquel desde el punto de vista moral y, ya que relaciona tan estrictamente el interés estético con el interés moral, se puede tener por cierto que reconoce a la naturaleza un valor estético superior al del arte.

En este punto la contradicción es formal entre Kant y ciertos de sus discípulos como Schelling y Hegel. Este declara, en el mismo prólogo de su *Estética*, que su propósito no es de ocuparse con lo bello natural, sino de escribir una filosofía de las bellas artes, y para Schelling, la estética es antes de todo la ciencia de la belleza artística y lo bello la obra del genio humano.

Tratando del arte y su historia, Kant se empeña en diferenciarlo de la naturaleza, la ciencia y el oficio, por ser el arte una *obra* y no un efecto, una *facultad práctica* y no una facultad teórica, una *ocupación agradable* por sí misma, sin otro fin que la diversión de quien se entrega a ella y de los que la contemplan, ella o su resultado.

Distingue después las artes agradables de las bellas artes. Aquellas no tienen otro fin que el placer sensible y no lo asocian con las representaciones, sino en cuanto son sensaciones; las bellas artes, por otra parte, no son sensaciones, sino una suerte de conocimientos o representaciones que tienen su fin en sí mismos y cuyo placer no es de los sentidos, sino de la reflexión.

Toda obra de arte, aunque presentándose como tal y no como efecto natural, debe parecer tan libre de todo apremio y de toda regla como si fuera efecto de la naturaleza. Por eso la facultad que caracteriza al verdadero artista es el *ingenio*; o sea una cualidad innata del espíritu por la cual la naturaleza da su regla al arte. El verdadero ingenio es original, ejemplar e inconciente; lo constituye esencialmente lo que Kant llama el *Geist*, el alma, una facultad de representar ideas estéticas, de crear imágenes ricas en pensamiento, sin que, por ello, ninguna idea *determinada*, ningún concepto les pueda corresponder. Tales creaciones de la imaginación merecen el nombre de *ideas*, pues, por una parte, tienden hacia algo situado fuera de los límites de la experiencia y se acercan así a la representación de las ideas intelectuales, aunque, por otra parte, no se puede encontrar para ellas un concepto adecuado. Son representaciones o intuiciones internas a que



no se puede ligar un concepto propiamente dicho, mientras las ideas racionales son conceptos para los cuales no se puede encontrar intuiciones o representaciones imaginarias adecuadas.

La facultad artística y creadora por excelencia es la imaginación productora, unida con la razón pura o entendimiento, pero libertada de toda sujeción intelectual. Ella proporciona al entendimiento una materia rica pero no desarrollada, a la cual el entendimiento no alcanza con sus conceptos, pero a la cual aplica indirectamente sus principios y categorías.

El *Geist* o ingenio del artista consiste pues en asociar a un concepto dado o idea intelectual pura, ideas o representaciones estéticas y, por este medio, encontrar la expresión propia para comunicar a otros el estado de alma que resulta de dicha asociación y es como su acompañamiento. El ingenio es, pues, en último análisis, la originalidad ejemplar del talento natural revelado por un hombre en el libre ejercicio de sus facultades de conocimiento.

Sin embargo, después de haber insistido de esa manera sobre la libertad de creación de la imaginación y reconocido su capacidad para crear como otra naturaleza con la materia ofrecida por la naturaleza real, Kant, censura sus concepciones y declara que, si, en la contienda del ingenio y del gusto, fuere necesario sacrificar uno de ellos, mejor sería quitar algo al ingenio, pues el juicio, la razón, se resiste más a cualquier derogación al entendimiento y al sentido común que a una limitación de la libertad y frondosidad de la imaginación. (49)

Después de estas observaciones generales, Kant, esboza una división de las bellas artes, establecida sobre la analogía entre el arte (expresión de las ideas estéticas) y los medios de expresión de que usan los hombres para comunicarse sus sensaciones y conceptos, o sea la *palabra*, el *gesto* y el *tono*.

Artes de la palabra serán la elocuencia y la poesía; artes figurativas, la arquitectura, la escultura, la pintura y el arte de los jardines; por fin artes que producen un bello juego de las sensaciones, *ein schönes Spiel der Empfindungen*, la música y el arte del colorido. Todas o varias de ellas pue-

den encontrarse reunidas en una misma producción, pero en todas la forma siempre es el elemento esencial que debe estar concordante con la contemplación y con el juicio, para producir un placer que disponga el alma a los conceptos y esté ligado con la cultura moral.

«Cuando las bellas artes no están ligadas, íntima o remotamente, con las ideas morales, las solas a las cuales acompaña una satisfacción que se basta a sí misma, no sirven sino para distracción; se recurre a ellas para disipar el descontento del espíritu. Pero como su fruición no deja nada en el espíritu, sino que hace el alma torpe y que su objeto se vuelve insípido, sucede (que la razón tiene conciencia de un estado de desacuerdo íntimo y que el individuo queda más descontento de sí mismo y disgustado. El uso del distraente se vuelve entonces más necesario y tiene por efecto de aumentar la inutilidad y el descontento del sujeto.» (§ 52).

Este severo criterio rige todo el capítulo siguiente, que es el último de la teoría del arte, y en que Kant establece la comparación entre las bellas artes, por su respectivo valor estético.

Concede el primer puesto a la poesía (que sin embargo no es el arte *formal* por excelencia, pues en ella el concepto está mucho más lógicamente expresado que en la música o la escultura), y la hace seguir por la música, en razón de su atractivo y de su poder conmovedor. Sin embargo hará retroceder la música al último lugar, después de las artes figurativas, cuando quiera tomar en consideración que no es sino un juego de sensaciones sin gran provecho para la cultura del espíritu. Este juicio sobre la música hizo escándalo, especialmente en Alemania, donde, quizá por temor a la opinión, nadie se levantó en defensa del blasfemador del arte que, sin duda, proporcionó a la raza sus menos discutibles triunfos artísticos. En nuestra capital, tan notable por sus doscientos setenta conservatorios de música y las innumerables—tanto como innecesarias—*ejecuciones* anuales, privadas o públicas, de

las obras de los grandes genios de la música, se encontraría argumentos *posteriori*, muy fuertes para sostener la opinión de Kant. (Veáse el § 53).

## V

Examinando, al terminar este estudio, el conjunto de las ideas expresadas en la *Critica de la facultad de juzgar*, no es posible dejar de observar que Kant no ha relacionado la teoría del arte con su teoría de lo bello en general. Hasta el momento de dar su teoría del arte, no se preocupó de la naturaleza de lo bello, sino únicamente del estado del contemplador; de manera que lo bello no le parecía ser sino lo que permite a la imaginación y al entendimiento armonizarse. Después profesó que tanto la belleza de la naturaleza como la del arte son la expresión de ideas estéticas, con la sola diferencia que, en las bellas artes, la idea estética es ocasionada por un concepto del objeto, mientras, frente a la belleza natural, la sola reflexión que hacemos sobre una situación dada, sin ningún concepto de lo que el objeto tuviera que ser, es suficiente para excitar y comunicar la idea de la cual este objeto se considera como la *expresión*. De manera que lo bello ya no se reduce más a un mero estado subjetivo, sino que se presenta también como objetivo y ligado a un concepto.

Kant no se preocupó de conciliar estas vistas contradictorias, y por eso se ha podido decir que, para ser plenamente lógico, hubiera tenido que dejar el arte y el artista completamente fuera de su estética y de los dominios de lo bello.

Efectivamente, la obra de arte se caracteriza por haber sido concebida por una causa inteligente y para un fin determinado. «El arte, escribe Kant, (§ 43), se distingue de la naturaleza como el hacer se distingue del obrar (*facere* de *agere*), y existe entre una producción del arte y una producción de la naturaleza la diferencia que media entre una obra y un efecto (*Opus* y *effectus*)... Se reconoce el arte en todas las cosas cuya causa, antes de producirlas, ha debido tener la representación de ellas (como sucede con las abejas), sin *concebir*las,

sin embargo, como efectos». Pero, en el mismo capítulo, escribe: «Cuando, al cavar en un huerto, se halla un trozo de madera tallada, no se dice que es una producción de la naturaleza, sino del arte; la causa eficiente de esta producción ha concebido un fin, al cual debe su forma este objeto». ¿Cómo conciliar esto con la definición de lo bello por la *finalidad sin fin*, a no ser que, cuando observamos que un objeto fué predeterminedo por una inteligencia, en vista de un propósito determinado, desaparece la belleza?

---

En la teoría del ingenio tampoco aparece muy coherente el pensamiento de Kant. Por un lado afirma que la facultad esencial del artista no es el entendimiento y la razón sino el ingenio (*der Geist*), cuyo rasgo característico es su independencia completa de cualquier regla, su libertad absoluta. Pero, por otro lado, explica el estado estético del artista creador y el mismo ingenio por la armonía entre la imaginación y el entendimiento. Será Schiller el que, volviendo sobre la la cuestión, aclarará el punto de la libertad aparente del arte, enseñando la conciliación posible entre la técnica y la libertad.

---

Apenas si vale la pena detenernos en la división de las bellas artes, propuesta por Kant, y que ningún tratadista de estética admite. El mismo principio de esta división es inadecuado, pues no existe la analogía que presupone el autor entre las ideas estéticas y «las ideas que los hombres se comunican, usando los varios medios de expresión»; el término *idea* en el último caso se refiere a conceptos propiamente dichos, mientras las ideas estéticas nos fueron explicadas como vacías de concepto. Además, si se entiende bien que, después de enunciar su división de las formas de expresión de las ideas, en

la palabra, el gesto y el tono, Kant relacione la elocuencia y la poesía con la palabra, no se comprende que refiera al gesto la arquitectura, la escultura, la pintura y el arte de los jardines, no haciendo ni siquiera mención de la mímica. No menos extraña parece la inclusión entre las artes que se refieren al tono, del colorido, reunido aquí con la música, pero aislado de la pintura.

Concluiremos diciendo que las teorías de la *Crítica de la facultad de juzgar*, relativas al arte en general, al artista y a las bellas artes, son insuficientes y no tienen un encadenamiento natural y lógico con el sistema estético general de Kant. Sin embargo su obra fué sumamente fecunda para la estética. El subjetivismo Kantiano puede ser y es vivamente combatido en los dominios de la metafísica del espíritu y de la metafísica de las costumbres; en cuanto a la naturaleza del sentimiento estético resiste infinitamente mejor a las objeciones, y en nuestros días lo encontramos como fundamento filosófico, consciente o inmanente, de la crítica de arte o literaria, en casi todos los más eminentes críticos.

Una de las fórmulas más dignas de atención de la obra es la que Kant escribió al principio del capítulo 44 «de las bellas artes»: «No hay ciencia de lo bello, pero solamente una crítica de lo bello». Este criticismo y este individualismo son mucho más fecundos que el dogmatismo, cuando se implantan en almas que, lejos de dejarse desanimar, se sienten incitadas por ellos a buscar vías nuevas, a veces laterales, a veces opuestas a las de los llamados maestros, en conformidad con este otro aforismo de Kant: «En filosofía no hay autor clásico». (1)

De este espíritu de independencia y de autonomía individual en la estimación y en la prosecución de la belleza, sin pretensión de encontrar jamás la definitiva, absoluta y universal satisfacción de una de las aspiraciones más nobles del hombre, resulta para la actividad artística de la sociedad un beneficio no menor que el producido para su progreso material,

(1) En «Ueber eine Entdeckung.»

por el perpetuo renacer del hambre y de las demás necesidades individuales.

Con fácil adaptación se puede aplicar a la belleza subjetiva tal como la entiende Kant, lo que, de otras dos ideas engendradas por la vida en el hombre, la Verdad y la Libertad, dijo J. de Gaultier: «La verdad y la libertad (agregaremos la belleza), son para el hombre como estos manojos de pasto fresco que se anteponen al caballo del circo, y que no tienen de por sí ninguna virtud para hacer mover el aparato del circo de los caballos de madera; pero el caballo enganchado y enjazzado corre hacia el manajo de pasto que se aleja de él con una velocidad igual a la que él desarrolla para alcanzarlo. El hombre también toma carrera hacia aquellas promesas floridas, cuya retirada se acelera en proporción de la energía de su esfuerzo. Gracias al arrojito del caballo todo el circo se mueve con sus pequeños jinetes, sus amazonas feriantes, en medio del rumor de las voces y de los cantos, del órgano y de los címbalos, bajo la luz multicolor de las lamparillas. Gracias al arranque del hombre hacia la verdad, hacia la libertad y hacia la belleza, ciencia, civilización y arte, progresan y se renuevan en el curso de las edades».

CAMILO MOREL.

# TEOGNIS

(Conclusión)

Queda la patria. La opinión general es que Teognis era de Megara Atica y no de Megara Hiblea, en Sicilia. Suidas le hace de Megara Hiblea, lo que no tendría gran valor, a no ser que se apoya en el testimonio de Platón, quien llama a Teognis ciudadano de Megara Hiblea, en Sicilia. Para debilitar el testimonio de Platón, ya los antiguos proponían la hipótesis de que éste entendiese decir *ciudadano honorífico*, esto es, que Teognis había nacido en Megara Atica, siéndole después conferida, en un viaje a Sicilia, la ciudadanía de Megara Hiblea.

Pero antes se ha dicho que no aceptamos estos esfuerzos, con los cuales se puede demostrar todo.

Un argumento en favor de Megara Atica, sería la invocación a Artemis:

«Artemis cazadora, hija de Zeus, que Agamenón dejó aquí levantada cuando navegaba camino de Troya».

Sabemos de un templo de Artemis en Megara Atica, que se decía edificado por Agamenón, cuando, yendo a Troya, pasó por Megara en busca del divino Calcas (*Pausanias*).

Ya dije que empieza la síloge por cuatro invocaciones, y que, por tanto, las tres primeras no andan exentas de toda sospecha. La invocación a Artemis es la tercera. El caso es que Aristóteles cita estos versos de Teognis.

Hay en Aristóteles varias citaciones de Teognis, y algunas de versos que se encuentran en trozos que carecen del sello. Mas estas citas sólo pueden servir para demostrar que Aristóteles citaba sacando sus versos de una siloge como la actual. Sin embargo, no quiero decir que esta citación no tenga valor. Valor escaso, se entiende, contra una afirmación tan explícita como la de Platón.

Las demás indicaciones, ninguna cae en trozos *sellados*.

Otro argumento favorable a Megara Hiblea, es que el mismo Teognis se llama *megarensis*, y megarensis, sin más, para un griego quería decir: «de Megara Atica». Por lo menos así parece. Verdad en que, tratándose de versos, cómo pudiera introducir la distinción, no es fácil de imaginar.

No daremos gran peso a este argumento. En cuanto a los restantes autores que, como Ateneo, le llaman megarensis a secas, haremos notar que si no añadían la determinación de *niseo o hibleo*, es precisamente porque se disputaba.

La gran prueba sería la coincidencia de la historia de Megara Nisea con las elegías. Esta coincidencia, donde la hay, es debida a que en la suposición de que Teognis era de Megara Nisea, sacóse de sus poesías la historia de esta ciudad. Y por demás extraña que un megarensis, de Megara Atica, no haga jamás alusión a Teágenes, el célebre tirano, con tanto hablar de discordias y revoluciones y amenazas de tiranía. Todo examinado, pues, la tesis que vuelve a sostener Beloch, de que Teognis era de Megara Hiblea, no parece absurda. Si aceptamos lo que él demuestra, o sea, que el tirano Teágenes reinaba aún en Megara en 544, entonces no sólo su tesis es muy verisímil, sino cierta.

Se ha visto que no hay nada en la siloge ni en contra de la edad que asignan a Teognis los antiguos, ni en favor o en contra de su origen, bien de una, bien de otra Megara.

La invocación a Artemis puede contarse, igualmente, entre los trozos añadidos, y que Teognis transcribe de memoria. La cita de Aristóteles demuestra que estaba ya donde está, no que fuera de Teognis.

La siloge que tenemos no se remonta a Teognis, pero su



obra, en principio, fué también una siloge. En ella, carácter de sentencias morales tenían los versos que el poeta aprendió, cuando muchacho, de memoria, y que en la misma forma ofrecía a Cirno. En cuanto a los compuestos por él y que llevan como sello el nombre de Cirno, fin didáctico tienen, pero Teognis no lo declara. Todo resulta de la traducción misma de estos versos, si se hace sin prevenciones.

En cuanto a la elegía dirigida a los siracusanos salvados del sitio, es una equivocación de Suidas, no existiendo en la historia recuerdo de un sitio de Siracusa, al que pueda convenir tal indicación, Suidas, por lo común, copiaba las noticias tal como las encontraba escritas. El error, pues, será de su fuente, desconocida para nosotros. Como Teognis se confunde a menudo con Teócrito, tal vez en las Siracusanas de éste se haya de buscar el origen de la equivocación. Hipótesis ciertamente poco verosímil, pero de errores más garrafales hay ejemplos en Suidas.

Isócrates cita a Hesíodo, Teognis y Focílides como los mejores maestros que se conocieron de la vida humana. Agrega que, no obstante esto, nadie se cuidaba de leerlos. Y después dice que si de los más grandes poetas se recogiesen las más hermosas sentencias, para aquellas en que mayor cuidado pusieron, la indiferencia de la gran mayoría sería igual.

Este pasaje sólo puede servir para demostrar que ya se tenía idea de florilegios, antologías, siloges. Las citas de Platón son tales que permiten creer (dice Fumagalli) que las sacase de la misma siloge actual.

Nada sabemos de Teognis. La misma fecha de su florecer dada por los antiguos (544), que sea conjetural no hay duda; mas sobre cuáles conjeturas se base, no sabemos. Los pasajes de la siloge con indicaciones biográficas no faltan. Pero nada sabiendo de su autenticidad, para nada pueden servir.

Vamos a traducir algunas églogas:

(7). «Cirno, preñada está la ciudad ahora, y me temo que no dé a luz alguien, que nos haga arrepentir de nuestra malaventurada prepotencia.

«Porque lo que es los ciudadanos aun son cuerdos; pero los jefes ya están a punto de caer en gran calamidad.»

(8). «Ninguna ciudad, Cirno, arruinaron jamás los buenos; mas cuando a los malos les da por hacer el prepotente, y corrompen al pueblo, y dan las sentencias según su interés y ambición, ten por cierto que aquella ciudad no estará mucho tiempo tranquila, ni si por el momento se hallase en gran quietud, cuando a los malvados son gratas las ganancias que vienen con daño del pueblo. Porque de éstas nacen las sediciones, y las matanzas de ciudadanos, y los tiranos. ¡Qué nunca de tales ganancias se complazca esta ciudad!»

(9). «Cirno, la ciudad es ésta todavía, pero otros son los ciudadanos. Los que antes ni tribunales conocían ni leyes, sino que gastaban pieles cabrunas ceñidas a las caderas, y allí en las afueras, lejos de la ciudad, pacían como ciervos; he aquí que son hoy los buenos, Polipaide; y los buenos de antaño hoy no cuentan para nada. ¿Quién puede aguantar semejante espectáculo? Se engañan los unos a los otros; se mofan los unos de los otros, y ninguna idea tienen ni del mal ni del bien. No te hagas, Polipaide, amigo de corazón de ninguno de tales ciudadanos, por razón ninguna; de palabras aparenta ser amigo de todos, pero no te unas a ninguno de ellos en cosa de alguna importancia. ¡Oh! No tardarás en conocer el alma de esos desdichados y cómo en su proceder no hay lealtad ninguna, sino que aman los fraudes, los engaños, las intrigas, como hombres ya desahuciados.»

\*  
\*\*

Para la inteligencia de algunas expresiones, cual aquella de que *en las afueras de la ciudad pacían como ciervos* dicen que una nobleza (los *agathoi* de Teognis), que descendía parte de los habitantes antiguos, parte de los dorios, era dueña de Megara.

Hasta aquí no hay nada que decir. Pero Curtius agrega: «Esta nobleza poseía el territorio de la ciudad y todos los terrenos aptos para el cultivo, mientras el pueblo vivía esparcido por las montañas y a orillas del mar, en terrenos estériles, y sólo en los días de mercado se le permitía entrar en la ciudad para vender los productos de su industria, pero colocándose en un lugar determinado». Lo de colocarse en

un lugar determinado para vender los productos del campo, que parece cosa tan grave a Curtius, no significa sino que en Megara había ya un mercado. Mas un concepto tal de esta ciudad no corresponde en nada con la historia. Esta nos dice que Megara estaba antes dividida en cinco aldeas; diré mejor, el territorio del pequeño Estado,—que de él se trata. Estas aldeas eran independientes, y luchaban entre sí con tal dulzura y delicadeza que se hicieron proverbiales. Vemos después a Megara fundar colonias numerosas y más tarde luchar con Atenas. Mas este pueblo, dispersado por los montes y la orilla del mar, no es sino una pesadilla de Plutarco. El origen está en aquella gente de Teognis, sin jueces ni ley, que lejos de la ciudad pacen como ciervos.

Que vivieran en los montes de Megara pastores, es presumible. Mas que todo el pueblo fuese condenado a cultivar peñas y la arena del mar, es absurdo creerlo; y más aún suponer que pudiesen de tal labranza sacar algo para vender en la ciudad.

La pintura de Teognis no se aviene con los megarenses, pueblo civil; y más bien se ha de reconocer en ella a los naturales de Sicilia, que para los griegos eran salvajes, sin ley ni costumbres, y que gastaban pieles de cabra, como bestias en los montes.

Para Teognis *agathoi* «los buenos», no tiene significado moral sino raramente. «Buenos» son los *ricos y nobles*; «malos» los *plebeyos*.

De Megara dice que la ciudad es la misma; pero diversos los *moradores: laoi*. Esto implica algo más que el cambio de un orden de ciudadanos o de un partido en el poder.

Pero si se trata de Megara Hiblea, en Sicilia, todo se aclara. Muchos sicilianos vivían con los griegos en la ciudad; y que algunos prevaleciesen por sus riquezas y lograran ejercer el dominio, no ha de extrañar.

\*  
\*\*

(10). «Nunca, Cirno, fiándote de hombre malo, consultes con él, cuando quieras llevar a cabo algo de importancia: mas consulta al bueno, yendo tras él, aunque mucho te hayas de cansar y recorrer, Cirno, a pie un largo camino.»

«Confía en pocos, cuando eches mano a negocios de importancia, si no quieres, Cirno, que te alcance algún día un daño irremediable.»

«Un hombre leal merece ser estimado tanto como el oro y la plata, Cirno, en una grave discusión.»

«Pocos encontrarás, Polipaide, entre tus compañeros, que sean fieles en el momento del peligro; y que unánimes no rehusen participar en tu desgracia, como antes en tu buena suerte.»

«O ámame con sincero corazón, o, renegado de mí, ódiame; y combáteme abiertamente. Aquel que no teniendo sino una lengua, tiene dos almas, este es compañero peligroso, Cirno, y mejor es ser su enemigo que su amigo.»

«Nadie se persuada de amar a un hombre malo, Cirno. ¿De qué sirve la amistad de un mal sujeto? No te sacará él de un mal paso, o de apuros; ni, si tiene plata, querrá darte a tí parte de ella.»

«Nada más difícil de conocer que el hombre falso, Cirno; no hay nada de que debemos guardarnos con mayor cuidado.»

«La falsificación del oro y de la plata es mal tolerable, Cirno; y es fácil para el hombre práctico descubrirla. Mas si en el pecho de un amigo se esconde una mente falsa; si tiene en el pecho un corazón engañoso, ésta es la mayor falsificación que hizo Dios entre los hombres, y el descubrirlo es el más grave de los dolores.»

«Porque no puedes conocer la mente de un hombre o de una mujer sin haberlos antes experimentado, lo mismo como de un caballo de tiro; ni podrás argüirlo creyendo haber llegado en el momento oportuno; porque a menudo las apariencias engañan.»

(El penúltimo verso es de dudosa interpretación. Muchos toman *órion*, con espíritu dulce, y vale *mañana*; y traducen: *ni podrás adivinarla volviendo mañana*: y es, cierto, interpretación falsa, porque hace caso omiso de las palabras: *ósper poto: como precisamente...* Con *hórion* un sentido se saca: *ni podrás adivinarla como si hubieses llegado en el momento oportuno.*)

«No te augures, Polipaide, sobresalir ni en valor ni en ri-

queza; tenga uno suerte, y basta.»

«No hay nada entre los hombres que valga más que el padre y la madre, para cuantos aprecian, Cirno, la piedad y la justicia.

«Nadie, Cirno, es autor de su buena o mala parte; son los Dioses los que dan una y otra. Nadie trabaja sabiendo si llegará a bueno o a mal término. A menudo le parece a uno que se equivocará, y lo ha acertado; y creyendo que acertará se ha equivocado. A nadie le sucede todo lo que quisiera: que los términos de una dificultad insuperable lo impiden. Vanamente pensamos nosotros los hombres, nada sabiendo; mas los Dioses todo lo llevan a cabo según su pensamiento.

«Nadie engaña jamás, Polipaide, o al huésped o al suplicante, sin que lo sepan los inmortales

«Prefiere ser piadoso y vivir sin gran riqueza, a llegar a ser rico con malos medios. En la justicia se unen y resumen todas las virtudes; y enteramente bueno es uno, Cirno, siendo justo.

«Las riquezas las concede Dios también al hombre más perverso, Cirno; pero a pocos es dado participar de la virtud.»

\*

Estos trozos bastan para dar idea del poeta. Vemos aquí dos versos de Solón, naturalmente sin el vocativo *Cirno*. Sentencias de Solón se encuentran también en los trozos que hemos traducido; pero la forma está enteramente cambiada.

Estos versos de Solón, los primeros que encontramos, están modificados en algo. Dice Clemente Alejandrino que de propósito los corrigió Teognis. Mas sabemos que los citaba de memoria, y como los había aprendido cuando muchacho.

\*

«No pronuncies jamás, Cirno, palabra orgullosa, porque nadie sabe lo que le traerá la noche y el día.»

Signen seis églogas sin sello. Muchas ideas análogas las encontramos en los versos 65 y siguientes de la 9ª. elegía de

Solón. He aquí lo que opinaba Teognis de la pobreza:

«La miseria es lo que más abate al hombre honrado, ¡oh! mucho más que la cana vejez, Cirno, y que la fiebre; y huírlo debe uno, aun arrojándose, Cirno, desde peñas inaccesibles, a las profundidades del mar. Porque todo hombre acosado por la indigencia no puede ni decir ni hacer nada; y tiene atada la lengua.»

«Hay que buscar al mismo tiempo, y por la tierra, y por la vasta superficie del mar, el modo, Cirno, de libertarse de la indigencia.»

«Morir, amigo Cirno, vale más para el pobre que vivir consumido por las asperezas de la miseria.»

El trozo que sigue es citado por Jenofonte, dice Estobeo, o por Antístenes, opinan los modernos. Está precedido por estas palabras: *he oân... arkhé tês poiéseos.*

Crean pues, algunos que el poema empezara por estos versos, interpretándolos: *el principio... del poema.* Pero una cosa es *poesía* y otra distinta *poema.* *El principio de la filosofía de Aristóteles* es que no existe nada, fuera de lo individual: no quiere significar el principio de las obras filosóficas de Aristóteles.

Dice, pues, Antístenes, que en sus poesías Teognis trataba de los vicios y virtudes de los hombres, como un conocedor de caballos trataría de ellos escribiendo sobre el arte ecuestre.

«Machos cabrios y burros buscamos, Cirno, y caballos de buena raza; y se elige para la cría entre los buenos; pero casarse con una mujer mala e hija de padre malo, nada le importa al bueno, ¡con tal que le traiga mucha plata.

«Ni la mujer rehusa ser esposa de un hombre malo, pero rico; más prefiere el rico al bueno. Lo que se precisa es la plata; el noble se casa con la hija de un villano, el villano con la hija de un noble. La riqueza mezcló la raza. Por eso no te extrañe, Polipaide, que la estirpe de los ciudadanos degenerare, puesto que se mezclan los buenos y los malos.»

Después de una égloga que tiene visos de ser de Solón, encontramos:

«Cirno, con todos los amigos cambia y varía las costumbres,

adaptándolas a las que tiene cada cual.»

«Ten la naturaleza compleja del pulpo, el cual a la piedra a la que se adhiere, se muestra igual, a la vista; y seas cuándo de éste, cuándo de aquel color; que más vale la prudencia que la inmovilidad.»

Vico, hablando del llamado *carácter*, observa que la recta es la línea de la muerte; y que la virtud que ha de guiar al hombre en la vida es la prudencia. Para el cazador es cómodo que la liebre no se mueva; más en antiguo se daban los preceptos en interés de la liebre, y no del cazador.

Siguen dos églogas; la segunda es de Solón:

«Aun siendo fortaleza y torre del pueblo vano, Cirno, sin embargo el hombre bueno poca honra consigue.»

«No tenemos viso de gente salvada, sino de ciudad, Cirno, en peligro de ser tomada.»

Sigue otra égloga: disputan si es o no es una elegía entera. Se ha visto que todos los trozos traducidos son enteros, como si perteneciesen a una colección de pensamientos:

«Te dí yo las alas con las cuales sobre el mar inmenso volarás y sobre toda la tierra, alzándote con facilidad. «En todas las cenas y convites estarás presente, puesto en los labios de muchos. Y a ti al son de las atipladas flautas, los adolescentes comidos y amantes con clara y aguda voz te cantarán; y cuando bajo la bóveda de la tierra oscura hayas descendido a las casas de Hades llenas de gemidos, nunca jamás ni muerto perderás tu gloria, mas siempre serás caro a los hombres, teniendo nombre inmortal, Cirno, llevado por la Grecia y por las islas allende el mar abundante en peces y estéril; no sentado en el lomo de caballos, pero te conducirán los dones espléndidos de las Musas coronadas de violetas. Y de todos cuantos aman el canto, también en el porvenir serás conocido mientras duren la tierra y el cielo. «Y no obstante eso yo no he recibido de tí la menor prueba de respeto, y me pagas con charlas como si fuera un chiquillo.»

Notaremos que dice «volarás sobre el mar y sobre la tierra toda» y que se le presenta primero a la mente el mar y después la «tierra toda», esto es, el continente; lo que de-

muestra que Teognis vivía en una isla.

Dice que Cirno, es decir su nombre, será celebrado en todos los festines, y esto demuestra que las elegías fueron compuestas para cantarse de sobremesa, y que por lo tanto, la colección de trozos simposíacos o breves elegías que seguiría, según Cursio, al verso 257, se remonta tal vez a Teognis.

Estos versos tienen visos de ser un final. Quizás terminase allí la primera parte. Un cierto orden no falta; todas las primeras églogas, hasta el verso 132, tratan más o menos de la elección de los amigos; los que siguen hablan del poder de los dioses y de la fortuna, y la conducta que sugieren, y luego pasa a hablar de las riquezas, de los males que producen, y de la prudencia.

Siguen once fragmentos y luego un dístico que lleva el nombre de Cirno:

«Nadie quiere ser amigo del hombre a quién sobreviene una desgracia, ni si, Cirno, ha nacido del mismo vientre.»

Las once églogas que preceden este dístico no tienen relación ninguna entre sí. Después de otras seis églogas, una de las cuales de Solón, vuelve a menudo el nombre de Cirno:

«Cirno, el hombre bueno siempre tiene inmutable su pensamiento y no se conmueve ni en las desgracias ni en la buena suerte; pero si un dios a un hombre malo le da de vivir y riqueza, en su exaltación no puede refrenar su maldad.»

«No renuncies, Cirno, por motivo ligero a un amigo, prestando fe a pérdidas calumnias. Si uno se indignara por todos los errores de los amigos, no habría personas en armonía entre sí y amigas. Porque los errores son inseparables de los mortales; sólo los dioses no los toleran.»

En vez de *theoi* probablemente había un *déou*: «y les toca soportarlas aun de mala gana.»

«Aunque tarde, uno, si es prudente, alcanza al veloz a quien persigue, Cirno, favorecido por la recta justicia de los dioses.»

«Tranquilo como yo, anda por el camino del medio, Cirno, y no des a los unos lo que es de los otros.»

«No ames al desterrado esperando algo de él, Cirno, porque repatriado ya no es el mismo.»



Se empieza a ver algo aquí del destierro, al que se supone haber sido condenado Teognis por los proletarios cuando se apoderaron de la ciudad. El destierro es indispensable para todos aquellos que hacen a Teognis natural de Megara Atica y ciudadano honorario de Megara Hiblea.

Cierto que Teognis fué desgraciado; tenía muchos enemigos, pues dice que le parecería ser un dios ante los hombres si lograra vengarse antes de morir.

Los dos fragmentos que siguen a éste y que respiran una ferocidad bestial, pues llega hasta manifestar el deseo de beber la sangre negra de sus enemigos, no tienen el sello.

«Ten valor, Cirno, en los males, puesto que también has gozado de bienes cuando le plugo al destino que tuvieras también éstos; y como después de los bienes has tenido una desgracia, asimismo procura de nuevo libertarte rogando a los dioses. No hagas alarde de ella; porque, Cirno, ostentando la desdicha, pocos tendrás que te hagan caso.»

«Se le encoge a uno el corazón en la desgracia; pero si se venga, se le vuelve a ensanchar.»

Después de tres églogas encontramos este dístico; «No me aguijonees con fuerza, empujándome de mala gana bajo el yugo, Cirno, y atrayéndome a toda costa al amor.» Estos versos son parte de no sé qué historia del amor de Cirno, que parece bosquejarse en los fragmentos. Se ha visto que se queja de que Cirno no hacía caso de él, a pesar de la gloria que le había dado. Vemos que encomienda luego a Cirno no se deshaga de un amigo por cualquier pretexto. Siguen consuelos que parecen aludir a alguna desgracia de Cirno. No insisto, ni vale la pena insistir, pues estas historias son como los cuadros que a menudo le parece a uno ver en las manchas de la pared.

Las siete églogas que siguen son notables por su contenido, pero no hay *el sello*. De ser de Teognis, serían alusión a su desgracia: según se echa de ver, había perdido sus bienes.

«No dejarás a tus hijos tesoro mejor, Cirno, que el respeto que acompaña al hombre honrado.

«A mí me parece que no vale menos que ningún otro un compañero, Cirno, que tenga cordura y poder.»

Algunos de los veinte y nueve trozos que siguen son notables por la extensión y también por su hermosura. Uno hay que era dirigido a un tal Simónides: contiene el verso citado de Aristóteles como de Eveno y de Eveno algunos pretenden ser toda la elegía. Esta égloga no dice más de lo que se lee en el fragmento de Panfasis sobre el vino, o en la elegía de Jenófanes. En todos estos trozos no se deja de recomendar la prudencia en el hablar y el peligro que el beber demasiado haga cometer o decir cosa de la que después uno se haya de arrepentir.

Otro trozo está dedicado a Onomácrita, mas no sabemos si sea el poeta de la corte de Pisístrato.

Otro está dirigido a Clearisto y es el más hermoso. Las sentencias expresadas en un solo dístico menudean:

«Este hombre, Cirno, se fabrica a sí mismo las grillos, si los dioses no me engañan.»

Quien sea el tal hombre, no sabemos. Al parecer es un caudillo que por su propia imprudencia corre peligro de arruinarse.

«Temo, Polipaide, que el mismo furor que perdió a los Centauros envidiosos pierda a esta ciudad.» Es alusión a luchas intestinas.

«Cirno, he de juzgar en este caso a cordel y a escuadra, y dar su parte a los unos y a los otros.»

Una amenaza a la ciudad se lee en los siguientes versos:

«El mudo heraldo despierta la lacrimosa guerra, Cirno, dejándose ver desde la alta atalaya. Pon el freno a los caballos veloces: me parece que habrá un encuentro con los enemigos. Y no distan mucho, y recorrerán la distancia, a menos que los dioses dejen que me engañe en mi opinión.»

No se trata de ningún reconocimiento, según opina Cursio: se trata de preparar los caballos para un encuentro con los enemigos ya avistados desde la atalaya. El mudo heraldo es el polvo: Los enemigos ya están cerca, dice, y recorrerán el corto intervalo que los separa. Los que recorrieran el intervalo, son los enemigos y no Cirno.

De aquí deduce Beloch que Teognis era de Megara Hiblea, porque Megara Atica no tuvo caballería hasta fines del siglo V.

¡Es para rechazar este argumento, por lo que se quiere obligar al poeta a hablar de una exploración! ¿Qué necesidad de explorar si ya el polvo anuncia a los enemigos, si ya están cerca? Pretendemos ver en estos versos una alusión a la expedición de la caballería persa contra Megara, indicada por Heródoto.

Siguen 29 trozos, casi todos de un solo distico. Estos fragmentos, que no se traducen, tienen su importancia, algunos sobre todo, y se encuentran citados para establecer el modo de pensar del tiempo. Por ejemplo, el que en seguida transcribiré, demuestra que la creencia en la inmortalidad del alma no era sino de pocos. Era opinión tradicional a la cual no respondía ya el sentimiento de nadie. Esta misma indiferencia la encontramos en Simónides.

No es éste el lugar oportuno para tratar este asunto; sin embargo, puesto que se presenta la ocasión, quiero hacer resaltar una idea en que pocos reparan.

El alma que se creía inmortal, era para los antiguos aquel principio que en nosotros siente, quiere y piensa: lo que anima el cuerpo. Este era para los antiguos el *thumós*, y se extinguía con el cuerpo. Pero en nosotros había además un *genio*, el cual de día estaba encogido y como invisible en la luz del *thumós*, y dominaba de noche en los sueños dándonos avisos oportunos, o también en la embriaguez al ofuscarse el sentimiento de la propia personalidad. Este genio es el que se creía inmortal y se adoraba. Los filósofos fundieron estas dos almas en una sola, de donde vino el concepto actual de alma.

«Gozo de mi juventud y me divierto: porque con el tiempo, perdiendo la vida yaceré bajo la tierra mudo como una piedra y tendré que abandonar la dulce luz del sol; y por más bueno que haya sido ya no veré nada.»

Este fragmento lo creen de Mimnermo. A Calino atribuyen este: «Las obras y violencias que perdieron a Magnesia, son las mismas que dominan hoy en esta ciudad.»

«El que no tiene, Cirno, la mente mejor que el deseo, siempre se halla en apuros y en grande perplejidad.»

Después de otros nueve trozos más, encontramos: «Tenga yo buena suerte y sea caro a los dioses, Cirno, y no deseo ninguna otra virtud.»

«Contigo, si estás mal, todos, Cirno, padecemos, pero en ti el dolor para los males ajenos dura un día.»

Las 23 églogas que siguen nos llevan al verso 805. Son casi todas de extensión notable, dos constan de 20 versos. Se vuelve a tratar el llamado problema del mal. Aquí caen los trozos en que se habla de los Medos, etc., y los versos en que se alude a los presuntos viajes de Teognis:

«Fui yo un tiempo a Sicilia también y a la llanura vinífera de Eubea y a Esparta, la gloriosa ciudad del Eurotas rico en cañaverales, y todos me hicieron la más alegre acogida, pero ningún placer mi corazón experimentaba, tan cierto es que no hay nada más caro que la patria.»

No sabemos qué pensar: no llevando estos versos el sello, no podemos aplicarlos al poeta.

Los dísticos 805-810 que encontramos con el sello, habría sin duda que unirlos a los versos 543-586.

«Cosa padecí indigna, no peor que la muerte, pero, Cirno, más dolorosa que todas las demás: Los amigos me hicieron traición, y ahora yo debo acercarme a los enemigos para saber qué es lo que piensan.»

«Cirno, lo que es destino sufrir no es dable evitar; lo que es destino sufrir por tanto no temo sufrir.»

«Hemos caído en una desgracia execrable, Cirno, en la que la muerte nos debería llevar a ambos.»

Después de tres fragmentos: «Todo se ha ido a los cuervos, todo está en ruina, y ninguno de los inmortales dioses bienaventurados, Cirno, tiene de ello la culpa; la violencia, las malas ganancias, la prepotencia, son las que nos arrojaron de una gran felicidad a la miseria.»

Al verso 895 encontramos: «Nada mejor que el discernimiento tiene el hombre en sí, nada más deplorable que la insensatez.»

Al verso 1037: «Cosa muy grave es engañar al hombre bueno, Cirno, según yo pienso desde ya hace mucho.»

Dejando otros escasos fragmentos que, o son repeticiones, o son de poca monta, vamos a los versos 1196 y siguientes:

«Oí, Polipaide, la voz del ave que agradablemente grita, del ave que viene a los mortales nuncia del tiempo oportuno para arar, y me hizo dar un vuelco al corazón, pensando que mis florecientes campos otros los poseen y que las mulas arrastran la reja del arado, pero no para mí; y todo a consecuencia de aquella desgraciada navegación».

La causa de las desgracias del poeta y de la pérdida de sus bienes, aquí la tenemos: fué por lo tanto «una navegación desgraciada»; no un viaje del poeta, esto no es necesario suponerlo. Pudo haberse asociado a alguna empresa mercantil que acabó mal.

Los últimos dos dísticos llevan el sello. El último dice: «Difícil es al enemigo engañar al enemigo. Cirno, pero fácil al amigo engañar el amigo».

Aquí termina la primera parte de la siloge. Se agregan unos cuatro dísticos más sacados, tres de Estobeo y uno de Ateneo: «Suele la razón (el razonar mucho) producir muchos errores a los mortales confundiendo el sano juicio».

«Nada más injusto que la ira, Cirno, que atormenta al que la tiene, halagando el alma con terribles imaginaciones».

«Nada más dulce, Cirno, que una buena mujer, yo soy testigo y selo tú de la verdad de lo que digo».

«Ya me llama a casa el marino cadáver, que muerto habla por boca viva». Este dístico lo trae Ateneo. El cadáver marino que muerto habla por viva boca, es la concha del tritón, que sería como una trompeta o bocina.

En cuanto a la segunda parte, sólo encontramos el nombre de Cirno en estos dos dísticos:

«Amargo y dulce es, difícil y fácil, Cirno, el amor para los jóvenes hasta que llega a su cumplimiento, y si logra cumplirse es dulce, pero si persigue sin lograr, esta es la mayor de las amarguras».

De los versos 543-546 resultaría que Teognis fué *Teoro*, esto es, avezado en consultar el oráculo, encargo que se confiaba a personas nobles. Más probable es que el encargo

fuese confiado a Cirno, al que enseñaba cuáles han de ser las diligencias de un *teoro*.

Una pequeña novela es la que Müller saca de dos fragmentos: Teognis pidió la mano de una doncella noble, que le fué rehusada. Esta, obligada por el padre, se casó con un rico plebeyo, pero una noche se fué a buscar a Teognis. Es que Müller atribuye a Teognis el dístico: «Odio a aquel palurdo de mi marido y vengo velada; mi mente es ligera como un pájaro».

Nada diré de los versos: Según el concepto que uno se forma de la poesía, serán más o menos poéticos. Teóricamente los dísticos están bien hechos, pero sabemos cuán poco la elegía se alejaba de la prosa. Con esta colección no podría, por cierto, la elegía griega presentarse a concurso con la latina:

Es que Mimnermo, el gran elegíaco griego, se ha perdido.

FRANCISCO CAPELLO

# Historia de la Filosofía

---

## 11.) BENEDICTO ESPINOZA

(1632 - 1677)

Espinoza se encontraba en una posición mucho más ventajosa que Descartes para abordar los problemas que éste había dejado sin solución; pues era judío y por consiguiente libre de los preconceptos religiosos de su antecesor. Procedía de una de las familias hebreas que, expulsadas de España, se habían refugiado en los Países Bajos. Llegó a desvincularse también de la tradición de su raza y fué excluído de la comunidad israelita; pero no se hizo cristiano. Fué así verdaderamente libre de toda tradición dogmática. A pesar de las influencias que puedan haber ejercido sobre Espinoza el estudio del Talmud, de los escritos de Maimonides y de Giordano Bruno, es cartesiano y lleva las ideas de Descartes a sus verdaderas conclusiones lógicas: del *dualismo* cartesiano llega a un *monismo* panteísta.

El método de Espinoza es, como el de Descartes, estrictamente matemático. Con cierto atrevimiento lleva el método cartesiano a sus últimas consecuencias y escribe su «Ética», su obra más importante, como un tratado de geometría (mos *geometricus*): Empieza con las definiciones, plantea los axiomas y deduce las proposiciones de ambos.

La «Ética» empieza con la definición de *la causa por sí mismo* que es aquello cuya existencia es forzosa, es imposible negar (per causam sui intelligo id, cuius essentia involvit existentiam sive id, cuius natura non potest concipi nisi existens.)

La segunda definición dice: *Finito* es lo que puede ser limitado por otra cosa de la misma naturaleza (ea res dicitur in suo genere finita, quae alia eiusdem naturae terminari potest). Un cuerpo, p. ej., es finito mientras puede pensarse siempre otro cuerpo mayor; igualmente es finito un pensamiento mientras puede ser limitado por otro pensamiento. Pero no puede ser limitado un cuerpo por un pensamiento o viceversa.

Luego siguen las definiciones de los tres conceptos fundamentales de la filosofía de Espinoza: *Sustancia, atributo y modo*.

*Sustancia* es lo que es en sí y es concebido por sí; cuyo concepto no ha menester del concepto de otra cosa para ser formado de él.

*Atributo* es lo que el entendimiento percibe como esencial en la sustancia.

*Modo* es lo que no existe forzosamente en la sustancia, sino accidentalmente.

La sexta definición dice: *Dios* es el ser absolutamente infinito, eso es la sustancia, constituido por una infinidad de atributos de los cuales cada uno expresa una esencia eterna e infinita (per Deum intelligo ens absolute infinitum, hoc est substantiam constantem infinitis attributis, quorum unumquodque aeternam et infinitam essentiam exprimit). Este sería la primera causa, pero Espinoza le niega el concepto de personalidad y lo despoja de todo carácter antropomorfo. Descartes había dotado a la primera causa de omnisciencia, omnipotencia, etcétera. Espinoza afirma solamente que es eterna, pero ni el entendimiento ni la voluntad pertenecen a la naturaleza de Dios.

Siguen luego los axiomas (lo que no precisa demostración): Todo lo que es, es por sí o por otra causa anterior. Dos sustancias distintas no pueden conocerse mutuamente: así el espíritu y la materia, si fueran sustancias. No existe pues más



que una sustancia. La existencia de dos sería absurdo porque, estando en relación, no serían sustancias, pues dependerían una de la otra. Pero la sustancia ha de tener una cantidad infinita de atributos. De estos sólo conocemos dos. Los demás se sustraen a nuestro conocimiento de la sustancia que es insignificante y relativo. Los dos atributos cognoscibles son: *Extensión* y *Pensamiento*. Descartes adoptó dos sustancias: *Materia* y *Espíritu*. Para Espinoza estas son sólo atributos que radican en la sustancia única; son relativamente infinitos, no absolutamente como la sustancia. Podemos comparar la sustancia con el océano, los atributos y los modos con las olas. Siendo así materia y espíritu efectos de una misma causa trascendental, se explica su concordancia y queda solucionado el dualismo cartesiano.

El monismo de Espinoza es al mismo tiempo *panteísta*: Dios, sustancia, universo es lo mismo (*Deus sive natura*). La naturaleza se nos presenta como naturaleza activa, creadora (*natura naturans*), y como la creación de esta actividad (*natura naturata*), pero son la misma cosa e idénticas a Dios. El orden de las ideas es idéntico al orden natural.

El panteísmo se nos presenta en distintos momentos en la historia de la filosofía. En la filosofía griega aparece con los Eliatas, como panteísmo objetivo, semejante al de Espinoza. Suponían aquellas la existencia de una sustancia inmutable que comprende todo lo existente; pero el universo existe realmente, reflejado fielmente por nuestro espíritu como en el panteísmo de Espinoza. El panteísmo subjetivo se encuentra en las teorías del Indostán. Espinoza es realista. La sustancia es independiente del sujeto que la conoce. El hombre queda reducido a un modo y a una parte integrante de la naturaleza. Para Descartes el hombre se distingue del resto de la naturaleza; para Espinoza desaparece esta idea.

El sistema de Espinoza se rige por un determinismo absoluto y, sin embargo, sobre tal base ha podido construir una moral. Todo lo que ocurre es fatal, es forzoso; el Dios de Espinoza no puede evitar lo que ha de sobrevenir. La posición de Espinoza en materia ética está más allá del bien y del mal. En la naturaleza misma no hay bien ni mal.

La *libertad* la define así: Libre se llamará la cosa que existe por la sola necesidad de su naturaleza; es decir, sólo es libre la sustancia. Lo demás carece de libertad. Pero tampoco ella puede obrar por capricho, sino debe actuar en las condiciones propias de su ser. Es libre solamente porque no sufre ninguna coacción. La necesidad coincide pues con la libertad: *necesidad libre*. La libertad es lo negativo (parecido a la definición de Schopenhauer); la coacción lo positivo. La naturaleza se desarrolla sobre un sistema mecanicista que no admite ningún milagro; no hay nada contingente. Todo es natural, todo es forzoso porque emerge de la naturaleza.

También los actos humanos deben considerarse como hechos forzosos. Supongamos un terremoto. ¿Colocamos valores morales? Lamentamos el hecho, pero no hablamos de maldad porque estamos frente a un hecho natural. En el caso del «Titanic» hacemos ya responsables a los que lo dirigían. Ya no están natural y nos afecta más. Para Espinoza sería un cataclismo tan natural como el terremoto. Consideremos finalmente el caso del «Lusitania». Un torpedo es la causa, hombres lo han lanzado. Queremos pues aplicar valores morales. Espinoza lo consideraría igualmente natural. A pesar de esta aparente impasibilidad, no son para él tan indiferentes los hechos: No hay bien ni mal en abstracto, sino solamente en relación con nosotros. Malo es lo que nos agrada, bueno lo contrario. El hecho que domina en nosotros es el instinto de la propia conservación. Será bueno, pues, lo que tienda a ello; la dicha y lo que aumenta nuestro poder es bueno. Tenemos tanto derecho cuanto sea nuestro poder y el hombre trata de ampliar este poder. Esto sería afirmar el egoísmo más absoluto; pero Espinoza distingue entre los conocimientos *adecuados* y los *inadecuados* (provenientes de los sentidos). Afirmar el poder es independizarse de toda servidumbre. Las pasiones, afectos, etc., son servidumbres que se nos imponen; todo eso nos cohibe en vez de libertarnos; los apreciamos con conocimiento inadecuado. El que desea las riquezas, al conquistarlas, lo subyugan. Cuanto más uno se libra de los instintos, tanto más libre será. Es preciso sobreponer a un afecto inferior otro superior. Llega así Espinoza al «*Amor intelectual a Dios*». Debemos contemplar las cosas «sub specie aeternitatis» y con-

fundirnos con el todo del cual somos una partícula. Su racionalismo lo ha llevado, pues, a Espinoza a una solución mística. En el amor intelectual solamente está nuestra libertad, nuestra virtud y nuestra dicha.

La posición ética de Espinoza es extraña. Parte de la afirmación de la vida, del instinto de la propia conservación. Sobre esta base que debía llevar a la vida intensa, llega a una conclusión paradójica. La vida intensa nos crea vínculos y servidumbres por los cuales no se puede desarrollar nuestra personalidad. La liberación de estas trabas debe ser, pues, nuestro fin ético y así arribaría Espinoza a la moral de los cínicos, a una negación de la vida que puede llegar hasta el ascetismo.

Pero no era esa su intención. Lo que se debe hacer es vivir su vida en la forma adecuada a su personalidad de lo que él mismo dió el ejemplo práctico. En el sentido más elevado es, pues, afirmativa su ética: *Luchar por lo más alto de nuestra personalidad.*

## 12.) GODOFREDO GUILLERMO LEIBNIZ

(1646 - 1716)

Leibniz no ha expuesto sus ideas en un tratado sistemático. Gran parte de las mismas contienen sus numerosas cartas y algunos trabajos ocasionales, como «Essais de Théodicée sur la bonté de Dieu, la liberté de l'homme et l'origine du mal», dedicado a la reina de Prusia, «Nouveaux essais sur l'entendement humain», una polémica contra Locke, y la «Monadología», escrita para el príncipe Eugenio de Saboya. Fué un escritor publicista, muy hábil para exponer sus ideas, pero a veces falto de lógica. Las dificultades y contradicciones de su sistema las salva por medio de una brillante dialéctica.

Actuando a fines del siglo XVII y a principios del XVIII se encontraba en una situación distinta a la de Espinoza. Ya no era tanto el conflicto interno del racionalismo lo que in-

terezaba, sino el externo con el empirismo. Este empezaba a desarrollarse en Inglaterra frente al racionalismo y había encontrado en Locke un gran sostenedor. La polémica principal entre las dos doctrinas gira alrededor de las ideas ingénitas. Se encuentra en presencia de esta oposición y tiene que abordar la teoría de la verdad, del conocimiento. Como distinguido matemático — se disputaba con Newton la prioridad del cálculo infinitesimal —, cree en la verdad de carácter matemático, como Descartes y Espinoza; cree que el lenguaje matemático podría llevarse a la lógica y construirse un lenguaje universal con las fórmulas matemáticas. Nuestro pensamiento sería así comprendido por todos. La verdad tiene dos fuentes: la verdad a priori y a posteriori. La primera, la geométrica es forzosa o necesaria; la segunda, la verdad de origen empírico consiste en las percepciones que siempre son precarias, existiendo la posibilidad de suponer lo contrario; es una verdad confusa, inadecuada; en cambio la otra es la verdad clara. No duda de que al encontrar estas verdades descubrimos lo que existe; no es solo una creación mental.

Pero, ¿existen verdades a priori? Da a esta cuestión una solución nueva, en contraste intencional con la de Locke que decía: «No hay nada en nuestro espíritu que no haya pasado por los sentidos» (*Nihil est in intellectu, quod non fuerit in sensu*). Hasta aquí lo acompaña Leibniz, pero agrega: «salvo el espíritu mismo». (*Nisi ipse intellectus*). El espíritu es energía activa. Al trabajo pasivo de la percepción une una actividad propia: la *apercepción*. La *percepción* es un acto pasivo; percibimos forzosamente lo que nos viene del exterior. En la *apercepción* desarrolla nuestro espíritu una actividad propia; nuestro espíritu reacciona de una manera consciente ante el exterior. Para Leibniz todo el universo es actividad; todo está animado; la muerte no existe, donde reside esta actividad.

Con respecto al conflicto interno del racionalismo adopta una posición nueva. Del dualismo de Descartes y del monismo de Espinoza, pasa al *pluralismo*. El pluralismo se presenta en la historia de la filosofía de dos maneras: o las unidades son consideradas materiales (teoría atómica del Demócrito);

o entes inmateriales y entonces el término tradicional es mónades. Es a esta teoría a la cual vuelve Leibniz: un número infinito de mónades activas que se manifiestan por su energía, pero son inmateriales, puntos metafísicos. No es original de Leibniz esta concepción: los números de los pitagóricos eran mónades; Platón llama a sus mónades «ideas» y, en el renacimiento, Giordano Bruno tuvo el concepto de las mónades. Leibniz trata, con la imaginación de estas unidades, resolver el problema de la relación entre la materia y el espíritu.

Los átomos de Demócrito se distinguen por su tamaño, su forma, su posición, pero no cualitativamente por su estado interno. En cambio, las mónades de Leibniz se distinguen cualitativamente por sus percepciones. Según el grado de claridad de éstas establece una escala de mónades desde la materia hasta la divinidad. Las mónades de la naturaleza anorgánica tienen solo percepciones que se neutralizan completamente, como las del hombre en profundo sueño. Los animales inferiores consisten de mónades que sueñan; los superiores tienen ya sensación y memoria; el hombre razón. Sobre este mundo de mónades coloca a Dios, que es la mónade primitiva, el *actus purus*, energía.

Las percepciones de todas las mónades son las mismas, pero se diferencian en que cada una percibe un número mayor o menor de estas percepciones. La evolución de las mónades se desarrolla en el sentido de percibir las percepciones recibidas y llegar así a la completa evidencia de las mismas. Dios, la omnisciente mónade central, tiene siempre la completa percepción del universo y se distingue así de las otras mónades que tienen sólo una conciencia más o menos clara de las percepciones.

Estas mónades no tienen relación unas con otras. Cada una existe eternamente y vive su propia vida que se reduce a la representación del cosmos. Las mónades «no tienen ventanas». Nuestro organismo resultaría del conjunto de varias mónades agrupadas alrededor de una central, el alma. En la muerte se separan las mónades, pero una no sabe nada de la otra. ¿Cómo pueden entonces coincidir? Dice Leibniz que por la «*armonía preestablecida*». Cada mónade refleja el uni-

verso y así se explica su coincidencia. La armonía preestablecida la explica con un ejemplo: Supongamos dos relojes que marchan de acuerdo; caben tres hipótesis:

1º El mecanismo de un reloj está unido al del otro;

2º Se ponen de acuerdo por la intervención continua de un extraño (ocasionalismo);

3º El mecanismo coincide de tal manera que son independientes y marcan, sin embargo, la misma hora.

Esta explicación de la armonía preestablecida, creación más bien estética que lógica, no satisface y se ha atacado mucho a Leibniz por ella; Voltaire, por ejemplo, en el «Cándido», se burla de la armonía y del optimismo de Leibniz.

Una dificultad que Leibniz, también, dejó sin solución es que, según él, Dios es la causa eficiente de las mónades, lo cual está en contradicción con el hecho de que las mónades son eternas.

Con otras de sus teorías se acerca bastante a concepciones modernas. Así considera, por ejemplo, que la materia, el espacio (el orden de los fenómenos coexistentes) y el tiempo (el orden de la sucesión de los fenómenos) son únicamente los modos como las mónades perciben el universo, pero carecen de realidad.

¿Cómo puede Leibniz deducir de su sistema una teoría ética? Si la mónade vive aislada, ¿cómo puede salir de su egoísmo? Salva también esta dificultad con habilidades dialécticas. Trata de conciliar el determinismo con la libertad y llega a la conclusión del optimismo, teoría tan discutida entre adeptos y adversarios. El mundo como obra de Dios debe ser el mejor entre todos los mundos posibles; porque si hubiera posibilidad de otro mundo mejor que el existente, la sabiduría de Dios tendría que haberlo conocido, su bondad deseado y su omnipotencia creado. El mal no podía abolir Dios, sin abolir al mismo tiempo la libre determinación y con ella la moralidad misma. Con el mundo físico está el mundo moral (o sea el reino de los espíritus, gobernado por Dios) en perpetua armonía.

A pesar de todos los lunares que se pueden señalar en las teorías de Leibniz, el fundamento de su filosofía es, sin em-

bargo, una concepción de grandiosa belleza y aunque no ha podido dar una solución verdadera a los problemas en discusión, muchos filósofos posteriores han aprovechado elementos de su sistema para construir los suyos, entre ellos Kant, Schelling y Herbart.

Leibniz es, además, el primer gran filósofo alemán y puede ser llamado con justicia el fundador de la filosofía moderna alemana.

JUAN PROBST.



## Instituciones democráticas

---

### *Las Bibliotecas de las Facultades*

Sentimos en nuestra alma las palpitaciones de la intensa vida democrática que se difunde por el cosmos. Jamás en la historia de la humanidad se ha sentido latir tantos corazones, conmoverse tantas conciencias, luchar tantas ideas como luchan, se conmueven y se sienten latir en los actuales momentos por los ideales que encarna el pensamiento democrático.

Las instituciones políticas abandonan los viejos moldes y se ponen en armonía con las corrientes modernas de la vida democrática. Para eso es necesario abatir imperios, rectificar fronteras, realizar plebiscitos, combatir prejuicios, llamar con violencia a las puertas de las conciencias dormidas de los que mandan, hacer comprender a los que obedecen los sagrados derechos que les asisten de tomar parte activa en rudas batallas por la realización de un ideal, y sin hesitación, como quien cumple una misión de inspiración divina, se realiza por cada individuo aquello que la humanidad espera de su esfuerzo.

La vida civil y sus instituciones también sienten el suave batir de alas de un espíritu nuevo que pasa por el mundo reavivando los dormidos fuegos del hogar que atraerá a los hombres cuando, deponiendo sus odios, se sientan depender unos de otros. Aquella, solidaria en los horrores del dolor y de la intensa angustia, se reconcentra para meditar en las graves responsabilidades efectivas que tiene con los seres hermanos



y esa meditación es fecunda. Al calor de la sana pasión que engendra, brotan o se renuevan las instituciones sembradas por la graciosa ofrenda del cariño y compiten todas entre sí en dar los mejores frutos, más sazonados y generosos. No basta que las instituciones existan. Es necesario que vivan, que aspiren a cumplir su misión con alta eficiencia, en una palabra, que cada una «cumpla con su deber» porque los ojos de la humanidad la contemplan.

Las instituciones más estrechas se ensanchan. Constituidas a base de dogmatismo se habían conservado por siglos encerradas en las chinescas murallas de una intransigencia perjudicial para los que las siguen; pero no han podido resistir a la voz cariñosa a la vez que imperativa del progreso. ¡El viajero que no pudo ser despojado de su capa por la fuerza, la abandona gustoso al sentir los rayos tibios del benéfico sol que da vida al universo!

En la vida intelectual no es menos visible este vivo deseo de ir más allá. El estudioso de hoy ya no se propone llegar a conclusiones enunciadas de antemano. El se acerca a la vida para interrogarla con paciente constancia, sin desmayar nunca, seguro de que su obra ha de ser proficua en la medida que interprete los hechos habiendo alejado todo lo que pueda ser causa de error. Su labor no se limita a buscar la comprobación inmediata de la verdad de sus teorías. Trabaja más bien teniendo en vista un interés mediato. Trabaja para aumentar las riquezas de la familia humana y no le mueve la errada intención de acrecentar un feudo personal. Tal vez obedezca sin saberlo a una ley suprema de conservación que espolea la actividad del hombre y la impulsa en pos de ignorados objetivos. No lo sabemos, y sólo nos limitamos a comprobar el hecho cierto que sobre lo real e inmediato flota una indefinida llamada a lo ideal más o menos lejano.

Nuestra incipiente democracia no es una excepción. En un siglo de vida independiente ha ido dejando atrás como jalones de su paso, las instituciones que heredara de la España monárquica, los prejuicios religiosos que dividen a los hombres y las preocupaciones de casta que rompen la armonía del conjunto de la familia nacional. No digo que ya haya conseguido despojarse del pasado como quien deja los vesti-

dos de niño para cubrirse con la toga viril, pero no hay duda que ha dado un gran paso hacia la realización de su destino. Es bueno, sin embargo, que no contemplemos el camino recorrido sólo para deificar a los que fueron y merced a los cuales hoy gozamos algunos bienes. El que va en pos de un ideal no debiera mirar atrás. Los mirajes de las dificultades vencidas tienen claridades fascinadoras. El incauto que cegado por ellos, se extasía en su contemplación, trueca inconscientemente el divino «Excelsior» de su divisa llena de dinámica inspiración por otro lema de carácter estático. Pero los ideales no nacen hechos. Los ideales se forjan y la vida de las generaciones los va revelando paulatinamente. En su composición entran elementos que pertenecen a la inspiración propia e influencias que vienen de afuera y determinan aquellas tendencias que en nosotros no han encontrado orientación definida.

Por eso los que sienten en su espíritu el llamamiento de su generación y aspiran a ofrecer a ella la justa recompensa por los bienes múltiples de que le son deudores, deben vivir alerta. Por todas partes hallarán oportunidades de ser útiles, de prodigar su constancia, su entusiasmo y su desprendimiento más generoso; pero hay una cosa que llama con voz de imperativo mandato, o con acento de ineludible ruego. Esa voz y ese acento son el llamamiento del deber, que han aceptado implícitamente cuando aceptaron un puesto en las instituciones de un país democrático, de no contentarse con perpetuar lo que la tradición les entregara, informe y sin méritos. Los que han aceptado un puesto en las filas de las multitudes que se afanan por realizar cada día con más perfección la aspiración común de la sociedad deben afanarse con noble entusiasmo porque su obra no sea solamente más respetable por la cantidad, sino por la calidad. ¡Loable empeño el del hombre que sirve a su generación con sinceridad, con nobleza, rindiéndole el diario tributo de una consagración fiel y decidida! De tales hombres debemos esperar mucho porque a su entusiasmo ceden los prejuicios que matan las iniciativas mejor inspiradas.

Los hombres eficientes en su labor son los que encarnan un pensamiento grande por su significado ideológico, robusto

como concepción espiritual o lleno de esa potencia virtual que se trasmuta al contacto con la vida en valores reales y efectivos para el bienestar social.

Estos hombres dotados de tales cualidades son una síntesis de un determinado momento de la evolución social y como tales un índice de la grandeza o pequeñez colectivas. Debemos suponer, si creemos en el progreso, que la generación actual es de gigantes comparada con las generaciones que fueron. No obstante, como el que aspira a lo mejor no debe contentarse con el término de comparación que halle en sí mismo, sino que debe aspirar a identificarse con la especie estudiándola en sus manifestaciones más elevadas, justo es que contemplemos las cumbres de otros hemisferios para no exaltarnos ante la vista de nuestras colinas...!

Esto es cierto de los hombres porque es la ley ineludible de su progreso. No lo es menos de las instituciones a pesar de las trabas que su organización imponga a ulteriores transformaciones.

Ahora bien: justificada la necesidad de una institución cualquiera dentro del régimen democrático del país, no puede vivir al margen de su deber cumpliendo a medias la tarea que se le hubiera encomendado. Es imprescindible que afronte sin vacilaciones el problema de prestar a la causa de la democracia los servicios que ésta espera. La falta de ambiente por defectos de educación del pueblo u otras causas más o menos legítimas que se invocan para justificar la ineficacia de algunas instituciones que consideradas en sí son muy recomendables, no pueden ser aceptadas. A ese paso nunca subsanaremos las deficiencias actuales, porque la educación civil de una democracia no es producto de ciertas autoridades solamente y mucho menos la obra de la generación espontánea...!

Cada individuo que acepta una responsabilidad no puede dudar cuál es la línea de conducta que le señala el deber: servir a su generación con fidelidad e inteligente dedicación. Encuadrados sus esfuerzos dentro de este marco, el hombre estará satisfecho de su obra sólo cuando ésta responda plenamente a los anhelos comunes.

Veamos algunas de las instituciones que tienen en sus manos una fuerza poderosísima en las sociedades modernas y

examinemos cómo se valen de tal instrumento para llenar su cometido.

Sirvannos de ejemplo ilustrativo las Bibliotecas de las Facultades.

He aquí la estadística oficial del movimiento habido en el año 1917:

Facultades	Alumnos	Volúmenes	V. Consultados	Lectores	Capacidad (Asientos)
C. Médicas	4.100	142.391	128.720	74.821	140
Ingeniería	1.084	21.070	—	15.748	35
Derecho	1.383	45.789	62.228	39.127	60
F. y Letras	400	32.285	7.981	6.052	40

Modestas Facultades por el número de sus alumnos, inferior en la mayoría de los casos al de algunos colegios nacionales. Modestas si se tiene en cuenta el papel que desempeñan en la alta cultura intelectual del país; porque no atraen a sus fríos y demasiado severos claustros sino a aquellos que aspiran al necesario título profesional.

Dentro de la modestia de las Facultades, las bibliotecas con su limitadísimo caudal de obras modernas y realmente útiles para los alumnos, están desarrollando su acción lenta y al parecer sin horizontes dentro de las actividades de un siglo que se agita con la conciencia de un despertar sin precedentes.

Porque la ciencia contenida en los libros, que se escriben para las inteligencias y no para los estantes de las bibliotecas, no es solamente como «el pan para el cuerpo» según la vulgar metáfora, sino como el aire sano y fresco que renueva en nuestros tejidos la vida que se extingue, o como la luz de otros astros que brillan para iluminar los senderos del mundo y cubrirlos de gloria y de hermosura magnífica con los haces de sus serenos rayos.

Así trazaríamos la génesis de las ideas sobre los libros:

- (1) Los libros fueron consultados por unos pocos favorecidos;
- (2) por aquellos que pagaron una cuota para adquirir derecho a usar de ellos;
- (3) libremente por todos, pero los libros no debían salir de las bibliotecas. Llegó luego la era del pres-

tamo de libros: (1) A los pocos favorecidos; (2) a los que pagaban una cuota; (3) la sana y amplia concepción moderna según la cual los libros deben ser libres como el agua o el aire para todos.

¿Dónde están las bibliotecas de las Facultades en el camino de la evolución que deben seguir hacia la amplia concepción moderna? Algunas están en la primera etapa porque no han llegado a organizarse tan bien que puedan ser utilizadas fácilmente por quienes no disponen de mucho tiempo para conocerlas; otras están en la segunda etapa y teniendo conciencia de la verdadera conquista realizada, sin ideal a qué aspirar, quieren permanecer allí y se resisten a toda tentativa en favor de una mayor amplitud de miras; y por último, hay algunas, y son precisamente las más concurridas, que ya han llegado a la tercera etapa, aunque a éstas también pudiera hacérseles el reproche de haber cerrado el ciclo de su acción fecunda con un «non plus ultra» desolador.

En efecto, detenerse en la última etapa de la concepción antigua, significa que la institución no se ha posesionado bien del papel que la sociedad le ha encomendado. Si los hombres procedieran así en lo que atañe a su vida privada muy pronto se darían cuenta de la pérdida grande que eso representa para su porvenir y su mayor prosperidad. Y en una ciudad inmensa como la nuestra; con una población estudiantil que vive diseminada por todos los ámbitos de su área extensísima, es propiamente el lugar en donde se siente una necesidad *creciente* de que las bibliotecas no se limiten a esperar que todos las utilicen concurriendo a su recinto, sino que deben aspirar a prestar su utilidad de la manera que sea conveniente para los lectores y no mirando simplemente sus propias conveniencias.

Hay otros factores no menos importantes que debieran tenerse en cuenta. Los recintos de las bibliotecas son pequeños aun para el reducido número de lectores que a ellas concurren. No disponen más que de un salón, o cuando más, de dos, amueblados impropriamente algunos y sin ninguna comodidad para el que debe permanecer en ellas durante los días del temido invierno. A estos salones de lectura entran y salen constantemente grupos numerosos de personas, ocasionando

las molestias consiguientes a los lectores. No debe olvidarse a este respecto que los lectores de estas bibliotecas son por lo general jóvenes cuyos hábitos de lectura no están formados aún y cuyo poder de atención voluntaria, la más difícil de mantener, no ha adquirido ese grado de firmeza que les permita abstraerse completamente prescindiendo de las incomodidades del medio desfavorable que les rodea.

Añádase a todo esto el carácter especial que tiene la lectura de obras de ciencia y se podrá apreciar mejor los inconvenientes que presenta la lectura en las salas de estas bibliotecas.

Podrá objetarse a todo lo que hemos dicho que exigimos demasiado. Pero, para nosotros, la biblioteca debe tener en sí algo de los caracteres del santuario. Es preciso que reine soberano en el recinto que la cobija una especie de espíritu de meditación. Acalladas las voces del exterior, el que lee debe identificarse con la obra que tiene delante. La imagen interna de su intelección del sujeto debe levantarse en su espíritu y culminar en una serie no interrumpida de vivas imágenes. El silencio y la quietud apacible del lugar deben formar la atmósfera propicia para que su pensamiento se desarrolle sereno y preciso. Sólo un diálogo sin palabras tiene lugar en la biblioteca: El del lector con el autor. A las preguntas de aquél responden con inalterable calma las palabras siempre serenas de éste. Y en este libre juego de las ideas que la inteligencia suscita y la quietud del ambiente propicia crece el alma que busca la relación con las mentes superiormente dotadas de la especie.

También nos interesa lo que pudiéramos llamar el valor social de la biblioteca. En efecto: no es una biblioteca un conglomerado de libros más o menos útiles. Ella representa el resultado del esfuerzo colectivo de algunas generaciones que han colaborado para reunir bajo el mismo techo y poner al alcance del investigador futuro lo más precioso de la experiencia humana. No es tampoco un montón de libros sino el conjunto infinitamente armónico del árbol de la ciencia que se ofrece al viajero presuroso para que descansa a su sombra, restaure sus enervadas fuerzas, recoja los sazonados frutos que

el tiempo ha ido madurando y retemple su espíritu con las brisas de las ideas eternas.

La biblioteca es también, indiscutiblemente, uno de los medios muy eficaces que el Estado ha puesto en las manos de algunos hombres que deben ser altamente patriotas para aceptar la tarea de promover la cultura general y especial de la juventud.

Debe ser el instrumento eficaz por excelencia de que la sociedad se vale para influir sobre el elemento intelectual representado especialmente por la juventud universitaria.

Como todas las instituciones públicas de una democracia sólo debe aspirar a ser útil al mayor número de individuos. En esto descansa el secreto de su eficacia y el pedestal de su futura grandeza y consideración. O alcanza este triunfo decisivo, perfeccionándose, o se resigna a un desprestigio que la condenará a ocupar una posición secundaria: He ahí el dilema.

Todavía pudiera objetarse que la biblioteca, así concebida, tiene un papel demasiado vasto, impropio de la biblioteca de una Facultad.

Sin embargo, los hechos nos dicen que no hay diferencia esencial entre la biblioteca de una Facultad y la que el Estado mantiene en cualquier otra parte. Si nos fuera permitido volver al símil anteriormente empleado diríamos que el árbol de la ciencia ha extendido más una de sus ramas por el cuidado especial que se ha tenido de ella: La de la especialidad que la Facultad cultiva.

Se me ha objetado que sería muy costoso y sobre todo muy complicado el manejo de una biblioteca que funcionara dentro del concepto moderno de una institución de esa naturaleza. No niego que sea necesario cambiar algunas costumbres rutinarias. También concedo que la nueva organización pueda ocasionar gastos considerables. Pero si vale la pena tener biblioteca conviene que sea mantenida de modo que preste servicios de alto valor. En cuanto a los recursos materiales para la ejecución del pensamiento no pueden faltar cuando la obra vale. Jamás una empresa necesaria y oportuna ha sido detenida por la falta de recursos si los planes de la empresa se hicieron con prolija circunspección.

En vano he buscado esta dificultad suprema que entre nosotros se aduce como argumento irrefutable para mantener bloqueados los libros entre las paredes de una biblioteca e impedir que los alumnos utilicen en mayor escala esos caudales. La estadística de doce ciudades universitarias de Alemania, da cuenta de la existencia de 6.081.000 libros y más de 98.000 manuscritos. Estos libros constituyen una colosal biblioteca circulante por todo el Imperio y siempre a disposición de los estudiosos.

Del volumen 31, número 1.698, del «Comissioner of Education Report» 1914-1915, House Documents, de Washington, extracto los siguientes datos del movimiento de las bibliotecas de trece ciudades, universitarias algunas.

El año 1913 prestaron la enorme suma de 28.084.017 libros.

El informe de 477 bibliotecas que poseían 4.704.472 libros muestra que fueron prestados cuatro veces el año anterior y aumentó sin embargo la existencia en más de medio millón de libros.

También encuentro en la obra citada un dato muy sugestivo que muestra la eficacia de estas instituciones para interesar al pueblo y ganar su buena voluntad y por lo tanto su apoyo moral y material.

En la ciudad de Broklyn que tiene 1.600.000 habitantes, (como Buenos Aires), las bibliotecas de la ciudad tenían 301.100 personas inscriptas en sus listas de protectores o lectores y estas personas habían retirado durante el año 4.583.897 libros que habían sido luego devueltos a las mismas.

Chicago con 157.883 inscriptos había tenido un movimiento de 522.000 libros.

Cleveland con 152.762 personas inscriptas en sus bibliotecas entregó 2.668.430 libros para ser leídos en el hogar.

La biblioteca de la donación Carneggie, de Pittsburg, poseyendo sólo 400.000 libros había prestado 1.500.000 libros; es decir, que sus estantes se habían vaciado cuatro veces durante el año para derramarse por los hogares.

Las 55.000 personas inscriptas en las bibliotecas de la ciudad de Seatle retiraron para su lectura en el hogar 1.043.902 libros.



Ahora bien: ¿Cuál es nuestra situación frente a estos hechos que comprueban la eficiencia de aquellas instituciones públicas que no se satisfacen con tener los libros para cederlos al que los demande en la sala de lectura? Las bibliotecas de las Facultades tienen que decidirse a dar el paso que las coloque dentro de la corriente del sentir más general respecto del libro.

Pero hay algunas razones de otro orden que hemos de exponer antes de dar fin a estas consideraciones sobre las Bibliotecas de las Facultades.

El que actualmente utiliza las bibliotecas a pesar del régimen que las gobiernan, tiene interés en la lectura y merece alguna consideración que lo estimule a buscar el mayor progreso de una institución que es verdaderamente útil.

Aquellos países donde la vida del hogar es un hábito y la lectura y la conversación que distraen las largas y tediosas horas del invierno también lo son, se han preocupado de mejorar y ampliar los servicios prestados por el libro.

Nosotros, que carecemos de esta saludable costumbre, fuente de agradables y duraderas impresiones, estamos contentándonos y halagando nuestro injustificado orgullo con resultados muy mediocres porque usamos procedimientos impropios del fin que debemos proponernos.

Pero hay otra consideración más grave que no dejaremos de afrontar, aunque al hacerlo se subleve la conciencia por una inculpación tan arteramente disimulada.

Los estudiantes de hoy serán los profesionales de mañana. En sus manos depositará la patria sus tesoros morales, materiales y espirituales. Unos serán maestros y educarán a las generaciones de niños argentinos que ansiosos de saber llamen a su inteligencia y a su corazón. Otros serán los profesionales que interpretarán y aplicarán las leyes o los que velarán por los supremos intereses de la salud física y moral del pueblo. Serán quizás algunos los cultores eximios de las ciencias y llevarán la representación de la alta cultura nacional a otros centros intelectuales. Serán miembros descollantes de los centros políticos, de los centros universitarios, conspicuos elementos de la banca o del comercio.

Finalmente podrán ser personas a quienes la patria ha

entregado un cargo de confianza y del que se les cree dignos y cuyo cumplimiento fiel les ha de ser demandado.

Frente a este problema que el futuro cercano planteará a las actuales generaciones, ¿qué están haciendo las bibliotecas? Dentro de la limitada esfera de su actividad se han dormido. En efecto: ¿No es la virtud de los ciudadanos la base de la democracia ideal? Pero la virtud no es un don del cielo hecho a los hombres. Es más bien una actitud hija de la educación y del ambiente. Esta actitud que es a la vez una potencia para el bien es uno de los fines que no deben descuidar las instituciones que deseen vincularse con los anhelos comunes de una vida más elevada.

¿Estará persiguiendo este ideal una institución como la biblioteca que no presta un libro a quienes el país ha de confiar en hora no lejana la realización de sus futuros destinos?

DEMETRIO ACOSTA.

Agosto 16 de 1918.

---

## TEORIAS SOBRE EL ORIGEN DEL HOMBRE (1)

---

El origen del género humano ha constituido desde los tiempos más remotos un enigma que preocupó hondamente a los hombres, como lo prueba el hecho de que las tradiciones de casi todos los pueblos se ocupan de la primera aparición del hombre en la tierra. Con unanimidad se expresan estos mitos en el sentido de una creación espontánea de un ser superior, haciendo nacer al hombre o bien directamente como prole de la deidad o como producto de la mano creadora de la misma.

Cuando la ciencia abordó el problema surgieron casi inmediatamente dos hipótesis opuestas: La doctrina *monogenista*, según la cual todas las razas humanas derivan de un solo tipo primitivo y los «hominidae» representan en el árbol genealógico del mundo orgánico una sola rama, y la *poligenista*, según la cual las grandes razas humanas son especies distintas que han llegado en diferentes lugares y diferentes épocas de especies animales, a la «hominación», con los caracteres fundamentales que las distinguen actualmente. Estas dos doctrinas que parecen tan fundamentalmente opuestas y que quizás ni lo son, según la opinión de muchos antropólogos modernos, han repercutido no sólo en el mundo científico, sino también en el laico, produciendo disputas curiosas, como por ejemplo, la suscitada entre el gobierno norteamericano y el británico, en la mitad del siglo pasado, en el curso de la cual el ministro de relaciones exteriores de los Estados Unidos Mr. M. Calhoun, aducía el poligenismo como argumento para defender la legalidad de la esclavitud.

---

) Tema de Antropología para los exámenes generales.

Durante toda la antigüedad hasta después de los grandes viajes de exploración domina la monofilogénesis. Recién entonces aparece el poligenismo con aspecto científico, distinguiendo ya La Peyrère, un caballero protestante del ejército de Condé, en 1655 «pre-adamitas» y «adamitas», y basándose en la Biblia pretende demostrar que sólo el pueblo de Israel proviene de Adán y Eva, mientras que los otros hombres han sido creados al mismo tiempo que los animales en todas las regiones de la tierra habitable. Pero estas ideas de La Peyrère no tienen naturalmente, nada que ver con las de la antropología de hoy que entró en el siglo pasado en un camino completamente nuevo al cual la llevó el inmortal Darwin, consolidando con su teoría de la descendencia las doctrinas pronunciadas tímidamente ya algún tiempo antes, por otros sabios y acabando de una vez con el sistema antropocéntrico, estableciendo el origen zoológico del género humano.

Asignado al hombre su puesto dentro del desarrollo sucesivo de la vida orgánica en nuestro planeta, resulta que sus parientes más cercanos dentro del reino animal son los monos, y se puede suponer que, siguiendo la evolución de estas dos especies hacia atrás, se llegaría a un punto de salida común del ulterior desarrollo separado.

Los primates aparecen por primera vez al principio de la época terciaria, en el eoceno, en formas que se pueden considerar como los antecesores de los actuales lemurides, designados por eso «pseudo-lemurides» por Schlosser. Su evolución dura desde el eoceno inferior hasta el mioceno inferior, donde se encuentran los propios lemurides actuales. Haciendo caso omiso de algunas formas sudamericanas, cuyos hallazgos parecen pertenecer al eoceno superior, comienza la evolución de los verdaderos monos en el mioceno medio. En el mioceno superior aparecen los primeros representantes de los monos catarrinos, en el plioceno ya formas muy parecidas al orangután y chimpancé, y en el pleistoceno los actuales monos americanos.

Hoy se distinguen tres familias de monos, de las cuales dos, los arctopitecos y los platirrininos viven en Sudamérica. Estos monos deben haberse desviado del camino de la evo-

lución humana ya en tiempos remotísimos, como demuestran el estado primitivo lemuroideo de su dentición con tres premolares y la falta de un canal auditivo exterior óseo. La tercera familia, la de los monos del viejo mundo, los catarrinos, se divide en cinomorfos y antropomorfos. Esta división debe haber tenido lugar en el mioceno, apartándose los cinomorfos del desarrollo humano, lo que se manifiesta, a pesar de la concordancia de la fórmula dental, en la construcción de las coronas de los remolares y molares, la aparición de chapas esquiáticas, abazones, colas y la doble placenta.

Entre los antropomorfos se cuentan cuatro monos: el gorila, que habita en la costa occidental del Africa, el chimpancé, que se encuentra un poco más al este, el orangután y el gibón en el archipiélago Indico. Últimamente eliminaron algunos naturalistas al gibón de los antropoides a causa de su musculatura algo distinta.

En la isla de Madagascar existen todavía lemurides, semimonos, como signos vivientes del puente entre los monos americanos y los catarrinos.

Entre los monos, aún los antropoides y la especie «homo sapiens», en sus representantes más inferiores hay sin embargo una diferencia tan grande que es necesaria una forma intermedia, el famoso «missing link». Aunque algunos hallazgos fósiles, de los cuales los más famosos son los de Neandertal y de Trinil, difunden alguna luz sobre esta forma primitiva, queda siempre lugar a las más variadas hipótesis sobre la época de la hominación, el punto de partida y la división del género humano.

Como el número de razas oscila entre 2 a 15, según las diferentes opiniones, así también la época y el lugar de la hominación ha producido una infinidad de teorías, las cuales se inclinan parte al monogenismo, parte al poligenismo.

Según los Darwinistas, como Haeckel, se transformó una sola rama de los catarrinos, gracias a circunstancias favorables de la selección natural, en la forma madre de la especie humana. Esta transformación, que tuvo que ser de inmensa duración, tenía lugar en el Asia meridional o en un continente situado más al sud

y sumergido más tarde bajo las olas del Océano Indico, del cual quedó la isla de Madagascar, donde habitan los lemures como verdaderos antepasados del género humano. El tiempo, en que se efectuó esta transformación de los monos antropoides en los hombres más pitecoides fué probablemente la última subdivisión del período terciario, el plioceno o quizás el mioceno. La aparición del lenguaje ha tenido lugar después de la separación en varias especies, de las cuales las dos más desemejantes alcanzaron la victoria sobre las demás en la lucha por la existencia y engendraron a su vez todas las otras especies humanas. De ellas una estaba caracterizada por tener pelo crespo, la otra liso y se extendían respectivamente al sud y al norte del ecuador. La formación de las razas depende de los cambios del clima, de la habitación y del medio ambiente, por consiguiente, nunca es un producto simple, sino la resultante de dos causas: la raza primitiva y la naturaleza del medio ambiente.

Schoetensack adopta Australia como país de origen del hombre. Allí existía un gran continente que unía entre sí las islas como Borneo, Sumatra y Java, donde Dubois encontró el *pithecanthropus*, el cual no es antecesor directo del hombre, sino ya de los antropoides, como el orángután. Al final de la época secundaria se produjo la parcial sumersión del continente, quedando Australia como resto del mismo y en ella el antecesor humano, una forma de los primates de una inteligencia ya bastante desarrollada. El medio ambiente le era sumamente favorable, no existiendo ningún animal carnívoro peligroso ú otro adversario, sino principalmente animales vegetarianos, como el kanguro. La caza era por consiguiente fácil, máxime por existir un perro, el dingo, como único mamífero más elevado y compañero de caza. De esta raíz australoide se separaron mucho antes de la época cuaternaria las principales tres razas humanas: los europeos (blancos), los mongoloïdes (amarillos) y los negroïdes (negros), representando la población autóctona de Australia la primera escala del género humano.

Otra teoría monogenista es la de nuestro Florentino Ameghino, cuyo credo es en grandes líneas el siguiente:

Fundándose en los ya mencionados hallazgos de monos en Sudamérica, que parecen pertenecer al eoceno superior, como el homunculus, el anthropops y el pitheculus con su patria en la Patagonia, y en el gran número de caracteres comunes con el hombre que presentan, arguye que éste ha tenido su origen en la Pampa Argentina. A esta opinión le llevan también los fragmentos óseos encontrados en Monte Hermoso del denominado por él «Tetraprothomo argentinus», del «Diprothomo platensis» de Buenos Aires y del «Homo pampaeus». Y antes de la aparición del «Tetraprothomo» se desprendió de la línea de los homínidos la rama que originó los monos antropomorfos, pasando a fines del eoceno por sobre los últimos restos del «Arquelenis», un puente hoy sumergido entre Sudamérica y Africa, al viejo mundo. Allí los homínidos se «bestializaron» y originaron los monos antropoides actuales y fósiles, entre ellos los tipos de Heidelberg y Java. Probablemente a principios de la época pliocena pasó otra rama el puente guayano-senegalense, el «Homo afer», del cual descienden las razas afroasiáticas de la zona tropical. Por último se desprendió la rama que originó al «Homo sapiens», las razas cáucaso-mongólicas, como resultado de la evolución del «Homo pampaeus», la cual cruzó Norteamérica y se dividió luego en dos grupos, que tomaron caminos opuestos. Uno siguió hacia el norte y oeste invadiendo el Asia (la raza mongólica), el otro hacia el norte, y este poblando la Europa. Un grupo se aisló, degenerando y extinguiéndose (hombre de Neandertal, Spy, Krapiná, etc.), los demás se transformaron gradualmente hasta llegar a la perfección actual del hombre caucásico.

Esta teoría ha sido muy atacada y principalmente se ha negado que el femur y el atlas, sobre los cuales construyó Ameghino su «Tetraprothomo argentinus» pertenecen a la misma especie, atribuyendo Grandidier el primero a un semimono, como los lemures de Madagascar.

Por último hay una teoría monogenista sobre el lugar y la época de la hominación muy distinta de las arriba citadas, la de Wilser, el cual adopta como cuna de la humanidad el continente circumpolar «Holarctis», que unía en el mioceno a Europa con

América y cuyo resto es Groenlandia. Este continente tenía durante la época terciaria un clima muy benigno, parecido al de las regiones mediterráneas actuales. Allí se efectuó la transformación de los antecesores humanos en verdaderos hombres, explicándose la falta de descubrimientos palaeontológicos precisamente por estar estas regiones hoy cubiertas por el hielo eterno o el océano ártico. Las emigraciones se hacían al sud en diferentes épocas, penetrando poco a poco en todos los países accesibles, cual ondas producidas al arrojar una piedra al agua. Para apoyar su teoría plantea Wilser la siguiente ley de difusión:

«Contienen capas geológicas de la misma edad fósiles de desigual nivel evolucionista entonces los más recientes, de superior desarrollo, han quedado más cerca al centro de difusión, y si existen razas o especies al mismo tiempo fósiles y vivientes, los primeros están más próximos, tanto respecto al lugar como al tiempo, a la raíz común; de los vivientes los más atrasados en su desarrollo son los que se han alejado más de su cuna primitiva».

Por consiguiente quedaría rechazada la doctrina de un origen australiano del género humano, explicándose en cambio, que en los más extremos límites de la propagación orgánica se encuentran muchas de sus formas más atávicas y primitivas, como en Australia el cangurú, en Nueva Zeelandia el lagarto espinoso y el ave Kiwi, en Celebes el bisonte y el jabalí cornudo, en Madagascar el puerco espín y los lemures, en Sudafrica el tamandón y el gato de algalia, en Sudamérica los marsupiales y los pingüines. También existen allí las razas humanas más primitivas como los indígenas australianos, los weddas en Ceylon, los Toalas en Celebes, los Akkas y Hotentotes bosquimanos en Sudafrica, los Andamaneses, los Aetas en los Filipinos y finalmente los indígenas de la Tierra del Fuego.

Wilser pone en el principio de su árbol genealógico el «Pithecanthropus atavus» como común antecesor de los antropoides y de los hominoides. La primera onda de difusión muy remota llevó al sud-oeste al «Proanthropus neogaeus», demostrado por el atlas de Monte Hermoso, al sud-este al «Proanthropus



erectus», el hallazgo de Dubois, dos formas extinguidas. El verdadero antepasado humano, el «Proanthropus arctogaeus», parecido a los dos mencionados, no ha podido ser comprobado con restos fósiles por las razones ya expuestas. Después emigra la primera forma que merece, tanto por el caminar erguido como por su masa cerebral, el nombre de «Homo», denominado «Homo primigenius», también extinguido, cuyos testigos son los hallazgos de Neandertal, Spy y Krapina. Algunos restos de esta forma se mezclaron quizás con las formas más desarrolladas que aparecen muy pronto después, creando las razas inferiores en los extremos de la tierra poblada. Este pariente muy cercano del hombre primitivo europeo es la «raza de Grimaldi», los antepasados de los actuales negros (homo niger var. fossilis), con su rama mezclada con el «Homo primigenius» que forma el «Homo niger var. australis».

Muy superior por la forma de su cráneo y su cuerpo se presenta una raza que sigue más tarde como antecesor de los pueblos mediterráneos (homo mediterraneus var. fossilis), caracterizada por su ultra-dolicocefalia (hallazgos de Cannstatt y Mentone), y conservado en el Asia occidental y en el norte de Africa. Al mismo tiempo hay también una difusión de esta raza a América (hallazgos de Necochea), el homo pampaeus, cuyos descendientes forman las reducidas tribus de indígenas americanos dolicocéfalas.

Mucho más tarde, en la edad de piedra europea, aparece una forma branquicefálica (homo brachycephalus var. fossilis), cuya emigración se dirige principalmente al Asia (sive asiaticus); una rama va a la Europa central (homo alpinus) y otra a América (homo americanus brachycephalus), de la cual proviene la gran mayoría de los indígenas americanos.

Finalmente aparece una raza más desarrollada todavía (encontrada en Cro-Magnon), el «Homo priscus», del cual desciende la raza norte-europea actual (Homo europaeus). Esta última había llegado durante el período glacial en Europa a causa de la difícilísima lucha por la existencia, al mayor grado de la evolución humana. Al final de esta época volvió parte con el

reno en dirección al norte, formándose en Suecia el centro de difusión de las razas nórdicas.

Todas las teorías mencionadas hasta ahora se basan sobre el monogenismo. Sin citar otras de las muchas que hay todavía, dejaremos en las siguientes la palabra a los poligenistas:

Como paralela a la doctrina de Wilser es notable para ver a que curiosidades se ha llegado, la del Conde Bjoernstjerna, - un sueco de principios del siglo pasado. Apoyándose en las tradiciones como en los cantos santos de los antiguos indus, los vedas, y en las formaciones geológicas, dice que las regiones polares deben haber sido habitadas con anterioridad a las del ecuador, y supone dos razas primitivas: la raza blanca, en el polo norte y la raza negra en el polo sur.

Otra opinión es la de que las dos ondas más viejas de los antecesores humanos se hubieran encontrado en el ecuador, pereciendo ambas a la raza negra: del sud los verdaderos negros, del norte los Dravidas y sus parientes. Salta a la vista lo extravagante de esta teoría porque, ante todo, seres tan parecidos como los negros y los negritos tienen que ser forzosamente también de un mismo tronco. Además no es admisible que en dos separados centros de creación, bajo condiciones diferentes, la evolución humana hubiera alcanzado la misma altura y llegado a idénticos resultados, y el choque de las dos razas hubiera producido un terrible «struggle for life», en el cual una de las mismas, probablemente hubiera sucumbido.

Parecida a la teoría de Wilser es también la de Penka, el cual basándose en razones semejantes como aquel (que no es probable que la cuna del género humano haya estado en la zona tropical y que la difusión del mismo haya tomado el mismo camino como la cultura, del este y sud al oeste y norte, porque el hombre primitivo, trasladado a la naturaleza tropical, no hubiera tenido necesidad de evolucionar su inteligencia y habilidad, no habiendo una lucha por la existencia, demostrando la prueba al ejemplo la inferioridad de los actuales habitantes de las regiones tropicales), adopta la Europa central como el país de origen de las razas dolicocefálicas y el Asia central como el de las braquicefálicas. Al

principio de la época glacial huyeron los hombres primitivos europeos a continentes más favorecidos al sud y solo una pequeña parte se quedó, teniendo que soportar todos los rigores de la época glacial, a los que sobrevivieron solo los más aptos y fuertes. Al final de este tiempo siguieron algunos más al norte, a la Escandinavia, otros se dirigieron al sud, poblando los litorales del mediterráneo, de los cuales descienden los Iberos, Liguros, Pelasgos y Semitas, mientras que los Escandinavos son los padres de la raza indogermana. Esta avanzaba más tarde hacia el sud de Europa, a donde mientras tanto había llegado una parte de la forma braquicéfala, cruzándose con los pueblos mediterráneos. Los Indogermanos invadían victoriosamente las penínsulas europeas y adelantaban en dirección al este hasta el Irán y la India, llevando a estas regiones su cultura de la edad de piedra. América fué poblada por una inmigración de los Asiáticos por el estrecho de Behring.

Una de las más recientes teorías poligenistas es la del Dr. H. Klaatsch. Su idea es que primitivamente existía un grupo de primates, los cuales llama «Propithecantropi», y que tenían un parecido mayor con el hombre que los actuales antropoides. Estos propithecantropi engendraron a su vez varios grupos: el grupo Occidental Neandertal Gorilloíde; el grupo oriental Aurignac Orangoíde y quizás también grupos de otras razas junto con el chimpancé y el gibón. A este esquema llevó a Klaatsch la gran diferencia en las dos razas humanas diluvianas, la estructura grosera y sólida del tipo «Neandertal» y la esbelta y graciosa del «Aurignac» y la notable paralela que encuentra entre estas dos formas y los esqueletos de los dos más grandes monos antropomorfos, el gorila y el orangután. Estas dos ramas se separaron muy temprano del grupo primitivo de los primates, reuniendo el «Homo Aurignacensis», caracteres que se encuentran, parte en los europeos actuales, parte en los indígenas de Australia y parte en el orangután, y el «Homo Neandertalensis» otros también de los europeos modernos, de los australianos y del gorila. Estos dos grupos, de los cuales la cuna del primero era el Asia, la del segundo el Africa, se encontraron en la Europa central, mezclándose y produciendo

do la raza que está documentada por los hallazgos de «Hoher Fels»; así la humanidad se hubiera uniformado recién por una convergencia, teniendo los orígenes separados.

Algo parecida es la teoría de Vogt, pronunciada con anterioridad a la de Klaatsch. Según él no hay tronco común, ni una forma intermediaria única entre el hombre y el animal, sino series múltiples y paralelas, las cuales más o menos localizadas en unos puntos o en otros han podido desarrollarse paralelamente a la de los monos; para el hombre americano adopta un origen distinto de los monos de aquel continente. Como ejemplo cita el caso del orangután, que presenta el color amarillo rojizo y la cabeza braquicéfala como el malayo, mientras que el gorila y el chimpancé son negros y dolicocefalas del mismo modo como los negros. Estas características semejanzas parecen indicar un origen común de unos y otros, viniendo los dos de formas originarias iguales.

Finalmente menciona las teorías del Dr. W. Branca, el cual acepta dos razas primitivas diluvianas y desemejantes: la primera en el norte de Africa, Europa y América, la segunda en Sudafrica, Australia y Polinesia, y la del Prof. G. Sergi con cinco géneros humanos, dos extinguidos y tres vivientes, a saber. *Palaeanthropus* (Neandertal, Krapina, Heidelberg), *Archaeanthropus* (Necochea), *Notanthropus*, *Heanthropus* (Asia) y *Hesperanthropus* (América). El *Notanthropus* emigró de Africa central a Europa, encerrando su especie más importante, el «*Notanthropus euraficanus*» las siguientes variantes: el dolicocefalo «*Homomediterraneus*» y dolicocefalo «*Homo europaeus*» (anglo germano). La raza braquicéfala (*Homo alpinus*), mucho más difundida en Europa, inmigró del Asia.

Resumiendo los fundamentos, sobre los cuales están basadas las teorías mencionadas y considerando los otros principales puntos de vista de los dos bandos, se desprende que el monogenismo se apoya ante todo sobre las siguientes consideraciones:

1. Morfológicamente la semejanza en la estructura de los cuerpos humanos hace imposible suponer una pluralidad de orígenes, e impone derivación de una ascendencia común, aunque remota. Especialmente algunos detalles de la estructura son reveladores

en este sentido, como la forma del cerebro, la segunda dentición y la dentadura misma, la forma de la mano, del pie y de los labios, la aparición de pelo en el sobaco y en el pubis, y otros más.

2. Psicológicamente lleva a la misma conclusión la infinita fecundidad de los mestizos humanos, el experimento biológico más comprobante. Hasta animales tan semejantes como la cebrá y el asno producen sólo mestizos estériles, así que las diferentes razas humanas deben tener un parentesco mucho más cercano entre ellas que estas dos especies zoológicas. El método biológico de la reacción de sangre, empleado con mucho éxito por el Prof. H. Friedenthal ha comprobado además la absoluta unidad química de la sangre humana y que los tres grandes antropoides son parientes humanos en igual grado. Digna de ser citado es también la transmisión de enfermedades, el igual período de la menstruación, la misma duración del embarazo, el nacimiento generalmente de un hijo, la existencia de manchas de pigmento azulado en los recién nacidos de razas distintas, etc.

3. Finalmente prueba la unidad psicológica la aparición general del lenguaje articulado y el gran parecido en los procesos de la inteligencia, desde el empleo del hacha de piedra del hombre primitivo europeo como del Papua contemporáneo hasta las formas de la organización social, política y religiosa.

Los poligenistas contestan y rechazan estas consideraciones de la siguiente manera:

1. Los más antiguos tipos cuaternarios pertenecen ya a razas completamente diferentes, antecesores de la actual población dominante en cada región, lo que prueba que, a pesar de las mezclas, el tipo étnico ha quedado invariable. Como testimonio se citan los monumentos antiguos, principalmente las pinturas murales de los sepulcros reales en Tebas de la décimanovena dinastía. Estos cuadros que se han conservado con sus colores, demuestran, tomando en cuenta el estilo duro y la manera de representar los ojos de frente en la cara vista de perfil, que hace casi 4000 años existían ya cuatro grandes razas bien diferenciadas por los egipcios: los egipcios mismos de color moreno-rojizo, el pueblo de Palestina

de perfil aguileño y tez oscura, los negros de nariz aplastada y labios abultados y los libios de piel blanca.

2. Los cruzamientos, aunque fecundos, no son estables y no siguen a la formación de razas fijas mestizas como demuestra la estructura de las poblaciones de la Europa occidental (Francia, Alemania, Italia, España). Las razas mestizas se sostienen sólo gracias a una continua renovación de las mezclas y si son interrumpidas los mestizajes vuelven a uno de los tipos concurrentes o desaparecen.

3. Por último las más laboriosas y pacientes investigaciones respecto a una lengua primitiva de la humanidad han sido completamente infructuosas. Si no se quiere acudir a una explicación tan fácil y sencilla como la de la Biblia con la torre de Babel, hay que reconocer que haciendo un estudio retrospectivo de las lenguas conocidas, los más antiguos tipos de lenguaje que podemos alcanzar, no dan indicio alguno de haber sido uno de ellos el idioma primitivo del género humano.

Pero a pesar de estas disidencias aparentemente invencibles, hay sin embargo, un puente que quizás puede unir los campos enemigos, como ya se dió a entender al principio. Este puente tiende el transformismo mismo. Ningún monogenista podrá negar que los hallazgos fósiles más antiguos encontrados en Europa se distinguen principalmente por su gran dolicocefalia y la forma de la parte facial del cráneo de los mismos en Asia, pudiéndose del otro lado muy bien aceptar, remontando a una época donde fallan nuestros conocimientos, una forma común a las diferentes especies. Esta forma común indiferenciada engendraba en ella todos los caracteres que más tarde, bajo la influencia de los factores exteriores y, una vez puestos en el camino, por sí solo, producían organismos siempre más complicados y especializados, formándose así las diferentes grandes razas. De esta manera se reduce toda la cuestión a esto: ¿En qué estado de evolución se debe considerar al antecesor humano como digno de ser aceptado como perteneciente al género «Homo sapiens?» En general se le distingue de los antropoides ante todo por el andar erguido, por la mano, que por consiguiente se ha emancipa-

do de servir como medio de locomoción y se ha vuelto exclusivamente instrumento para asir, y por el extraordinario desarrollo del cerebro. Pero como se ve, toda la controversia se ha vuelto así de muy limitada importancia, variable según miras secundarias.

Lo único que no es discutible, es que, comparado aunque sea con los monos más antropomorfos, demuestra el género humano una organización tan unitaria, los separa un abismo tan profundo, que hay que aplaudir las palabras de Darwin à Lyell, que dicen así:

«Todas las razas humanas están tan infinitamente más cerca una de otra que de cualquier mono, que quisiera considerarlas todas con toda seguridad como descendientes de una sola forma primitiva».

JUAN PROBST.

## BIBLIOGRAFIA

1. Boelsche, Wilhelm: Die Abstammung des Menschen.
2. Lampert, Prof. Dr. Kurt: Das Tierreich.
3. Mertens, V.: Weltgeschichte.
4. Meyer: Grosses Konversations-Lexikon.
5. Tylor, Edward B.: Antropología.
6. Kraemer, Hans: Weltall und Menschheit.
7. Buechner, Ludwig Dr.: El hombre y su lugar en la naturaleza.
8. Prochaska, Karl: Jahrbuch del Naturkunde 1913.
9. Prochaska, Karl: Jahrbuch der Naturkunde 1914.
10. Wilser, Ludwig Dr.: Menschwerdung.
11. Wilser, Ludwig Dr.: Tierwelt und Erdalter.
12. Wilser, Ludwig Dr.: Leben und Heimat des Urmenschen.
13. Branca, Dr. W.: Der fossile Mensch.
14. Schwalbe, G.: Die Vorgeschichte des Menschen.
15. Giuffrida-Ruggeri, Dr. V.: Homo sapiens
16. Ameghino, Florentino: Doctrinas y descubrimientos.
17. Quatrefages, Armand de: L'espèce humaine.

## Rondó a la francesa

---

Junto a tus labios, ~~de una maliciosa~~  
puso un lunar delicioso que posa,  
como una flor diminuta y oscura,  
de tu mejilla en la tersa blancura.  
Y si, burlando, tu boca de rosa  
ríe, cuando oyes de amor una glosa,  
se hunde el lunar, que la encuentra enojosa,  
en un hoyuelo que a abrir se apresura  
junto a tus labios.

Por eso yo, que te sé maliciosa,  
y sé que en tí si la burla rebosa  
muestra el inquieto lunar travesura,  
tiemblo al seguirlo con vista insegura,  
mientras lo envidio, al mirar que reposa  
junto a tus labios.

E. F.



## Crónicas de la facultad

---

### EL PROFESOR BAILARIN

---

En nuestra facultad hay de todo, y todo lleva un rasgo que la caracteriza, desde el portero calchaquí del museo hasta el eximio bailarín que es profesor de Biología. Entra por el foro, saluda y empieza a hablar y a hacer ademanes, yo me imagino la desesperación de este buen hombre si un día se quedara sin brazos o sin piernas pero creedme, se desesperaría por no poder dar volteretas; o mover los brazos como aspas de molino.

Es gordo, bajo, con el pelo apuntando al cielo y la pronunciación alemana. Usa lentes, instrumento que le sirve para disimular el desasosiego que le invade cuando hace chistes biológicos.

Salta en un pie, da vueltitas, corre, va de un lado a otro, se balancea cadenciosamente, hace flexiones, extiende las extremidades, se echa para atrás, para adelante y el que le observa espera verlo saltar de un momento a otro el mostrador que sirve de valla a sus ímpetus de corredor.

Hace carreritas cortas al pizarrón, escribe sobre lo ya escrito, y si hace un dibujo lo llena a cada palabra que pronuncia con tres líneas, después vuelve en pequeños saltos.

Apostaría un libro de versos—valor que debe ser cotizabile en esta facultad y que abunda mucho—que en una carrera de embolsados llega primero.

En proyecciones toma el puntero, se apoya sobre el mostrador como un simple empleado de tienda, y cuando termina de explicar, mueve con amplio y gentil cuando no nervioso, movimiento, el brazo y el puntero y dice ritmicamente *suiguims*.

A veces se maravilla de sus propios floreos, pega entonces dos pataditas, se ríe y gesticula de tal manera que yo, espíritu no acostumbrado a esos visages y a esos bailes, me consterno y me voy.

## ARQUEOLOGIA

Ninguno de los que concurrimos a la facultad dejamos de reconocer la actividad incansable de Salvador Debenedetti. Todos sabemos perfectamente que viajó de Norte a Sur y de Este a Oeste por toda la República. Pero ninguno de nosotros sabe de dónde sacó esos porteros admirables que son lauro y gala del Museo y de la Universidad entera. ¿De dónde los sacó, señor!? Yo tengo el placer de conocer a uno. Os aseguro que es un placer único.

Cuando camina lo hace despacio, con el andar faraonico de los reyes de Egipto, y sin embargo a mí me parece que desciende directamente de algún calchaquí o de algún miseo y me fundo para suponer esto en los rasgos fisonómicos del sujeto; ¡Qué raro! Ustedes deben de haberlo visto. Muchas veces tengo miedo de ir al Museo por temor de encontrarme con él: lo confundo lamentablemente con las momias o con algún espécimen disecado de indio autóctono, y como soy estudioso intento hacer observaciones sobre el ejemplar pero de pronto echa a andar, moviendo los brazos. Otras veces lo veo arriba, en el patio, con una bandeja en las manos. Pero ¡Dios mio! ¿de donde sacó don Salvador esos porteros..?

ROBERTO SMITH.

# NOTAS

---

Memoria del ejercicio 1917-1918, leído por el Presidente de la C. D. saliente en el acto de la transmisión del cargo.

Señor Decano:

Vuestra presencia en nuestro modesto hogar de estudiantes realza esta Asamblea, y señala época en la vida de las instituciones estudiantiles como señal de cordial entente entre autoridades y alumnos.

Condiscípulos:

Hace apenas ocho meses, cuando mi elevación a la presidencia, expresé a mis compañeros profundo agradecimiento por esa prueba de confianza con que me honraban. Les dije que no era la mía la palabra de gracias banal que se da en cambio del favor recibido; sólo traduje entonces la alegría que sentíamos los miembros de la C. D. porque sería posible poner en práctica, siquiera fragmentariamente, nuestros altos propósitos.

Eran aquellos, momentos tormentosos para la existencia del Centro. Lo mismo que los individuos, las colectividades transmutan su alma. Concebí entonces la esperanza de que una nueva vida comenzara para la nuestra, pues a más de seguir la parte buena de la tradición dejada por nuestros antecesores en la dirección del Centro, le infundiríamos los ideales que alentaban en nosotros. Resonaba en nuestros oídos la voz del maestro Lavisse: «Cada generación tiene su misión, y la vuestra es bella. Es necesario que por vosotros, sea el mañana mejor que el presente.»

No caímos en la ingenuidad de creernos abocados a una misión transcendental, pero estábamos dotados de un sereno y fervoroso entusiasmo por la vasta obra a desarrollar. Creemos haber llenado el programa que habíamos esbozado. Vosotros juzgaréis si la labor fué fecunda y eficaz y de vosotros depende que sus resultados perduren.

En nuestra labor hemos pensado siempre en los buenos amigos, en aquellos compañeros sanos de espíritu que comprendían que las actividades de la C. D. interpretaban justamente su sentir y aspiraciones. La simpatía con que nos acompañaron, tradujérase o no en palabras, ha

sido nuestro mayor aliciente y sostén. Por eso, ellos participaron activamente en el logro de nuestros fines. Un cordial apretón de manos a estos oscuros colaboradores.

Siempre he creído que unión y solidaridad son palabras vanas, sin contenido real, cuando no hay ideales por que luchar y sacrificarse — si fuere necesario — aspiraciones comunes a satisfacer para mayor bien de la colectividad en que vivimos. Hemos aspirado ¿ no fué exagerada pretensión? fijar esas orientaciones comunes, que nos llevaran a destinos superiores...

\*

\* \*

Sintetizaré cuáles han sido las gestiones realizadas en este período, pero antes debo referirme a la labor desplegada durante la presidencia del señor J. M. Rohde. Duró la presidencia de nuestro amigo un mes. Se recordarán las incidencias a que dió lugar dicha elección. Un grupo de consocios se separó y constituyó un Centro disidente; pasado ese período crítico, no creo necesario abrir juicios sobre dicha actitud. Para solucionar el conflicto, el señor Rohde y toda la C. D. dimitieron. Se recordará también del acierto con que obró la F. U., al ser solicitada su intervención, escogiendo a los señores G. del Mazo y L. Carouhé como mediadores. Ya tuvimos ocasión de expresarles nuestro profundo agradecimiento por la inteligente manera y feliz éxito en el desempeño de su misión. Bajo la presidencia del señor Rohde se organizó un homenaje a Rodó, que consistió en una conferencia del doctor A. Giménez Pastor y se patrocinaron las conferencias del delicado poeta mejicano Urbina, quien dió cinco notables conferencias sobre literatura mejicana. En el espelio de un buen maestro, el doctor Ambrosetti, el Centro fué representado por el señor Rohde.

\*

\* \*

Nuestra labor sólo ha podido esbozarse en los cortos meses de nuestro período. De ella vengo a daros cuenta y lo haré dando el fundamento que nos ha impelido a obrar en cada orden de hechos.

El Centro ha planteado en este período el problema más fundamental para los alumnos de esta Facultad. Resueltos de una vez a no permitir que nuestros títulos sean menospreciados, ni nuestros méritos y derechos hollados, el Centro ha propiciado, a inspiración nuestra, la constitución de la «Liga pro Ley del Profesorado Secundario» que cuenta ya con la adhesión de los centros de estudiantes: del Instituto del Profesorado Secundario, de la Facultad de Ciencias de la Educación de La Plata, de la Escuela Normal de Lenguas vivas, del Instituto Superior de Educación Física y de la Mutualidad Estudiantes de Bellas Artes, instituciones similares a la nuestra con las que hemos estrechado vínculos cordiales, contribuyendo así a desvanecer animadversiones injustificadas. Repito

que eso de la validez efectiva de nuestros títulos es de la mayor importancia desde el triple punto de vista de la educación común, del porvenir de la Facultad y de los intereses gremiales de sus alumnos. Interesa a la causa de la educación, pues como decía un eminente docente inglés: «dadme la preparación de los maestros, y tengo todo lo demás como secundario». Debe preocupar esta cuestión a la Facultad, porque así se elevaría su nivel de vida, sería más respetada, al mismo tiempo que tendería la soberana virtud, por reflejo, de que sus autoridades se preocuparan en mejorar sus estudios, que mucha falta hace. Y es obvio, por último, insistir en el interés que para sus alumnos tiene esto. Muchos de los egresados que han dedicado al estudio la flor de su juventud, sus más nobles entusiasmos, se han visto pospuestos a ignorantes sin otra prueba de competencia que la recomendación o el padrinzago político. Son los mismos jóvenes, que con un puesto en la enseñanza secundaria hubieran hallado descanso, aliciente y facilidades para producir y para crear, podrían sembrar a manos llenas el caudal de saber bebido en la Facultad. Por eso, el hecho de que los egresados tengan las cátedras que les corresponden y a su debido tiempo, es dar un valor social incalculable a la Facultad, mientras que hoy es, en cierta forma, una máquina de proletarios intelectuales.

Decía en VERBUM, al llamar intensamente la atención de mis discípulos sobre estas cuestiones, pidiéndoles su cooperación para la propaganda iniciada por la «Liga», que tiene tan vastas proyecciones: «Los alumnos de los institutos donde se forma el profesorado han permanecido por largos años de brazos cruzados, esperando que las autoridades educacionales les proporcionaran enseñanza y cátedras. Esta casi inercia ha sido perjudicial para la causa que defendemos. Los egresados de Filosofía y Letras vieron sin duda claramente el problema, y cuando hace tiempo era época mucho más propicia que la actual para obtener las sanciones legales que solicitamos, ellos permanecieron silenciosos, fiando a la evolución de las instituciones o a las relaciones personales, lo que debía obtenerse por el esfuerzo colectivo. Muchos de ellos sufren las consecuencias de la abstención; lo demuestra la larga lista de desocupados que transcribimos más abajo. Aunque es indispensable atribuir a los directores de la I. Pública y al Parlamento la mayor parte de la culpa. Saludable lección esta, de que nada se obtiene sin esfuerzos, enseñanza de la que todos aprovechamos, poniéndonos a la obra.»

De los trabajos hechos por la «Liga», ya os ha dado cuenta la Revista y un Informe que aquella ha elevado y que se agregará a esta memoria. De los representantes ante la «Liga», debo mencionar al doctor A. Vázquez Cey quien ha prestado su valioso concurso a esta campaña, que ha sido uno de los primeros en iniciar. Este de la «Liga» es, señor Presidente, el más valioso legado que hacemos a la nueva C. D., y esperamos que ya echados los cimientos con tanto empeño, no abandonaréis la labor. Este año hubiera el Centro auspiciado una conferencia en que participaran las autoridades, profesores y representantes de estudiantes pa-

ra arbitrar las medidas más conducentes a fin de dar una solución más rápida al problema. Con el mismo propósito, en parte, propuse la formación de un Centro de ex-alumnos, que no se constituyó.

—En otra esfera de acción, hemos encomendado a distinguidos egresados que elaboren un plan de reformas al Plan de Estudios vigente, pues el actual, como ya se ha demostrado, es acentadamente deficiente y lleno de incoherencias. No queremos una enseñanza verbalista, sin vida, sin contenido dinámico, ni una fábrica de doctores semi-sabios; anhelamos que los profesores egresados de esta casa sean verdaderamente educadores u hombres de ciencia. La crítica a los estudios literarios ya ha sido hecha de manera notable por el doctor R. F. Giusti. Este proyecto — que se elevará al Consejo Directivo — promoverá sin duda un movimiento de opinión tendiente, no a aliviar por cierto, nuestras tareas estudiantiles, sino a hacer más seria y consistente la enseñanza, a modificar el ambiente frívolo y a infundir en los estudios el espíritu que anima a la pedagogía moderna, y adaptar los estudios al progreso de las Ciencias y Humanidades.

—Hemos protestado enérgicamente — todavía bajo la presidencia del señor Rohde y después, cuando el centro estaba acéfalo — contra la intromisión de la política en el nombramiento del profesorado de la casa. Declaramos entonces el boycott a la cátedra del doctor Moreno y solicitamos al P. E. y C. D. la reposición en su cátedra del señor Senet. La solución fué favorable a nuestro insistente pedido y el profesor Senet volvió a la cátedra que honraba. Nuestra enérgica actitud dió, pues, buenos frutos, motivó el aplauso de la opinión, y no es en vano que nos vanagloriamos de haber contribuído a hacer justicia a un digno profesor y a poner de manifiesto manejos inferiores y torpes. El doctor Moreno, sin atreverse a responder directamente y ante los interesados las aseeriones hechas en VERBUM (Nº 34), pretendió refutarnos en la revista «Orientaciones». La C. D., por unanimidad, respondióle en esa misma publicación como se merecía, según consta en VERBUM (Nos. 37-38).

—Hemos velado por la justicia en los exámenes, al poner en evidencia los tortuosos procederes que ya conocéis. Excelente precedente es el que hemos sentado, que debe imitarse cuando se trata de higienizar una institución que queremos limpia.

—Iniciamos el ciclo de conferencias de Extensión Universitaria, convencidos de que la ciencia adquiere mayor valor y acrecienta la posibilidad de su adelanto, cuanta mayor difusión se la dé, y que es deber de los que más saben hacer partícipes de la alta cultura a todos los que tienen sed de ciencia. Invitamos a ricas personalidades morales a que den conferencias, como un medio poderoso para elevar el corazón de la juventud y formar su carácter. Inaugurólas la doctora Alicia Moreau con una disertación que será editada por el Centro en folleto, iniciando así la serie de sus publicaciones. Fué nuestra intención propiciar cursos en los

centros de cultura popular, vinculando así fuertemente la Universidad a su ambiente y el pueblo a sus estudiantes, pero no hemos tenido tiempo de organizar esta noble actividad.

—Publicóse la Revista con excelente material, con colaboración casi exclusiva de los alumnos. Los números editados, en proporción al tiempo que ha durado nuestro período, excede a los de todo otro período; son tres números dobles. Débese a su director, señor J. J. Cáccaro y a su activo administrador, señor J. Probst, el éxito obtenido este año por VERBUM, y mayor fuera si diversas circunstancias no hubieran impedido hacer nuestro órgano de aparición mensual.

—El Centro se complace en manifestar que ha sido la causa ocasional de la publicación de la hermosa obra de Ingenieros, «Hacia una moral sin dogmas», que reproduce sus lecciones sobre «Emerson y el eticismo». Uno de nuestros compañeros solicitó licencia para editar estas conferencias por cuenta del Centro, pero Ingenieros resolvió con más tino preocuparse en publicarlas personalmente. Distribuimos entre los socios los ciento cincuenta ejemplares de esa obra que nos donara su autor gentilmente, lo cual dió ocasión para manifestarle nuestro singular aprecio.

—Hemos gestionado insistentemente ante las autoridades la representación del Centro ante el C. Directivo, gracias a lo cual, los estudiantes tomarían parte en el gobierno de la Facultad, participando de la responsabilidad que implica su desarrollo. Fueron invocados antecedentes y argumentos irrefutables que es inútil repita hoy; hacer justicia a nuestra petición era además el medio más eficaz para evitar posibles conflictos entre gobernantes y gobernados. A pesar de la buena voluntad demostrada en todo momento por los Decanos, doctores Rivarola y Pífero, hacia sus estudiantes, no se otorgó nuestro pedido.

—Gestionóse ante el C. Directivo el despacho de algunas solicitudes con respecto a los exámenes y otras cuestiones que nos encomendaran nuestros condiseípulos; casi todas ellas fueron favorablemente acogidas.

—Ya están terminados los trabajos hechos para elevar un busto costeado por profesores y estudiantes en el Museo al malogrado profesor Ambrosetti. Para la ardua y simpática tarea ha contribuido muy eficazmente la comisión nombrada al efecto, compuesta por las señoritas E. Deseo y E. Saint Martin y por los señores J. Rohde, Presidente de dicha comisión, y F. de Aparicio.

—Nos adherimos, contribuyendo a nobles actividades con cuyas proyecciones sociales simpatizábamos, como ser, la iniciada por el Club de Madres al crear la Semana del Nene y a la colecta hecha por la Liga Antituberculosa.

Participamos también del homenaje al ilustre poeta Ricardo Palma.

—Nuestra sangre moza se ha rebelado con frecuencia contra las injustas sanciones que tan asiduamente manchan bajamente a instituciones y colectividades. Participamos de la tumultuosa indignación que pro-

vocó la condena del profesor español Besteiro, enviándole una nota de adhesión y de conformidad con su labor renovadora.

Tomamos parte activa en la campaña de protesta iniciada por el Círculo de Profesores Normales, con motivo de la mentida reorganización de las Escuelas Normales de La Rioja y Catamarca, en que se reemplazaban profesores con título y muchos años de servicio, por individuos sin méritos. Nos solidarizamos también con el movimiento de protesta hecho por el magisterio contra el P. Ejecutivo por su actitud ante una digna profesora, la señorita R. Vera Peñalozza.

Nos apersonamos al bibliotecario de la Biblioteca Nacional para expresar nuestro enfado por el deficiente servicio de esa biblioteca y la carencia de muchos libros indispensables.

—Hemos recibidos gratísimas visitas, iniciando así un fecundo intercambio espiritual y afectivo, pues los estudiantes, cuanto más nos conocemos, tanto mejor nos comprendemos y queremos. Invitamos a que nos visiten, a la distinguida Presidenta del Consejo Nacional de Mujeres del Uruguay, doctora P. Luisi, a delegados estudiantiles de las universidades de La Plata, Córdoba, Santa Fe y Tucumán, a los redactores de la importante Revista del C. Estudiantes de Ingeniería, que son tantos otros amigos que han dejado hondas huellas en nuestra sensibilidad.

—Es justo citar a los miembros de la C. D. que me han acompañado con su apoyo muy eficaz en el trabajo efectuado. Siempre he contado con el concurso sereno de la vicepresidente, señorita Villegas, con la labor empeñosisima de la tesorera, señorita Salthú, y de la protesora, señorita E. Deseo, y con la gestión entusiasta del secretario, señor Bonempi, y demás delegados en la C. D.

—A mi ingreso a la Federación Universitaria, fué grande mi fe en la eficacia de las funciones que podían desarrollarse desde ese alto cuerpo directivo. Concebí entonces la esperanza de que la Federación podía ser la institución juvenil de mayor representación en el país, que fijara sus orientaciones idealistas, y que dados sus poderosos elementos de lucha podría realizar trascendentales proyectos. Mas esta esperanza se desvaneció prontamente, y se comprenderá este escepticismo cuando se sepa que en todo el tiempo de nuestro período, la F. U. sólo sesionó dos veces con «quorum», habiendo concurrido innumerables veces a las citaciones hechas. A pesar del interés y entusiasmo de algunos miembros, el resultado fué... el que es de imaginarse y que ya se conoce.

No creo yo que la F. U. debe ser — según la graciosa figura de un antecesor mío que lo dijera en una memoria — como una mujer bonita, de esas que nada producen ni nada significan, pero que recrean la vista. En otra oportunidad ya he dicho cual debe ser su misión, que cumple tan fragmentariamente. No es esta la ocasión de señalar sus fallas y sugerir los remedios más apropiados, pero para que sea un factor eficiente de la renovación ascendente de la vida universitaria, debe ser modificada radicalmente su organización, y empaparse de las nuevas ideas los hombres que la integran.



Quando mi turno en la presidencia de la Federación, acaecieron sucesos de singular importancia para la vida espiritual del país. Todos vosotros conocéis los acontecimientos de Córdoba, la gran lección de carácter que dió la juventud cordobesa a la de toda la República, y es obvio referirme a la magnitud y trascendencia que ha tenido. Nuestro Centro envió a esa brillante falange de jóvenes el homenaje de su caluroso aplauso y su adhesión dedicada. Desde la presidencia de la Federación apresuré la marcha de las gestiones iniciadas para conceder el apoyo solicitado por los universitarios cordobeses. Tuve el insigne honor de ser el primero en llevar, como delegado de la F. U., el mensaje de solidaridad de los universitarios porteños a sus compañeros de la ciudad mediterránea. Relato el desempeño de mi misión en un Informe que elevé a la Junta Directiva. Dos proyectos importante propicié entonces, que luego se realizaron: la creación de la Federación Universitaria Argentina, que había sido reglamentado por Loudet en 1915, y que la F. U. aspirara la Reforma de la Ley Avellaneda.

Llevé también la palabra de solidaridad de la F. U. a los universitarios mejicanos en la velada organizada por la Asociación Latino-Americana, contribuyendo así al acercamiento internacional de los estudiantes.

\*  
\* \*

¡Ya veis, señores, como un hogar tan modesto como el nuestro ha podido contener sentimientos tan grandes en ese corto lapso de tiempo! ¡Que la riqueza en entusiasmos y en energía compensa con mucho la falta de medios!

Hasta ahora os he señalado la faz brillante de nuestra actuación. Eso no obsta de que me dé clara cuenta de nuestros grandes defectos; no los enumeraré para no hacer ingrata esta Memoria; ellos quedan a vuestra consideración y juzgamiento. Pero siempre nos ha animado la mejor buena voluntad, y vosotros sabéis que Kant decía que esa cualidad era la más excelente de las que existían sobre la tierra. Habráse notado en este ejercicio lo preponderante de la acción de la presidencia. Dos circunstancias han mediado para ello: la premura del tiempo — apenas seis meses de actividad — y mi escasa previsión para la distribución de las responsabilidades. Es por ello que a mí deben atribuirse en buena parte, y lo digo sin cumplidos — de las deficiencias habidas.

Debemos culparnos de no haber sabido alterar suficientemente lo que alguien ha llamado la «quietud nociva del ambiente», en lo que se refiere a su vida íntima. Mas permitidme una duda. ¿No provendrá el mal de nuestros mismos condiscípulos, de la calidad del medio? Quiero referirme a la frivolidad ambiente, y sobre todo a la falta de espíritu colectivo en esta colmena estudiantil, que se traduce por una falta de solidaridad. Esto se ha manifestado principalmente en la época de elec-

ciones, en que se ha abstenido de votar la mitad, casi, de los asociados. Para hacer triunfar las propias ideas e intereses es necesario sufrir del calor de la lucha. No puedo ocultar mi dolor por esta actitud equivocada de mis condiscípulos, pues en última instancia ella viene a perjudicar al Centro — como lo veréis dentro de un tiempo no muy largo — ya que le niegan su consorcio valioso. La unión se realizará cuando lleguen a polarizarse los espíritus hacia un ideal común, y cuando la C. D. sintetice fielmente a los alumnos que representa y se haga eco caluroso de sus anhelos.

Pero es con indignación que me vuelvo hacia aquellos otros alumnos que se quejan de la ineficacia del Centro, o aparentan escepticismo hacia él, negándose a prestarle apoyo. ¡Como si las cosas pudieran hacerse por generación espontánea! Nuestro Centro podría desplegar grandes actividades en beneficio de sus asociados y de la Facultad, si contara con la atención interesada y vigilante de todos los alumnos y con su apoyo pecuniario. Un paso hacia esta finalidad sería, indudablemente, el incorporar a los Estatutos Universitarios una cláusula que rige en las universidades suizas — recordada por el doctor Rivarola en su proyecto de reformas de 1904 — en virtud de la cual todo alumno inscripto debe abonar, junto con los derechos de inscripción, una cuota mínima obligatoria como asociado del centro de estudiantes correspondiente.

Ahora que hablo a mis compañeros por última vez desde tan alta tribuna, en este ambiente donde he sembrado de la mejor semilla de mi juventud, permitidme una expansión personal que se vuelca de mis labios, irresistiblemente. Quiero decirles que si pude haberme equivocado — y me consta que eso ha sucedido varias veces — mi acción siempre se ha inspirado en el más verdadero y acendrado amor a la causa de la juventud y de sus ideales, en la causa de la educación — fuerza suprema —, y en el interés de esta casa de altos estudios, que tanto quiero.

A más de otras leyendas, llevo sobre mí una leyenda de intolerancia, que tal vez haya contribuido a restarnos voluntades. ¿Urge desvanecerla? No, si se califica de intolerante al que procede de acuerdo con principios elevados, y es en esto inflexible. Y os había prometido, al asumir la presidencia, que no me desviaría un ápice siquiera de las normas de conducta prefijadas, que había esbozado en las «Orientaciones», sin confundir jamás los intereses colectivos con los mezquinos intereses personales, promesa que he cumplido.

\*  
\* \*

El momento por que pasa la patria y la América toda, es de una gravedad única. Ahora que ya no nos llega a raudales, ni llegará, quien sabe por cuánto tiempo, las cosas excelentes ni la resaca de ultramar, deberá construir y colocar los sillares de la nacionalidad — que aún reposan sobre la arena — con el propio granito, labrado por el po-

deroso e inteligente esfuerzo de sus hijos. En la Historia se dirá de este siglo, «el siglo de América», porque de este continente surgirá un tipo superior de civilización. Jóvenes paladines de la buena nueva, proclámenos con júbilo: «¡Quien sabe si no es preciosa la calidad del fruto que guarda nuestra entrañas!» ¡Cuidémosle con amor!

En esta emergencia de hechos y de ideas tiene su real importancia nuestra Facultad de Filosofía y Letras, más tal vez que otro instituto educacional. Recordemos que las Humanidades eran en pasados tiempos ¿no lo siguen siendo? el fondo mismo de toda cultura y la fuente de las acciones mejor inspiradas, y esta casa tiende a enseñar, esencialmente, Humanidades. ¿Cómo, pues, no ha de deber jugar un rol representativo en la formación del nuevo espíritu nuestra Facultad? Que no no lo han de formar, me imagino, los traficantes de la política, los latifundistas o los comerciantes! Nuestra Facultad, casi única en latinoamérica, puede imprimir orientaciones de trascendencia no sólo nacional, sino también americana, para la gestación de un porvenir esplendente. Y a ello pueden contribuir tanto los hombres de investigación y de estudio que aspira a formar, como las poderosas fuerzas morales que puede despertar. ¡Véase cuan amplios que son nuestros horizontes!

Pero ¡qué paso hay que dar para alcanzar tan bella ilusión! ¡Qué profunda renovación sería forzoso hacer en todo! Mas no debemos olvidar que los estudiantes constituyen el «elemento esencial» de la universidad, como nos calificamos cuando se discute algún derecho nuestro. Y porque somos el elemento esencial es que debemos elevar nuestras energías al nivel que es de exigir cuando se trata de realizar tan noble misión.

No puedo menos de repetir las palabras de ese espíritu luminoso que es Romain Rolland, que llegan a mí por violento contraste en este momento: «¡Infeliz del sér estéril, que permanece solo y perdido sobre la tierra, contemplando su cuerpo desecado y la noche que está en él, del que ninguna llama de vida saldrá jamás! ¡Desgraciada el alma que no se siente fecunda, pesada en vida y en amor, como un árbol en flores, en la Primavera! El mundo puede llenarla de honores y felicidades, que sólo corona un cadáver!»

\*  
\* \*

Señor Presidente:

En sus manos y en manos de la nueva C. D. confiamos y depositamos nuestras esperanzas.

Disculpadme que no quepa en mí, en estos momentos tan graves para la humanidad y la patria, ni una leve sombra de fútil ironía, ni de escepticismo elegante, al referirme a la humilde labor de nuestro oscuro y querido Centro de Estudiantes!

Anhelamos fervientemente que vuestra acción esté siempre alentada por una inspiración superior, pues sin ella, los hombres resultamos ser el juego de pobres pasiones y de mezniños intereses. ¡Así lo esperamos!

GREGORIO BERMANN.

## INFORME DE TESORERIA

Buenos Aires, Abril 30 de 1918.

Señor Presidente del «Centro Estudiantes de Filosofía y Letras» don Gregorio Bermann.

Señor Presidente:

Al terminar nuestro período, tengo el gusto de presentar a usted la memoria correspondiente a esta Tesorería.

Las entradas correspondientes a estos ocho meses alcanzan a pesos 1.121.— y los gastos a \$ 965.75. Pasa a la Tesorería siguiente la suma de \$ 155.25.

Los 250 socios activos que figuraban en las litas de Septiembre, siguiendo una tradición en nuestro Centro quedaron reducidos a 100 en Marzo, y aumentaron a 130 con motivo de las elecciones. Hay una indiferencia general inexplicable. Se dice que el Centro no rinde beneficios, se desprecia su labor, pero no se le ayuda. Lo menos que puede hacer un socio, es abonar su cuota pequeña, por cierto; y sin embargo ¡cuánto cuesta hacer que cumplan ese deber! Pocos son los que piden sus recibos; hay que presentárselos. Nosotros empezamos por hacerlo, pero es tarea tan ingrata que a pesar de no faltarnos buena voluntad recurrimos al cobrador. Este, tiene su comisión (15 %) que disminuye las entradas. Además trata de aumentar sus ganancias, lógico es, por todos los medios, escaseando los viajes que le ocasionan gastos, y aumentando también las sumas a cobrar; todo esto da origen a irregularidades incomprobables e irremediables. Por eso, el cobrador no debe figurar en un Centro que cuenta con pocos socios que concurren a diario a la Facultad y a los que se ofrecen facilidades para cumplir con la Tesorería.

Perjudica a los intereses del Centro, la costumbre casi general de ingresar en Abril, esperar a que se le borre por moroso e ingresar en Abril del año siguiente. Costumbre inconveniente contra la que no se puede tomar ninguna medida porque la única, que sería la de prohibir el reingreso, es demasiado rígida y perjudica a la Institución. Ella debe desaparecer por parte de los mismos alumnos. Es poco edificante que nos acordemos del Centro sólo en el momento de las elecciones.

El Centro debe una palabra de agradecimiento a los Señores Profesores que mensualmente nos ayudan con cuotas de dos, tres y cinco pesos. Es de citarse el caso de los doctores Horacio Piñero y Juan Agus-

tín García que contribuyen anualmente con cincuenta y sesenta pesos, respectivamente.

Es realmente bochornoso para los alumnos que su Centro de Estudiantes sea sostenido sobre todo por los señores Profesores.

La Revista es cara. Tratóse en vano de disminuir su costo por la publicación de avisos. Es de esperar que la comisión que se inicia consiga lo que otras comisiones han intentado en vano.

La venta de apuntes podría aumentar la entradas. En nuestra Casa casi están de más. Lo que sí creo conveniente es la adquisición de un Hectógrafo por el que se copiaran apuntes, notas dadas por los señores Profesores; el Centro recibiría su retribución y se eliminarían de nuestra Facultad ciertas clases mecánicas que ponen al alumno universitario a la altura del alumno de tercer grado de la escuela primaria.

A la Federación Universitaria se han abonado \$ 99.60 distribuidos así: \$ 40 por cuatro contribuciones al Boletín Universitario, y \$ 59.60 por contribución del diez por ciento de las cuotas de los socios activos.

Saluda a usted con toda consideración y respeto

MARÍA J. SALTHÚ.

## BIBLIOGRAFIA

---

*Proposiciones relativas al Porvenir de la Filosofía*, por JOSÉ INGENIEROS.

El doctor José Ingenieros es uno de los profesores estudiosos de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, y uno de los pocos que no han dejado de ser compañeros avanzados entre los alumnos, por esa camaradería y benevolencia con que acepta toda conversación sobre cualquier asunto que interese a los estudios que son comunes a él y a los alumnos.

Por eso es que, por la aparición de su monografía que debíale servir para incorporarse a la Academia de Filosofía y Letras, nosotros pensamos que no sería entrar en discusiones presuntuosas si le expresáramos nuestras dudas y, a veces, nuestras objeciones. A hombres de poca integridad mental puédeseles permitir que opinen como quieran y que no den explicaciones; pero con Ingenieros hay que ser exigentes, y lo seremos como buenos discípulos de sus mismas enseñanzas que aconsejan una extremada resistencia para la aceptación de toda doctrina.

El doctor Ingenieros, hasta hace poco, no ha aparecido como filósofo. «Una disciplina científica, (se refiere a la médica) larga ya por su comienzo precoz, retrájome hasta ahora de publicar escrito alguno sobre asuntos propiamente filosóficos», declara él mismo. Efectivamente sus libros han sido de índole psicológica o sociológica: «La simulación en la lucha por la vida», «Simulación de la locura», «Sociología Argentina», «Principios de Sociología», «Criminología» y «El Hombre Mediocre». Recién, durante el año pasado, editando unas conferencias sobre Emerson: «Hacia una moral sin dogmas», dió señales de su despertar filosófico y se presenta hoy, con un posible esquema, como filósofo. ¿La causa? El se encarga de explicárnosla: «He creído que sin una sólida cultura experiencial es tan vano todo empeño por comprender los problemas inexperienciales, etc.», o «aleccionado por todos los filósofos dignos de este nombre, he supuesto que las reflexiones filosóficas sólo podrían ser la coronación natural de mis estudios científicos». Por lo pronto sabemos a qué atenernos y con qué filósofo — ignoramos si el calificativo satisface — debemos establecer «nuestro comercio intelectual». Porque, esto

mismo, la declaración de su procedencia que, con justa razón, es el blason básico de su «sumario bosquejo de la arquitectónica», es lo que nos hace disentir profundamente con él y, nuestro disentimiento, por no ser simple capricho, tiene ciertos pretendidos fundamentos que queremos presentar a nuestro profesor y camarada, en el sentido expresado, el doctor Ingenieros. Pues, — y aquí comienza la divergencia, el *caput mortuum*, que, por lo demás, es el eje de estas líneas, — mientras Ingenieros nos declara que: «pasé, naturalmente, a la cátedra de psicología en la Facultad de Filosofía y Letras extendiendo mis programas a la ética, la lógica y la estética, que siempre consideré como ciencias psicológicas», nosotros pensamos que la lógica, la ética y la estética, nada tienen que ver con la psicología, o más, que la psicología debe ser suprimida, «con cristiana sepultura» si se quiere, de toda cuestión filosófica, sea estética, ética o lógica que tienen que elaborarse con elementos propios — y los tienen en abundancia — y no bastarse con una de las ciencias naturales más en moda, como lo ha sido la psicología.

Por lo pronto, nuestro profesor, ha de notar que seguimos sus preceptos al expresarnos en forma tan categórica: «aspiro, dice Ingenieros, a expresarme con una sencillez que nunca se preste a dos interpretaciones» o «me avergonzaría si torciera ideas claras con palabras equívocas o disimulase opiniones con alambicadas figuras».

Nuestro disentimiento con el doctor Ingenieros es categórico y muchos de los argumentos los tenemos en las páginas de este su libro que comentamos. Para la primera parte nos vemos obligados a hacer nuestra profesión de fe, para la segunda analizaremos, brevemente, los capítulos del libro.

\*  
\* \*

Establecer como base de la filosofía, la psicología, es caer, nos parece, en una absoluta aberración: la psicología, como cualquier ciencia natural, está basada en la observación y la experimentación; el esquematismo, que es su método vital, es también el único resultado a que puede llegar. Pero el esquema, por rico que sea en hechos observados o experimentados, nunca deja de ser esquema, es decir aproximaciones a una verdad que no se conoce y que, tampoco, se ha definido. Informada por ese método, la psicología, y la experimental precisamente, es incapaz de llegar a resultado alguno y sería la muerte de la filosofía entregar a los resultados de aquella sus problemas eternos. Fuera menester desconocer toda la enseñanza de la historia que nos demuestra el fracaso del psicologismo en la última mitad del siglo XIX; sería ensayar una prueba fracasada, encaminarnos en un callejón sin salida, si quisiéramos resucitar esa «moda» de la psicología. El doctor Ingenieros no titubea en condenar «a todos los que pretenden reducirla (la metafísica) a una simple metafísica, metamoral o metaestética»; pero no vacila en declarar que la lógica, la moral y la estética, tres términos absolutos que constituyen to-

da la filosofía, toda la historia ideal del espíritu, sean «ciencias psicológicas»... Además, esa misma condenación implica una lección de prudencia para el doctor Ingenieros. En efecto, su libro, parece no tuviera otro objeto inmediato que fustigar burlescamente a todos los filósofos que no son «hombres de ciencia» y, sin advertirlo, usa de argumentos expuestos por uno de los filósofos contemporáneos que más han combatido a la psicología y a las ciencias naturales que quieren inmiscuirse en los asuntos de la filosofía. Esta afirmación: «Disminuyen la metafísica, (entendida, ésta, como la encargada de resolver los problemas filosóficos), y obstaculizan su renovación, todos los que pretenden reducirla a una simple metalógica, metamoral o metaestética», que formula el doctor Ingenieros, no es más que la repetición exacta de otra de Croce (y citamos a Croce por ser un contemporáneo, casi de la misma edad de Ingenieros y a quien éste hace referencia), de ese Croce a quien el doctor Ingenieros injustamente, con una errónea interpretación, le califica como «crítico literario» (sic, pág. 16, nota), desconociendo la profunda labor de ese filósofo, reconocido como tal hasta por Windelband, quien dice de él: «Un desarrollo idealista todo propio es el cumplido por Benedetto Croce: *su sólida y profunda filosofía del Espíritu, etc.*» (H. de de la Fil., t. II, pág. 364. Ed. Sandron); o ignorando, — y la ignorancia cabe en quien califica tan injustamente, — que Croce lleva publicado todo un *sistema*, — cuatro sesudos y profundos libros, — de filosofía. Decíamos que esa afirmación de Ingenieros, es una repetición del pensamiento de Croce y vamos a demostrarlo. Dice Croce: «El concepto puro, que es filosofía, puede ser mal combinado o cambiado o con la forma a él precedente de la pura representación (arte), o con la subsiguiente del concepto empírico y abstracto (ciencias naturales y matemáticas); o, mal dividido en su unidad de concepto y representación (síntesis a priori) y mal combinado después como concepto que se da por representación o como representación que se da por concepto. De aquí las formas fundamentales de los errores; las cuales convendrá llamar, *estetismo, empirismo, matematismo, filosofismo e historicismo*». (Croce. *Lógica*, págs. 272 y 273). Lo que pasa es que Croce no se entrega a la psicología a la cual combate en todos sus libros y a cada renglón. «... la filosofía psicológica, dice Croce en una de sus páginas dedicadas a combatir la psicología, si bien es explicada en ponderosos tratados y en solemnes lecciones académicas, no hace ni más ni menos de lo que hace aquella común reflexión, y no es otra cosa precisamente que aquella misma común reflexión: y después de haber reducido a clases las imágenes de las infinitas manifestaciones de la actividad humana, colocando, por ej., en estas clases, al lado del pensamiento y de la imaginación la voluntad y la acción, considera por último estas clases como realidad. Pero las clases son clases y no distinciones filosóficas, etc., etc.» (Croce. *Filos. della Pratica*, págs. 5 y 6). Como es el mismo pensamiento, la objeción que presentamos a nuestro profesor, el doctor Ingenieros, no puede ser más clara: ¿cómo es que Croce tan mal tratado por usted haya expresado lo mismo? y ¿cómo es



que la psicología es la base de su credo filosófico cuando recibe esa soberbia condenación que acabamos de citar y cuando usted no nos ha dicho el por qué de su creencia que «los resultados de las ciencias van trasmutando sin cesar los problemas clásicos de la metafísica, planteándolos de una manera legítima y desmalezándolos de sus ergotismos seculares (pág. 76)»?

Esta es, someramente, nuestra posición, nuestra profesión de fe. Sencillamente: estamos compenetrados, y hoy por hoy convencidos, de lo absurdo que es proclamar a la psicología tan sólo como «simple» base para la filosofía y que no aceptamos, — teniendo nuestro rechazo cómo escudarse en toda la Historia de la Filosofía Idealista, que es, bien entendida, la verdadera filosofía por representar la Historia del Espíritu que es, a su vez, la verdadera realidad, — que la estética, la lógica y la ética, sean «ciencias psicológicas». Y como nuestro profesor no nos ha dado ningún argumento capaz de «beneficiarnos» (él dice no proponerse convencer ni desconvencer a nadie y, sí, gustar de escucharnos los unos a los otros, descosos de beneficiarnos, etc.) y como es nuestro criterio que «Proposiciones» filosóficas deben estar informadas de una sólida y «segurísima» base, reafirmamos nuestra actitud inquiriendo una explicación y pasamos a la segunda parte de nuestros propósitos que estriba en analizar los Capítulos a fin de presentar, analíticamente, nuestras preguntas, nuestras dudas que, todas, han contribuido a formar esa profesión de fe expresada ante las «Proposiciones» de nuestro profesor, el doctor Ingenieros.

\*  
\* \*

El doctor Ingenieros siempre ha predicado la tolerancia, máxime para con las ideas ajenas. Pero en esta monografía aparece como indignado contra todos los pensadores, y nosotros, que aun permanecemos con esa tolerancia, nos preguntamos si no es esa indignación que perturba a nuestro sereno profesor y le hace incurrir en desconsideraciones injustas y, a veces, hasta en erróneas afirmaciones.

Veamos: dice Ingenieros «mirando en su siglo, los hombres se inclinan a ver nuevas orientaciones en las pequeñas escaramuzas de los polemistas que, según su éxito, determinan las modas» (pág. 15) y «... me parece muy significativa la incapacidad metafísica de los polemistas que han compartido las preferencias del público semiculto (sic) en el último medio siglo: el infantil materialismo de Büchner, las sutilezas místicas de Boutroux, las pamplinas biológicas de Weissman, los sermones insípidos de Eucken, el evolucionismo vitalista de Haeckel, el antifilosofismo de James, amén de las divagaciones pseudo-filosóficas de hombres de ciencia, como Poincaré o Ostwald, o de críticos literarios (sic) como Rémy de Gourmont o Croce. ¿Qué problema metafísico han planteado, renovado o resuelto, etc.?» (pág. 15 nota).

Por lo pronto, hacemos notar que esta forma de expresarse es la comúnmente empleada por nuestro profesor. Ahora bien: dejando de lado

le que afirma del infantilismo de Büchner o de las pamplinas de Weismann, o de Haeckel, por cuanto nosotros tampoco los consideramos filósofos, advirtiende, al pasar, que sólo puede constituir una injusticia por parte del doctor Ingenieros el desconocer a sus propios padres intelectuales, — su filiación es científica, en el sentido de las ciencias naturales — recuérdese su «Psicología biológica», — o teniendo poco en cuenta lo que afirma de Poincaré u Ostwald, aunque tenemos razones para no creerle, puesto que el *matematismo* de éstos, si bien no es la verdadera filosofía, podrá ser un error de la filosofía y sabemos que, filosóficamente, todo error encierra una verdad y si el sistema filosófico que remata en las matemáticas tiene una terminación abstracta, no concreta, no filosófica por lo tanto, no deja de ser sistema, no deja de comprender en sus grandes líneas, los distintos problemas de la filosofía. Una mala combinación o un cambio indebido, es decir, el plantear mal un sistema, no es, para nosotros, desconocer los particulares problemas y, menos aun, ser «divagaciones pseudo-filosóficas»; pero, atacar en esa forma a los otros autores citados, nos revela poca tolerancia y hasta indignación, lo que lleva, lamentablemente a nuestro profesor a caer en falsas afirmaciones y hasta, diremos, hay momentos en que dudamos si Ingenieros conoce debidamente a los que ataca. Porque nosotros, como discípulos exigentes que Ingenieros nos ha hecho, nos preguntamos: ¿cómo han de ser sutilezas las de Boutroux, cuando sabemos de la concienzuda labor de este filósofo, o simplemente, cuando otros maestros que tienen una labor filosófica de muchas lustros nos dicen que: «la Francia, después de haber ensayado con el *agudo* examen crítico de E. Boutroux los principios y los procesos metódicos de las disciplinas exactas y naturales» o «él, (Boutroux) el genial autor de *Science et Religion dans la Philosophie contemporaine*, puede llamarse el iniciador, en su país, de aquel idealismo crítico y de aquel profundo examen del valor de la ciencia y de sus relaciones con la filosofía, etc... que ha llevado el pensamiento francés a una altura, digna en todo, de sus grandes tradiciones».

(G. Barzellotti *L'opera storica della filosofia*, pgs. 376 y 386 nota).

Esto y lo que afirma Di Sarlo (*Il pensiero moderno*, pgs. 297 y s.), refiriéndose al contingentismo, o lo que hayamos podido recabar de la lectura directa, nos basta para convencernos que Boutroux, lejos de ser un sutil místico, ha planteado, renovado y resuelto «problemas metafísicos». ¿Será porque no ha presentado un sistema? El mismo Boutroux nos da una respuesta: «il est vrai que nous ne voyons pas que les philosophes français se disposent a composer une nouvelle synthese metaphysique, analogue a celle de Spinoza ou de Haeckel. Mais n'y a-t-il d'autre maniere de philosopher que de batir des systemes? L'histoire meme de la philosophie ne nous montre-t-elle pas les systemes s'effondrant les uns apres les autres, et la philosophie survivant a leur destruction... distincte des systemes, l'esprit philosophique, lui aussi, est une realite» (*La philosophie en France depuis 1867*).

¿Cómo considerar a Bergson como un incapaz metafísico, cuando ha sido un continuador (en el sentido de haber hecho avanzar) de Boutroux y cuando las opiniones sobre él son, también, muy distintas de las de Ingenieros? Windelband (*Historia de la Filosofía* pág. 361) dice: «Bergson es la personalidad más original e importante de la filosofía francesa contemporánea»; Barzellotti (op. cit. 413): «como ha sostenido *agudamente* E. Bergson»; Di Sarlo le discute a Bergson — y discutir es aprobar — los derechos de su metafísica (op. cit. pág. 300 y s.), etc., etc.

¿Cómo ha de ser antifilosófico James, cuando su «pragmatismo» está informado de un profundo sentido de la filosofía? Nosotros no aceptamos la filosofía de James (cfr. VERBUM 39-40: *La Religión en la filosofía contemporánea*), pero no nos persuadimos a tenerlo por anti-filosófico, por una simple razón — que es la más común entre los pensadores — que «todo lo creado tiene derecho a la existencia» y que todos los ensayos tienden a la verdad; un ensayo equivocado será como la sombra, pero, para la luz de la verdad, esa sombra es necesaria. Aun en este último caso, James es un eminente pensador de filosofía.

Y nada decimos de los «literatos» Remy de Gourmont y Croce, por haber ya hablado del último y en conformidad con lo que respecta al primero, haciendo sólo constar la confusión errónea en que incurre nuestro profesor, al encerrar en un solo título a Gourmont y a Croce (!!).

Y sigamos: en este capítulo, titulado «La hipocresía de los filósofos», nuestro profesor quiere demostrarnos que hasta hoy todos los filósofos tuvieron que transigir con ciertos errores debido a la «coacción del pasado». Esto tampoco nos parece exacto y, mucho menos novedoso, y, entre evidentes razones que demuestran lo contrario: la cicuta de Sócrates, el reniego de Espinoza, el «cogito» de Descartes, la austeridad de Kant, la vida de Vico, etc., etc., la cita que hace el doctor Ingenieros del famoso «*epur si muove!*», nos recuerda que hace ya algunos siglos se formulaba la misma protesta, existía el mismo anhelo de librarse de la «coacción del pasado», aunque, eso sí, en forma más inteligente y comprensiva que la predicada por el doctor Ingenieros. Giordano Bruno en «Cena de la Ceniza» (1584) reivindica la libertad del nuevo pensamiento científico de la autoridad de Aristóteles observando que es necesario confiarse a la sabiduría de los ancianos, pero que los viejos «no son los antiguos y sí los modernos, venidos después y hechos más sabios por las experiencias y por las reflexiones de los tiempos intertranscurridos». Galileo repitió el mismo concepto y en el año 1625 un discípulo de éste, Mario Guiducci, vuelve a expresar la misma profunda observación de Bruno. (cfr. Gentile, *Teoría gen. dello Spirito*, etc., p. 48, 49 y nota).

Además, nos parece que lo que achaca como hipocresía a los filósofos es un desconocimiento de los problemas que aquellos se propusieron. Afirmar, por ejemplo, como lo hace Ingenieros, que Kant fué hipócrita porque sus obras no han convergido a la «Solución de la pregunta general de los Prolegómenos», es, repetimos, desconocer toda la obra de Kant quien, después de llegar a su «síntesis a priori», escribió la «Metafísica

de las costumbres». El valor de Kant está en eso: en haber demostrado la «síntesis a priori» y, si tuvo que recurrir a una abstracción e inventar a un Dios o «mito trascendente», no fué por hipocresía y sí, por simple necesidad lógica de sistema. Si Ingenieros estuviera mejor informado o siquiera hubiese meditado en lo que dice su despreciado «literato» Croce, habría tal vez visto que Kant, no por hipocresía y sí por no haber tenido en cuenta el elemento intuitivo como uno de los grados absolutos del espíritu, y ya por él entrevisto, cual «principium aestheticum» en la «Crítica del juicio» hizo que su sistema de filosofía terminase, repetimos, en una abstracción. «Decir, hoy, que en religión no se es cristiano, o en filosofía, kantiano, es hacer palabrerío o no hablar en serio», ha dicho Croce. Y otro ejemplo de esa falta de información que achacamos al doctor Ingenieros, es la de proclamar, en el mismo capítulo, que «la concepción de dos filosofías dentro de la filosofía» es una hipocresía. Además de la confusión evidente que existe en llamar «dos filosofías» a dos interpretaciones de la filosofía, ¿es posible que desconozca nuestro profesor que esa lucha entre realismo e idealismo, o como se llamare, es eterna, tan eterna como la filosofía misma? ¿que esa lucha es la sola que da derechos a la existencia de la filosofía? ¿que, como el *mal* y el *bien*, existen siempre y siempre han de existir y que de su lucha continua emerge la *Bondad*, como por la lucha entre lo *verdadero* y lo *falso* brota la *Verdad*, o como por lo *feo* y lo *bello*, la *Belleza*? ¿cómo desconocer que los dos términos son necesarios para el problema y que la filosofía alcanzaría su muerte cuando no tuviese un contrario con quien batirse?

Tan grave es esto, que el mismo Ingenieros vacila por su afirmación y nos promete «una breve explicación» que, lo declaramos, no hemos encontrado.

Nuestra crítica podría extenderse en la misma forma, a todos los capítulos del libro; pero esto requeriría una labor demasiado extensa e improductiva: demasiado extensa porque todos los capítulos suscitan innumerables preguntas y levantan sendas objeciones; improductiva, porque, en el fondo, las dudas y las objeciones serían de la misma índole. Nos hemos detenido en el primero porque las críticas allí apuntadas son las bases generales para la crítica a todo el libro y porque, siendo éste el punto inicial y básico de toda la argumentación del doctor Ingenieros, atacándole, se pone en tela de juicio todo lo subsiguiente. Y efectivamente, como lo hemos declarado, nuestra actitud para con el doctor Ingenieros se basa en la poca solidez que presenta el libro. Poca solidez que con escasísima información e inspirada por un espíritu intolerante, indignado y hasta altanero, nos da la impresión de encontrarnos con un artificio periodístico de polémica absurda, sin esa serenidad, necesaria para la discusión de cualquier problema filosófico. Breves citas nos bastarán para evidenciar esa información escasísima, esa indignación, esa altanería y esa característica de polémica apasionada, que hemos declarado.

«La crisis de la filosofía en el siglo XIX», se titula el segundo capítulo y para demostrarla, el doctor Ingenieros parte desde Kant, quien «más alabado que leído, condenó la vieja metafísica en nombre de otra, que él mismo se apresuró a desacreditar, bajo la presión de «creencias vulgares» incompatibles con su propia lógica» (pág. 23). Ya hemos aclarado nuestra opinión por lo que respecta a la hipocresía de Kant; estamos de acuerdo en que desde Kant se inicia una renovación en la filosofía: «después de él se advierte una real incompatibilidad entre los resultados leales (?) de la experiencia y las premisas hipócritas (?) de algunas viejas supersticiones», etc., aunque, inmediatamente advertimos que el problema está mal planteado: «muchos moralistas tuvieron el descaro de sugerir que era lícito sacrificar toda posible verdad a la solución de esos principios» (pág. 24). Falsos los términos del problema, desde el momento que, después de Kant y debido a Kant, surgieron, no una, sino varias corrientes filosóficas y los que hicieron referencias a un principio ético que resolvería el «caput mortuum», el nómeno dejado por Kant, lo hicieron, no por «descaro», que no cabe semejante calificativo a hombres de tanta integridad como la del doctor Ingenieros, sino por una «posible solución» para resolver el problema de la realidad que era imposible de eludir después del criticismo kantiano. Cuatro han sido las actitudes del pensamiento contemporáneo: el idealismo crítico, el idealismo ético, el idealismo objetivo con sus dos concepciones, monocéntrica y policéntrica, y el pragmatismo.

El idealismo ético, como el crítico, parte del concepto de que el acto cognoscitivo no está determinado por el objeto, la realidad, sino que es el primero que tiende a construir el segundo; la base en que se apoya es que no existe una realidad para definir, sino una realidad para formar. Se diferencia del idealismo crítico, en que éste no pretende, ni se propone, resolver el problema de la justificación del proceso creador, mientras el ético cree poder indiciar el motivo fundamental de la explicación de la actividad del espíritu en sus distintas formas: y este motivo sería la existencia moral. El idealismo ético no ha hecho sino desarrollar y profundizar el concepto de que nada existe por sí, sino en cuanto *medio* para la actuación del deber, partiendo de lo que había dicho Kant: «el respeto al imperativo categórico, el cual nos impone obrar como si estuviéramos en un mundo eterno, y la misma libre elección de obedecer, pueden en alguna forma revelarnos la última realidad que está más allá de la experiencia» y de lo que había agregado Fichte: «que la más profunda verdad es la verdad práctica, que las cosas materiales tienen importancia como encarnación del deber y que los distintos sujetos ven el mismo mundo, porque como seres morales tienen funciones idénticas» (cfr. VERBUM art. cit.). Ya vemos porqué nos parece que todo esto no es descaro.

El fracaso de la filosofía, según Ingenieros, se ha revelado bajo dos aspectos. El positivismo y el espiritualismo contemporáneo. De acuerdo con él en que el positivismo ha sido un fracaso, — las razones se las en-

dosamos a él, — nuevamente protestamos por la falta de conciencia que revela el doctor Ingenieros para demostrar que «el espiritualismo contemporáneo es un mayor fracaso de la metafísica», máxime cuando declara a qué espiritualismo se refiere: al idealismo. En efecto ¿no da la impresión de no conocer las manifestaciones del idealismo contemporáneo, cuando dice: «comienza a tener la franqueza de reconocer que es un movimiento «religioso»; renuncia a ser filosofía para convertirse en misticismo; en vez de buscar un saber independiente de las creencias vulgares, trata de conciliar el reconocimiento científico con las supersticiones ancestrales; etc.?» Pero, nos preguntamos ¿ha leído siquiera a Gentile y a Croce, a los cuales tiene obligación de leer por ser dos conspícuos representantes de ese idealismo? ¿pero es que el doctor Ingenieros cree todavía que sin la religión — que es un término para la objetivación del sujeto — es posible una concepción cualquiera del universo? Y si lo cree ¿en qué basa su creencia y cómo se permite profetizar sobre el porvenir de la filosofía — que no es más que una profecía — cuando dice: «hablo del porvenir de la filosofía pensando en las doctrinas que se mirarán como legítimas... sin tomar en cuenta la docena de modas que se intercalarán, etc.» (pág. 29 nota)?

Y así son todas las afirmaciones de nuestro profesor, el doctor Ingenieros, con una característica más consistente en querer reirse de cosas muy serias.

Sin tener en cuenta que el aserto puede ser arma de doble filo, afirma: «sospecho, sin averiguarlo (sic), que unos y otros (los que declaran haber leído la «Summa» o la «Enciclopedia») prefieren de ordinario consultar el inocente Larousse, no tan raro, pero menos inexacto» (pág. 32 nota). No vacila en llamar a la metafísica, «el único género filosófico», suscitando el problema de los «géneros» en filosofía, cuya discusión dase por terminada entre los buenos filósofos. A veces llega hasta sorprendernos en nuestra buena fe de alumnos sumisos por la casi presuntuosidad que manifiesta: «la más elemental comparación entre los filósofos de cinco siglos diversos, o entre cinco filósofos del mismo siglo (nótese el chiste inoportuno) o entre cinco capítulos de una misma obra filosófica, suele revelarnos que ninguno (sic) comprendió, con exactitud, lo que significaban los términos de su pregunta» (!!) (pág. 39). Si se encuentra con un problema que requiere una defensa acalorada y lógica, nos abruma con otro chiste. Veamos.

Para defender los «métodos científicos» — y la defensa es ardua — se jacta de llamar «algunas personas ignorantes» a todos los que aconsejan renunciar a ellos en filosofía, por ser incapaces de resolver los problemas de aquellos y, único argumento, es el siguiente: «con la misma lógica razonan los supersticiosos vulgares que prefieren el curanderismo a la medicina» (pág. 42 nota). O, conceptúa «ridículas» las «hipótesis que afirman la incapacidad de la razón humana o la existencia de misterios predestinados a serlo eternamente», y, lo que es peor, en lugar de darnos

quiera una opinión para esa «concepción ridícula», nos da otro chiste: «dicho sea sin agravio para el de Koëningsberg y el de Aquino» (pág. 43), etc., etc.

Lo que el doctor Ingenieros supone que es la base en que descansarán sus Propositiones, es la «permanencia de lo inexistencial» que «no corresponde a lo *sobrenatural* de las creencias vulgares, ni a lo *transcendental* de Kant, ni a lo *incognoscible* de Spencer» (pág. 44 nota). Desde luego estamos contestes en que este «inexistencial» no es lo «transcendental» de Kant, pues nos damos esbala cuenta que con tan poca información filosófica y con el desconocimiento de los aspectos que ha tomado el problema en toda la historia de la filosofía y con bases que están al margen de toda lógica, no es posible llegar al resultado kantiano que ha sido el producto de la crítica más aguda y severa que del poder de la razón se ha hecho; por lo mismo, afirmamos desde ya, que tampoco es un adelanto en la solución, puesto que toda superación requiere la comprensión y la discusión de los términos anteriores, operación que no ha hecho el doctor Ingenieros, quien se limita a afirmar que lo transcendental de Kant es una «presunción» (ibid.). También con él de acuerdo en que no es lo «incognoscible» de Spencer, aunque tiene todos los caracteres, — pues «la permanencia de lo inexistencial fuera de lo existencial» (pág. 44), no es más que «lo incognoscible fuera de lo cognoscible», dicho con distintas palabras, lo que acusa en el doctor Ingenieros una falta de cautela, por cuanto incurre en un error, el palabrerío, que achaca a los demás — no es, desearnos, lo incognoscible de Spencer, debido a que a las proposiciones de Ingenieros les falta aquella contextura externa que hizo de la filosofía de Spencer un todo homogéneo y que, además, revelaba el momento histórico por que atravesaba la filosofía: el aparente fracaso del romanticismo alemán hizo sentir la necesidad de dirigirse a la naturaleza que se había olvidado, e hizo surgir las «ciencias naturales», elevadas a filosóficas. Cuenta una leyenda que la masonería inglesa necesitaba, para su programa de acción, un sistema de filosofía y que encargó su construcción a un hermano de grado avanzado: éste fué Spencer. A estar a la leyenda, resulta que Spencer fué filósofo obedeciendo a un mandato ineludible de una secta como la masonería. Pero, sea lo que fuere de la leyenda, Spencer obró bajo la influencia de la explicable «moda» de las ciencias naturales, «moda» o momento que bien podría encarnar la masonería; y el sistema de Spencer, corifeo del positivismo, respondía a las exigencias de la época, era necesario para dar esquema a ese sentido de la teoría de la evolución, producido por la situación en que se habían encontrado los idealistas y las ciencias naturales. Esa fué la labor, y el mérito, de Spencer: dar fórmula a una corriente de ideas predominantes. Que por la falsa posición o por el desconocimiento de que la «evolución» tiene un significado idealista y no empírico, Spencer fracasa es asunto distinto que por el momento no nos interesa; pero, como vemos, lo «incognoscible» tenía, evidentemente un significado. Pero — y nos perdonará el doctor Ingenieros — no estamos con él cuando dice que «no co-

responde al sobrenatural de las creencias vulgares». En efecto, lo que el doctor Ingenieros propone, no es más que algo que escapa al poder de la observación y experimentación, más allá de la naturaleza. «sobrenatural» por lo tanto. Y no es más que una «creencia vulgar», vulgarísima, si se entiende la palabra «vulgar» como sinónimo de inexperiencia o ignorancia de los problemas, que es como parece que entendiera la palabra «vulgar» el doctor Ingenieros. Cabe esta aclaración, pues si por vulgar entendiésemos ese estado psíquico de los hombres que afirma lo sobrenatural, ni siquiera alcanzaría, la proposición de Ingenieros «la permanencia de lo inexperiencial fuera de lo experiencial», a ser una «creencia vulgar», puesto que este estado psíquico revela esa conciencia íntima de sobrecojerse frente al universo del cual formamos parte y cuyos enigmas no nos explicamos; constituye, esa creencia vulgar, una grosera y primitiva, pero al fin intuición del mundo exterior; es, con todo, la misma posición que, con preparación distinta toma el filósofo o el artista al comunicar su mundo interior (sujeto) con el mundo exterior (objeto); es el «cor cordium», primer grado de toda posible filosofía. Con esta aclaración, decíamos que lo «inexperiencial» de Ingenieros no es más que una vulgaridad. En efecto, para base demostrativa de su «inexperiencial» el doctor Ingenieros dice: «la posibilidad de un conocimiento total sólo sería posible en el supuesto de que la experiencia humana continuara acrecentándose cuando el universo pasara a un estado de inercia o de equilibrio cósmico en que no se modificase la más infinitesimal de las relaciones» (pág. 44). Es decir que Ingenieros declara el más burdo realismo; que el conocimiento está basado en una realidad persistente exteriormente, fuera del sujeto que percibe; posibilidad ilógica, no por lo que él afirma «que la experiencia es necesariamente menor que la variabilidad de sus objetos y condiciones», sino porque, con ese criterio de la experiencia como norma, nos veríamos en la imposibilidad de conocimiento alguno por dos razones: 1ª porque no hay posibilidad lógica de conocer alguna cosa que esté fuera de nosotros como mero objeto material que no tenga una ideal realidad; 2ª que aceptaríamos un falso postulado del positivismo — también combatido por Ingenieros — de dar permanencia o estabilidad a los fenómenos del mundo externo. Concretando, Ingenieros no tiene en cuenta lo que significa conocimiento como «acto», eterna actuación del pensamiento sobre una realidad que es también eterna — porque es ideal —: el universo. Posición filosófica podrá ser la del místico, la del escéptico, aun la del realista, pero nunca la del doctor Ingenieros, que postula una ingenuidad como la de aquel pastor, citado por Ortega y Gasset, que jura por su vida «que el valle que pisa no se mueve».

Y damos por terminadas nuestras dudas, nuestras preguntas y nuestras objeciones. Frente al temor de vernos amenazados con la escritura de otro libro tan voluminoso como «Proposiciones», preferimos poner punto final y dejar de considerar los demás capítulos y las proposiciones finales; éstas, especialmente, necesitarían, de parte nuestra, una recor-



dación completa de todos los detalles de la lógica, para explicarnos dónde hallarían un asidero. Y, si nuestra pretensión no fuese mal vista, hemos de esperar que nuestro profesor, el doctor Ingenieros, recibirá con su característica benevolencia estas líneas, inspiradas por aquel consejo suyo, declarado al comienzo, de ser severos e intransigentes para la adopción de toda doctrina.

JACINTO J. CUCCARO.

*Mis monografías universitarias* por MANUEL M. OLIVER.

Como lo indica el título, el señor Oliver, (que se hace adornar por doquier con el título de doctor, aunque no ha rendido siquiera los exámenes generales) ha reunido en un folleto las monografías presentadas en esta Facultad como alumno regular y libre. Las precede la solicitud que dicho señor dirigió a las autoridades de la casa para ser inscripto, en la cual pondera el esfuerzo realizado para rendir todas las materias en dos años, en una fulminante sucesión de exámenes, de cuyas clasificaciones elevadas alardea.

Cosas como ésta son de todos los días entre nosotros, y, a la verdad, lo más filosófico sería decir con Horacio, *Nil admirari*, aunque se trate de un rector de colegio nacional; pero los que asistieron a sus exámenes, y entre ellos se cuentan no pocos alumnos de esta Facultad, no dejarán de asombrarse un poco ante el aplomo del señor Oliver, puesto que esos famosos exámenes dieron motivo a la nota que el Centro de Estudiantes dirigió a las autoridades para protestar contra ciertas escandalosas complacencias que dicho señor había sabido granjearse en algunas mesas, nota que puede leerse en el nº 41-42 de esta Revista.

En cuanto a la publicación de las monografías, el hecho no deja de ser pueril, cuando recordamos que hay monografías de alumnos regulares de esta casa que fueron publicadas en la Revista de la Universidad, algunas con recomendación de profesores, sin que sus autores se hayan vanagloriado públicamente, a pesar de que esto significa más que publicarlas por sí mismo en folleto suelto.

Con un poco de malicia, se podría suponer que el señor Oliver ha querido, con esa publicación, que el gran público repare la injusticia de profesores que no han admirado sus trabajos, sobre todo recordando la siguiente acta del Seminario de Sociología donde se trató de uno de ellos:

*Acta de la clase de seminario del 10. Noviembre 1917.*

La señorita Arana da lectura a la monografía presentada por el señor Manuel M. Oliver, tema: Evolución social peruana, cuya crítica hecha por la citada señorita ha sido leída en la clase del domingo 28 de Octubre.

Terminada la lectura es interrogado el señor Lapido quien considera que es un trabajo más literario que sociológico. Encuentra demasiado desarrollado el aspecto geográfico y que sobre este mismo punto hay muchas divagaciones, pasando luego de un salto sobre toda la historia del Perú que es lo que debe darnos a conocer el por qué de las modalidades de esta sociedad. No trata el factor económico ni el político, no considera el desarrollo de las artes, ciencias, etc., y considera el movimiento cultural solamente en la época incásica.

Respecto a lo dicho sobre la coca lo considera exagerado. No cree que represente para los peruanos y aun para las poblaciones del Norte de nuestra República el mejor plato, pues no se le considera como alimento sino más bien como un anestésico, y refiere al efecto que en la provincia de Salta ha tenido oportunidad de presenciar cómo los jugadores de poker se sostienen largas horas entregados al juego sin necesidad de alimento, pues masticando la coca no siente ninguna debilidad, pero esto está muy lejos de significar que es un alimento. El autor del trabajo — continúa — cree que la extensión del territorio da idea de que se puede desarrollar en este país una raza fuerte. ¿Sobre qué base se afirma para sustentar esta idea? El Sahara, dice, es más extenso que el Perú y sin embargo estamos muy lejos de afirmar tal cosa.

Refiriéndose a las conclusiones dice que serían acertadas si fueran desprendidas del trabajo; y en cuanto a los problemas a resolver en esta sociabilidad nada nos dice. El señor Malmierca interrumpe diciendo que el autor del trabajo plantea un problema, tal es el de la unificación del país que no podrá realizarse hasta que no se difunda la educación y no se haga sentir la influencia del cuartel.

El señor Lapido no está de acuerdo con este último factor como medio de unificación y considera que al contrario es causa de ideas hostiles a la patria, pues siempre es mirado con rencor el cuartel por la juventud obligada al servicio de las armas.

Interrogada la señorita González dice que al factor geográfico se le ha dado demasiada extensión, que el factor histórico ha sido deficientemente tratado, considerando solamente la parte precolombiana y que no está de acuerdo con las conclusiones.

El señor Malmierca prefiere reservar su opinión a este respecto.

La señorita Guillón dice que debe confesar que no le ha hecho buena impresión el trabajo y cree que la señorita Nieto Arana que hizo la crítica por escrito y que fué considerada muy severa, a su juicio ha sido indulgente.

No está de acuerdo con la división del trabajo; las conclusiones, no le parecen tal y cree que en algunas partes (las mejores del trabajo) no se hace otra cosa que repetir en una forma muy resumida lo expuesto sobre dicho tema por el señor profesor en clase.

El señor Probst considera que es un trabajo deficiente. Dice: se habla del factor étnico desde el principio hasta en las conclusiones.

habiendo contradicciones como ésta: una vez considera que el número de representantes de la raza amarilla es considerable y luego afirma que aunque hay individuos de esta raza no pueden tener importancia en la formación de la sociedad por su escaso número. Ha notado además otros errores que le hacen pensar que es un trabajo en el cual se ha invertido muy poco tiempo.

Mi opinión respecto al trabajo leído no difiere en nada de la de mis compañeros.

Respecto a la forma de la expresión he notado dos estilos completamente distintos, uno sumamente literario en el que abundan los adjetivos, en que se usan muchos vocablos y se expresan pocas ideas, y el otro más sencillo de menos vuelo pero de más intensidad y donde pueden sacarse ideas relativas al tema y es precisamente allí donde la señorita Guillón encuentra algo de sociológico (Resúmenes del curso de sociología).

En cuanto a la disposición del material tampoco estoy de acuerdo con el autor, pues dividir en capítulos es con el fin de evitar repeticiones y como bien se ha notado ya el factor étnico se encuentra tratado en todo el trabajo. Del factor cultural, cuya importancia, en un trabajo de esta índole es innegable, nada nos dice exceptuando la cultura incásica, y de la época independiente, de la influencia del elemento español de la conquista en la formación de esta sociedad tampoco. De los problemas resueltos y a resolver que siempre y de acuerdo con el plan trazado por el señor Profesor hemos indicado solo se esboza la escuela y el cuartel, pero no se estudia ninguna de estas manifestaciones.

En resumen creo necesario decir que este trabajo no demuestra mucho empeño en su realización, más aun cuando acabamos de tratar otros que han merecido sino aplausos, porque no venimos con ese intento, por lo menos el reconocimiento del esfuerzo realizado. — JUANA LUISA COSA.

*Nota:* estuvieron presentes los señores: Señoritas Nieto Arana, Guillón, González, J. L. Cosa, señores Lapido, Probat y Malmierca.

E. F.

## Sección oficial

### SESION EXTRAORDINARIA, 18 JUNIO 1918

Presentes: señores Cuccaro, Blanco, Viacava, Probst, Cavaller, Ardissonne, Jarcho, Antinori, Piñero.

Se resuelve delegar en la F. U. A. el temperamento que seguir con motivo de los sucesos de Córdoba.

### SESION EXTRAORDINARIA, 4 JULIO 1918

Presentes: señores Cuccaro, Blanco, Viacava, Probst, Ardissonne, Camaño, Sáenz Samaniego, Saint Martin, Bonardi, Piñero.

Se nombra Delegado al Congreso de Estudiantes Universitarios en la ciudad de Córdoba al Presidente señor Jacinto J. Cuccaro.

### SESION ORDINARIA, 5 AGOSTO 1918

Presentes: señores Cuccaro, Blanco, Acosta, Probst, Cavaller, Ardissonne, Saint Martin, Sáenz Samaniego, Jarcho, Camaño, von Semasco, Bonardi, Ferrario.

—Se nombra Secretario de Actas provisorio, mientras dure la enfermedad del señor Viacava, al señor Sáenz Samaniego.

—Se nombra a las señoritas Blanco y Jarcho delegadas para «El Día de la Flor».

—Se resuelve convocar a elección de un delegado por 2º año.

—Se rechaza el nombramiento del señor Binayan para Secretario de Redacción de VERBUM.

—El socio señor Gregorio Bermann propone que la C. D. solicite del Consejo Directivo de la Facultad la designación del señor Ernesto Nelson para Profesor titular de Ciencia de la Educación.

—A moción del señor Probst, se pasa a cuarto intermedio hasta el día siguiente.

### SESION ORDINARIA (CONTINUACION), 6 AGOSTO 1918

Presentes: señores Cuccaro, Blanco, Acosta, Probst, Cavaller, Ardissonne, Saint Martin, Sáenz Samaniego, Jarcho, Camaño, von Semasco, Bonardi, Ferrario.

- Se lee y aprueba el acta de la sesión anterior.
- Se resuelve enviar notas al Ministerio de Instrucción Pública, al Senado y a la Cámara de Diputados propiciando el proyecto referente a la reglamentación del profesorado.
- Es aprobada la propuesta del señor Presidente para solicitar que la Secretaría de la Facultad otorgue certificados de estudios globales hechos en la casa.
- Es aprobado el balance leído por el Tesorero.
- Por moción del señor Probst se resuelve la publicación de los Apuntes de Psicología I que ha facilitado el Profesor doctor Piñero y a indicación del señor Ferrario se resuelve hacerlo por licitación.
- El señor Bonardi presenta un proyecto sobre cancha de Ejercicios Físicos para los socios del Centro.
- Es rechazada la propuesta del señor Ferrario para reconsiderar la votación sobre el señor Binayán.
- Presenta su renuncia de delegado el señor Sáenz Samaniego.

#### SESION ORDINARIA, 13 AGOSTO 1918

##### Presentes:

- Se aceptan las renunciaciones del señor Presidente don Jacinto J. Cúccaro, del Director de la Revista señor Enrique François, del Tesorero señor Juan Probst, del delegado señor Agustín Sáenz Samaniego y de la Vicepresidente señorita Beatriz Blanco.
- Se exonera al socio señor Binayán.
- Se nombra presidente provisorio al señor Francisco Camaño hasta las próximas elecciones.
- Se acepta el pedido de asamblea general.

# Informe de la Tesorería

## MOVIMIENTO DE CAJA

JULIO DE 1918

ENTRADAS		SALIDAS	
Saldo del mes de Junio....	\$ 376.40	Pago Federación Universitaria.....	\$ 82.—
Cuotas de socios activos. \$ 203.—		Saldo Verbum N°. 43/44. »	200.—
Cuotas de socios protectores.....	» 1.5.—	1 archivero.....	» 45.—
Aviso Ateneo. »	10.—	Propina porteros.....	» 8.—
Cuotas ingreso »	8.—	Gastos pequeños.....	» 15.30
Venta carnets, etc.....	» 6.50 » 352.50	Saldo a Agosto.....	» 578.60
	<u>\$ 928.90</u>		<u>\$ 928.90</u>

AGOSTO DE 1918

Saldo del mes de Julio....	\$ 578.60	Gastos pequeños.....	\$ 3.60
Cuotas socios activos.....	\$ 55.—	Saldo entregado el día 8 de Agosto a la Srta. Protesorera.....	» 705.—
Cuotas socios protectores..	» 67.—		\$ 798.90
Cuotas ingreso »	5.—		
Venta carnets, etc.....	» 3.— » 130.—		
	<u>\$ 708.60</u>		<u>\$ 708.60</u>

## RESUMEN DEL MOVIMIENTO DE CAJA

DEL 10 DE MAYO 8 DE AGOSTO DE 1918

Saldo al 10 de Mayo.....	\$ 155.75	Salidas Mayo (10/31).....	\$ 94.85
Entradas Mayo (10/31)..	\$ 248.—	Salidas Junio. »	124.—
Entradas Junio.....	» 391.50	» Julio.. »	350.30
Entradas Julio »	352.50	» Agosto to (1/8)....	» 3.60 \$ 572.75
» Agosto (1/8)....	» 130.— » 1122.—	Saldo al 8 de Agosto.	\$ 1277.75
	<u>\$ 1277.75</u>		<u>\$ 1277.75</u>

JUAN PROBST  
Tesorero

NOTA:—El día 7 de Agosto estaban al día con la tesorería:

114 socios	
31 »	debían la cuota de Julio
38 »	» » » Junio
8 »	» » » Mayo
6 »	» » » Abril

# LISTA DE SOCIOS

## SOCIOS PROTECTORES

Dr. Anargiros Pastor	Dr. Morel Camilo
Dr. Cabral Jorge	Dr. Moreno Julio del G.
Dr. Capello Francisco	Dr. Nirenstein Mauricio
Dr. Carbia R. D.	Dr. Obligado Rafael
Dr. Cranwell Ricardo E	Dr. Outes Félix
Dr. Debenedetti Salvador	Dr. Oyuela Calixto
Dr. García Juan A.	Dr. Piñero Horacio
Dr. Juliáñez Héctor	Dr. Piñero Norberto
Dr. Korn Alejandro	Dr. Quesada Ernesto
Dr. Lafone Quevedo Samuel	Dr. Ravignani Emilio
Dr. Lederer Julio	Dr. Rodríguez Etchar Carlos
Dr. Lehmann Nitsche R.	Dr. Rivarola Rodolfo
Dr. Levene Ricardo	Dr. Rivarola Horacio C.
Dr. Matienzo José Nicolás	Sr. Rojas Ricardo
Dr. Matienzo Agustín N.	Dr. Senet Rodolfo
Dr. Martini Rómulo	Dr. Wechler Teófilo
Dr. Moliné Aníbal	

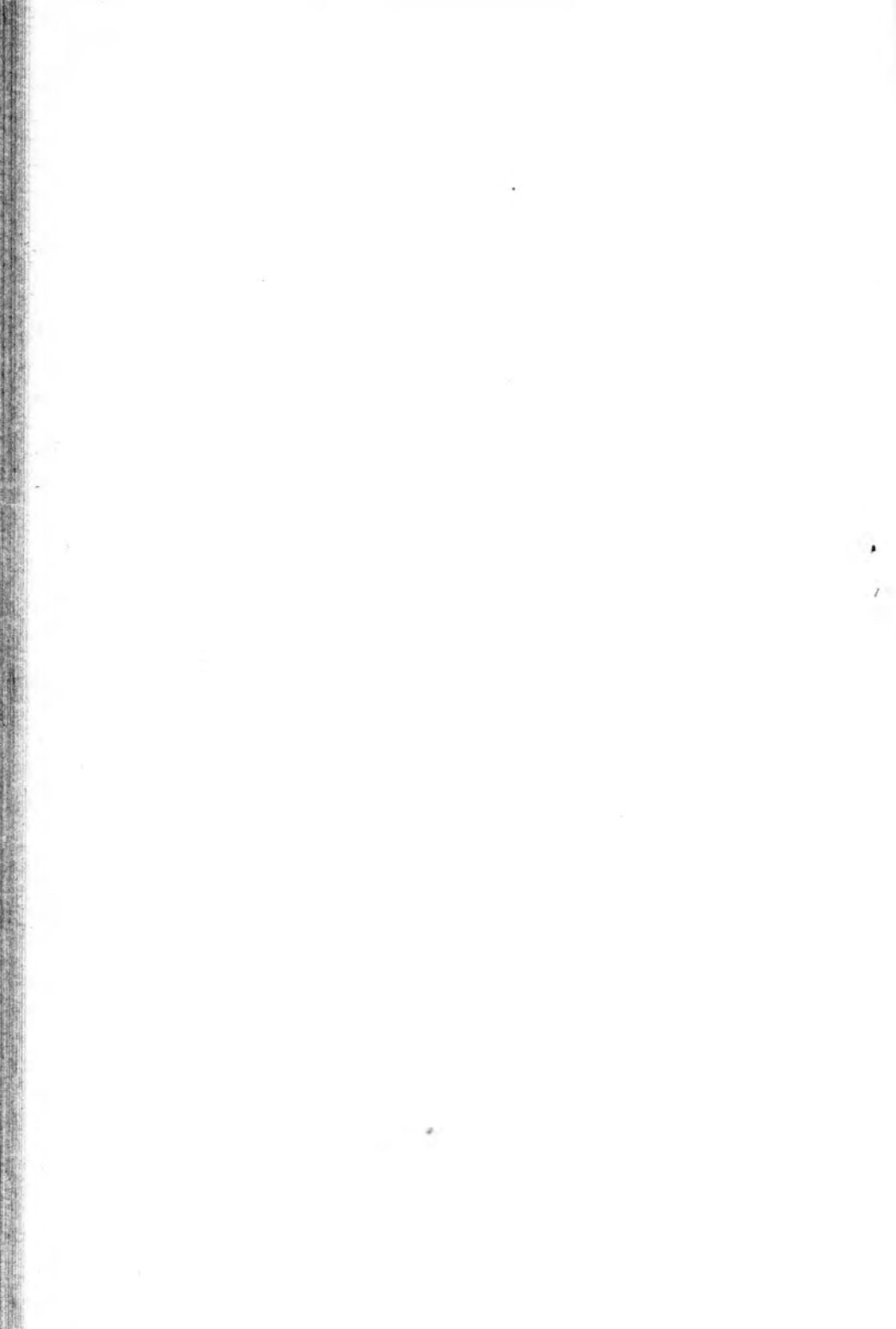
## SOCIOS ACTIVOS

Acosta Demetrio	Bossi Ana
Acosta, Clara Lydz	Bregante Olidia
Aicardi, Emilio E.	Burzia, Blas
Alberini Coriolano	Caballer Ada
Almeida Pedro	Camaño Francisco
Alonso Ríos, Antonio	Canelas, Andrés C.
Alzú Juana	Carbone, Amelia
Aparicio Francisco de	Carmodi, Zulema R.
Araujo Rolando Eduarde	Carratalá, Rogelio
Ardissone Romualdo	Carretero Diego
Arrizabalaga María M.	Casares Tomás D.
Ascoaga Eulogia	Cassani Dolinda
Baina Margarita	Cassinelli Juan M.
Balán Celina	Ciara Dolores M.
Barni Alberto	Coda Josefina
Belausteguigoitia, L. M.	Confalonieri, Orestes
Benítez Carolina	Courado Raúl
Benítez, Soledad	Copello Amelia
Bergara Dolores	Coppola, Norberto César
Bergmann, Rosa	Cornejo, Sandalio
Bermann Gregorio	Cosa Luisa
Bidone, Humberto	Courtade Ida S.
Bistoni Clara	Crivelli Arnoldo
Blanco Beatriz	Cuccaro Jacinto J.
Bogliolo Carlos	Cúneo A. Santiago (hijo)
Bomehil, Esther	Dantas Lacombe Mercedes
Bomehil, Olga Perla	De Alberti David
Bonardi, Silvio E.	De Diego, Rafael
Bonet Carmelo	De Girolamo, José V.
Brugnoli Matilde	Decouvette, Lydia
Bontempi Luis	Dedomo, María Teresa

Desso Emilia  
 Doymonnaz, Esther A.  
 Diard Inés J.  
 Díaz Bazán, María Lydt  
 Doughi, Renata  
 Duvojne, León  
 Eiras María Luisa  
 Elicabe, María L. de  
 Errazzo, Clementina  
 Espil, Simón  
 Falcón Luis  
 Fernández, Carmen  
 Fernández, Teógenes  
 Ferrario, Angel  
 Figueredo, M. Esther  
 Figueroa Julia  
 Fleury Estanislao  
 Fornade, María G.  
 François Enrique  
 Gadea, Leonor  
 García, Dolores  
 Genard, Lola  
 Gil Esquerdo, F.  
 Gil Montero Rosendo  
 Girard Eulalia  
 Goldney Clifton Gregorio  
 González María Teresa  
 Guerrero Luis Juan  
 Halperin Gregorio  
 Hamnewarh Rosalía E.  
 Hevia Paul, Consuelo  
 Ibarra, Ana L.  
 Jover, Anselmo  
 Juliano Nicolás  
 Lasca Virgilio  
 Lagorio Amelia  
 Laurencena, Dora  
 Laurencena, Iranc  
 Lapidó Manuel  
 Lavelli, Artemia V.  
 Leibovich, Alejandro  
 Listar, Néstor  
 López María A.  
 López, Sara  
 Luther, Ana  
 Maggioli, Adua  
 Magnanini, Luis  
 Malmiorea Joaquín  
 Manulis, Isaac  
 Maradona Clemente  
 Martín Gaspar  
 Matharán Luis  
 Mauriño Elena  
 Melgar María E.  
 Meletta, Dominga  
 Mendilaharsu Arturo  
 Merlini Enrique  
 Miramón, Orlando  
 Moran Celia  
 Mouriño, Elena  
 Mouzet, Teresa  
 Moyano Osmán  
 Muller, Clara von  
 Noriega, María E.  
 Olguin, P. Dora  
 Olivero, Jorge  
 Olivera Dugout, Ernesto  
 Ospital, Julia  
 Palcos, Alberto  
 Pariente Celestina  
 Paulsen Ema L.  
 Pelosi Antonio  
 Peralta Santiago  
 Pereyra, Santiago  
 Pérez, Eva España  
 Piccolo Josefina  
 Pifero José R.  
 Pita, Lola  
 Probst Juan  
 Rachoulet Magdalena  
 Ramírez Clotilde  
 Reydó Ruth Raquel  
 Rodríguez Ernesto  
 Rodríguez Inés M. de  
 Rodríguez, Rafael  
 Rivota, Celia  
 Rohde Jorge M.  
 Rojas, María Pastora  
 Romariz Elizalde Alberto  
 Roncoroni Ana  
 Ross, Bremmer  
 Sáenz Samaniego Agustín  
 Saint Martín Ernestina  
 Salthú María I.  
 Schneider Mauricio  
 Sejeán, José  
 Semacó, Elina von  
 Serial Brantua, Pedro B.  
 Sol, Raquel  
 Sotelo Ernestina J.  
 Soubié Emilia  
 Spinack, Aarón  
 Suárez Anzorena Carlos  
 Suárez Elena  
 Susini Sara  
 Tacchi Aurelia  
 Tarsia, Arnaldo  
 Uzal, Delia  
 Veyga Francisco de (hijo)  
 Viacava Zulema  
 Viacava Juan  
 Villamil César A.  
 Yantorno, Haydée  
 Yarcho, Isabel  
 Wien Brunhilda  
 Wilkinson, A.  
 Zavalía, María Josefina



# APENDICE



# Baquilides

Ἱίθεοι

στρ. α'

Κυανόπρωρα μὲν ναῦς μενέκτυπον  
Θησέα δις ἐπτά τ' ἄγλαοὺς ἄγουσα  
κούρους Ἰαδῶνων  
Κρητικὸν τάμνε πέλαγος·  
τηλαυγεί γὰρ ἐν φάρει  
βορήϊαι πίτνον αὔραι  
κλυτᾶς ἕκατι πολεμαίγιδος· Ἀθάνας·  
κνίσεν τε Μίνωι κέαρ  
ἡμεράμπυκος θεᾶς  
Κύπριδος αἰνὰ δῶρα· 10  
χεῖρα δ' οὐκέτι παρθενικᾶς  
ἄτρθ' ἐράτυνεν, θίγειν  
δὲ λευκᾶν παρηίδων·  
βόασέ τ' Ἐρίβοια χαλκο-  
θώρακα Πανδίωνος 15  
ἔκγονον· ἶδεν δὲ Θησεύς,  
μέλαν δ' ὑπ' ὀφρύων  
δίνασεν ὄμμα, καρδίαν τέ Foi  
σχέτλιον ἄμυξεν ἄλγος,  
εἶρέν τε Διός υἱὲ φερτάτου, 20  
ὄσιον οὐκέτι τεᾶν  
ἔσω κυβερνᾶς φρενῶν  
θυμόν· ἴσχε μεγαλοῦχον, ἥρωε, βίαν.

ἄστρ. α'

ὅ τι μὲν ἐκ θεῶν μοῖρα παγκρατῆς

ἄμμι κατένευσε καὶ Δίκας ῥέπει τά- 35  
 λαντον, πεπρωμέναν  
 αἶσαν ἐκπλήσομεν, ὅταν  
 ἔλθῃ· σὺ δὲ βαρεῖαν κάτε-  
 χε μῆτιν. εἴ καὶ σε κεδνὰ  
 τέκεν λέχει Διὸς ὑπὸ κρόταφον Ἴδας  
 μιγεῖσα Φοῖνικος ἔρα-  
 τώνυμος κόρα βροτῶν  
 φέρτατον, ἀλλὰ καμὲ  
 Πιτθέος θυγάτηρ ἄφνεοῦ  
 πλαθεῖσα ποντίῳ τέκεν 35  
 Ποσειδᾶνι, χρύσεόν  
 τέ φοι δόσαν ἰόπλοκοι  
 κάλυμμα Νηρηίδες,  
 τῷ σε, πολέμαρχε Κνωσίων,  
 κέλομαι πολύστονον 40  
 ἔρύκεν ὕβριν· οὐ γὰρ ἂν θέλοι-  
 μ' ἄμβρότοι ἔρανονδὸν Ἄοῦς  
 ἰδεῖν φάος, ἐπεὶ τιν' ἠιθέων  
 σὺ δαμάσειας ἄεκον-  
 τα· πρόσθε χειρῶν βίαν 45  
 δείζομεν· τὰ δ' ἐπιόντα δαίμων κρινεῖ.

ἐπ. α'

τὸς εἶπεν ἀρέταιχος ἦρωσ·  
 τάφον δὲ ναυβάται  
 φωτὸς ὑπεράφανον

Θάρσος· Ἄλιου τε γαμβρῶ χολώσατ' ἦτορ,  
ὑφαινέ τε ποταινίαν  
μητιν, εἶπέν τε· μεγαλοσθενές  
Ζεῦ πάτερ, ἄχουσον· εἶπερ με κούρα  
Φοίνισσα λευκώλενος σοὶ τέκε,  
νῦν πρόπεμπ' ἀπ' οὐρανοῦ θεῶν  
πυριέθειραν ἀστραπᾶν  
σᾶμ' ἀρίγνωτον· εἶ

55

δὲ καὶ σὲ Τροϊζηνία σεισίχθονι  
φύτευσεν Αἴθρα Ποσει-  
δάνι, τόνδε χρύσειον

60

χειρὸς ἀγλαὸν

ἔνεγκε κόσμον ἐκ βαθείας ἄλός,  
δικῶν θράσει σῶμα πατρὸς ἐς δόμους·  
εἴσεαι δ' αἶ κ' ἐμᾶς κλύη

Κρόνιος εὐχᾶς

65

ἀναξιβρόντας ὁ πάντων μεδέων.

στρ. β'

κλύε δ' ἄμετρον εὐχὰν μεγασθενῆς  
Ζεὺς, ὑπέροχόν τε Μίνωι φύτευσε  
τιμὰν φίλῳ θέλων

παιδὶ πανδερκέα θέμεν,

70

ἄστραψέ θ'· ὁ δὲ θυμάρμενον

ιδὼν τέρας πέτασε χειῖρας

κλυτὰν ἐς αἰθέρα μενεπτόλεμος ἦρως,  
εἶρέν τε· Θησεῦ, τάδε μὲν

ἔβλεπες σαφῆ Διὸς 75  
 δῶρα·σὺ δ' ὄρνυ' ἐς βα-  
 ρύβρομον πέλαγος·Κρονίδας  
 δέ τοι πατὴρ ἄναξ τελεῖ  
 Ποσειδᾶν ὑπέρτατον  
 κλέος χθόνα κατ' ἠύδενδρον. 80  
 ὣς εἶπε·τῷ δ' οὐ πάλιν  
 θυμὸς ἀνεκάμπτετ', ἀλλ' εὐ-  
 πάκτων ἐπ' ἰκρίων  
 σταθεῖς ὄρουσε, πόντιόν τε νιν  
 δέξατο θελημὸν ἄλσος. 85  
 τάφεν δὲ Διὸς υἱὸς ἔνδοθεν  
 κέαρ, κέλευσέ τε κατ' οὐ-  
 ρον ἴσχεν εὐδαίδαλον  
 νᾶ·μοῖρα δ' ἑτέραν ἐπόρσυν' ὀδόν.

ἀστρ. β'

ἴετο δ' ὠκύπομπον δόρυ·σέει 90  
 νιν βορεᾶς ἐξόπιθε πνέουσ' ἀήτα·  
 - τρέσσαν δ' Ἀθαναίων  
 ἠιθέων γένος, ἐπεὶ  
 ἦρωσ θόρεν πόντονδε, κα-  
 τὰ λειρίων τ' ὀμμάτων δά- 95  
 - κρυ χέον, βαρεῖαν ἐπιδέγμενοι ἀνάγκαν·  
 φέρον δὲ δελφῖνες ἐνα-  
 λιναιέται μέγαν θοῶς  
 Θησέα πατρὸς ἰκπί-  
 ου δόμον, μέγαρόν τε θεῶν 100

μόλεν, τόθι κλυτὰς ἰδῶν  
ἔδειο' ὀλβίοιο Νη-  
ρέος κόρας· ἀπὸ γὰρ ἀγλα-  
ῶν λάμπε γυίων σέλας  
ᾧτε πυρός, ἀμφὶ χαίταις  
δὲ χρυσεόπλοκοι

105

δίνηντο ταινίαι· χορῶ δ' ἕτερ-  
πον κέαρ ὑγροῖσιν ἐν ποσίν·  
σεμνάν τε πατρὸς ἄλοχον φίλαν  
ἶδε βοῶπιν ἔρατοϊ-  
σιν Ἄμφιτρίταν δόμοις·  
ἅ νιν ἀμφέβαλεν αἰόνα πορφυρέαν,

110

ἐπ. β'

κόμαισὶ τ' ἐπέθηκεν οὐλαῖς  
ἀμεμφέα πλόκον,  
τόν ποτέ φοι ἐν γάμφ·  
δῶκε δόλιος Ἄφροδίτα ῥόδοις ἔρεμνόν.  
ἄπιστον ὅ τι δαίμονες  
θέωσιν οὐδὲν φρενοῦραις βροτοῖς·  
νᾶα πάρα λεπτόπρυμνον φάνη· φεῦ,  
οἴαισιν ἐν φροντίσι Κνώσιον  
ἔσχασεν στραταγέταν, ἐπεὶ  
μόλ' ἀδίσαντος ἐξ ἄλδος  
θαῦμα πάντεσσι, λάμ-  
πε δ' ἀμφὶ γυίοις θεῶν δῶρ' ἀγλαό-  
θρονοῖ τε κοῦραι σὺν εὐ-

115

120

125

θυμία νεοκτίτω  
ώλολυξαν, ἔ-  
κλαγεν δὲ πόντος· ἠΐθεοι δ' ἐγγύθεν  
νέοι παϊάνιξαν ἐρατᾶ Φοπί.  
Δάλιε, χοροῖσι Κηίων  
φρένα ἱανθεῖς  
ᾧπαζε θεόπομπον ἐσθλῶν τύχαν.

130